

A close-up photograph of a woman's midsection and legs. She is wearing black lace lingerie, including a top and a garter belt, and black fishnet stockings. A hand is visible, touching her hip. The background is dark and moody.

La
mujer
fetiche

*Mimmi
Kass*

Fetiches II

La mujer fetiche
Novela erótica pura

Mimmi *Kass*

Autora: Mimmi Kass

Diseño de cubierta: Nerea Expósito de Imagina Designs

ASIN:

Índice

[Prólogo](#)

[Sentimientos encontrados](#)

[Mañanas sin café](#)

[Tira y afloja](#)

[La sinceridad está sobrevalorada](#)

[Sabores aprendidos](#)

[A la inglesa](#)

[Madre solo hay una](#)

[Copa de balonmano](#)

[Malabarista](#)

[La invitación](#)

[Mariposas](#)

[Sed](#)

[En bandeja](#)

[Más sabe el diablo por viejo que por diablo](#)

[No me dejes caer en la tentación](#)

[Mujer fetiche, mujer objeto.](#)

[Casablanca](#)

[Marrakech](#)

[El Shehik](#)

[El sari](#)

[Despedidas](#)

[Blanca Navidad](#)

[Año nuevo, vida nueva](#)

[Dulce febrero](#)

[Agradecimientos](#)

«...y de pronto, el mundo se redujo a la superficie de su piel».

Gabriel García Márquez – *Cien años de soledad*

Prólogo

Estoy enamorada de Carolina, la protagonista de esta novela. No es una mujer perfecta, comete errores y no sabe manejar ciertos aspectos de su vida. Pero me gusta porque es una mujer libre, fuerte, segura. Sabe lo que quiere. El mundo —el literario también— necesita mujeres así. Mujeres que toman las riendas de los acontecimientos.

*Mi amor por Carolina se acrecienta cuando dice: «Necesito todo esto porque a mí no me vale con follar. No me vale con que un hombre me la meta». No desvelo nada de la trama; si has leído *El hombre fetichista*, ya sabes que aquí la cosa va más allá del sexo convencional. Y si no la has leído, ¿a qué esperas? En todo caso, y volviendo a Carolina, me parece muy recomendable explorar nuestro propio erotismo, no quedarnos en lo normativo y abrir la mente y los sentidos a otras opciones. El mundo erótico es muy amplio y lleno de posibilidades, centrarnos en unas pocas prácticas es limitarlo mucho. Si nos quedamos ahí, al final —y con esto tampoco desvelo nada— puede resultar monótono y aburrido.*

No resulta fácil salir de lo normativo en las relaciones eróticas, en las de pareja y en la vida en

general. Tenemos una educación y una influencia social que nos marca. Pero esa huella no es indeleble, podemos desprendernos de ella con mayor o menor esfuerzo. A veces nos dejaremos llevar por el convencionalismo, pero si nos damos cuenta de ello, ya estamos dando el primer paso para huir de él. Si se quiere huir, claro, porque si alguien está bien ahí, no necesita complicarse la vida.

Ahora bien, ¿quién dijo que salir de lo normativo fuera fácil? Por eso mi querida Carolina se equivoca. Pero en los errores hay aprendizaje.

Uno de los capítulos de esta novela se titula Mujer fetiche, mujer objeto. Recuerdo hablar con Mimmi y decirle que esa asociación entre mujer y objeto podría levantar quejas entre algunos sectores feministas. Las mujeres hemos sido consideradas objeto sexual durante mucho tiempo y en algunas mentalidades sigue siendo así. Mantener esta asociación podía causar cierto descontento. No en mi caso; yo considero que cada mujer libremente debe optar por el papel y las prácticas que desee en su sexualidad. De todas maneras, nuestra protagonista, por muy fetiche que sea para sus amantes, no es un objeto. En cada uno de sus encuentros eróticos es una mujer sujeto con todo su significado.

Ser sujeto implica decidir, implica querer, implica buscar, implica hacer. Y Carolina hace. ¡Vaya si hace! Acabé de leer el texto y pensé: «Es una novela atrevida». Tiene escenas fuertes, valientes, diferentes. Como es su

protagonista.

La mujer fetiche se encuentra en su camino de autodescubrimiento con Martín y con Óscar, ambos con su idiosincrasia. Dan para que hable de ellos con detalle, pero me quedo aquí. Ahora sí podría desvelar algo de la trama.

Acabo con una frase de la novela: «Ella no era posesión de nadie. Y jamás dejaría de ser libre». Estoy enamorada de las Carolinas de este mundo que son libres para amar física y emocionalmente como quieren, más allá de normas y convencionalismos.

Y ahora, enamórate tú.

Arola Poch

Psicóloga, experta en fetichismos y peculiaridades eróticas.

Colaboradora en RTVE en temas de sexualidad.

Sentimientos encontrados

Carolina se estremeció de placer, sentada en la cómoda butaca de la sala de juntas. Ainara, la socia fundadora de la empresa que más admiraba su trabajo, con la que estaba forjando una férrea amistad, le había soplado que en aquella reunión anunciarían su contratación indefinida, y le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa.

Había creído que tendría que defender su trabajo durante todo el año siguiente, y estaba a punto de formar parte de CreaTech.

Todos estaban allí. La directiva de la empresa y los socios mayoritarios, quince personas en total. Óscar presidía la cabecera francesa de la enorme mesa ovalada.

—Muy bien, un poco de orden —dijo tras unos minutos de conversaciones livianas que se entrelazaban—. Me habéis pedido esta reunión para votar la incorporación de Carolina Bauer al equipo permanente de CreaTech.

—¡Se lo merece! —dijo Ainara con entusiasmo—. Gracias a ella, el proyecto de la viña ha sido un bombazo. ¡Y el del hotel!

No pudo evitar ruborizarse al escuchar a sus compañeros ensalzar sus aparentes virtudes, pero Óscar volvió a reclamar su atención. Cuando se hizo silencio de nuevo, se dirigió a ella con una mirada algo fría.

—Carolina, el procedimiento es sencillo. Todos los que estamos aquí tenemos derecho a voto, pero no todos los votos valen lo mismo. —Señaló a los compañeros que trabajaban con ella mano a mano—. La directiva de CreaTech nos da sus sensaciones en el trabajo con los candidatos y expone las razones por las que debería quedarse. Los socios —volvió los ojos a las cinco personas que se sentaban a su lado, dos hombres y dos mujeres a los

que no veía casi nunca, y Ainara— tenemos la última palabra, ya que somos los que arriesgamos el prestigio de la empresa y el capital. ¿Alguna pregunta?

Negó con la cabeza, algo extrañada de todo el protocolo y de la frialdad que mostraba Óscar al hablar.

—Perfecto. Votemos.

La sonrisa de Carolina se fue ensanchando a medida que se acumulaban los votos a favor. Cuando tocó el turno de los socios, cerraron filas en torno a la decisión de quererla en su equipo definitivo. Solo quedaba Óscar.

—Yo voto que no.

La sonrisa de Carolina se rompió en su rostro.

Un silencio frío se apoderó de la sala y Óscar se levantó de la silla para defender su postura.

—La empresa está en pleno proceso de expansión, es importante ajustar el presupuesto.

—No podemos permitirnos el lujo de perder a una persona con su formación y talento —comentó uno de los socios mientras pasaba las hojas del currículo de Carolina, que todos tenían delante sobre la mesa.

—Tenemos buenos diseñadores independientes trabajando para nosotros. —Óscar cambió su estrategia al no poder rebatir aquel argumento de manera contundente.

—¡Pero ninguno pertenece a CreaTech! —dijo Ainara, interrumpiendo su disertación.

—Carolina cuenta con un contrato anual más que suculento. Veamos cómo van los números de la empresa pasado ese periodo y volveremos a someterlo a votación el año que viene. —Se apoyó en el respaldo de la butaca y lanzó una mirada circular con aquellos ojos celestes y fríos—. Mi voto cuenta doble, que para algo soy el jefe.

Un murmullo apagado se levantó entre todos los asistentes, que hablaban en parejas mientras Carolina, excluida, se sentía como un insecto al que había que diseccionar. No podía decir nada. Ella no tenía voto y sabía

perfectamente que tampoco tenía voz. No tenía por qué vender ahora sus capacidades, las había demostrado de sobra en aquellos meses trabajando para CreaTech. Se cruzó de brazos y, con una sonrisa desafiante casi imperceptible, esperó el veredicto. Ainara se levantó también y enfrentó a Óscar frente a toda la mesa.

—Sí, tu voto vale doble porque eres el jefe. Pero es que nosotros somos cinco, y no te salen los cálculos: cinco le ganan a dos. Carolina —se volvió hacia a ella con una sonrisa reafirmadora—, bienvenida a CreaTech. Eres nuestra nueva Diseñadora Creativa.

Una salva de aplausos, silbidos e incluso gritos de enhorabuena llenaron la sala y desplazaron el silencio incómodo. Óscar permaneció en segundo plano con cara de póquer mientras Ainara tomaba las riendas de las felicitaciones con Carolina abrazada por los hombros. Seguía algo mustia por el hecho de que el jefe no la validase frente a los suyos, pero daba igual. Estaba dentro. Se cumplía el sueño que había perseguido desde que se había licenciado en la universidad.

—Venga, ¡a trabajar todos! —dijo Óscar con cierta irritación.

Ahora tocaba acercarse a él y darle las gracias, pero se puso el trabajo como excusa para no pararse a hablar. Abrazó a Ainara, que le guiñó un ojo de nuevo con complicidad, volvió a su despacho a coger el abrigo y su bolso, y salió del edificio con una sensación de triunfo algo difuminada.

Le apetecía el plan de ver por fin a Martín, pero llevaba unos días con cierta sensación de malestar soterrado.

Se ciñó el abrigo en torno al cuello, hacía mucho frío. Caían las hojas de los árboles del Paseo del Prado a mayor velocidad de la que los jardineros del Ayuntamiento las recogían, y Carolina arrastró los pies entre ellas con una sonrisa, evocando recuerdos de su infancia. Tenía muchos motivos para sonreír. La inauguración del hotel Boutique había sido un enorme éxito, tenía un contrato indefinido en CreaTech y se sentía como pez en el agua en

Madrid.

Era tarde, pero decidió tomarse unos minutos y se sentó en uno de los bancos de piedra. ¿Qué era lo que faltaba? Su relación con Martín parecía ir viento en popa: se veían uno de cada dos viernes, aquellos en los que su hija no estaba con él, y alguna vez también entre semana. Habían follado como locos y de mil maneras distintas desde aquel polvo desquiciado en los bajos de Argüelles, no podía estar más satisfecha en ese sentido. Pero algo faltaba. Y ni siquiera podía planteárselo a él, porque no sabía muy bien por dónde empezar.

Tenía claro que nunca sería una prioridad frente a Sara. Martín desaparecía cuando tenía a su hija en casa. Se echó a reír al recordar el mes de agosto, en que se esfumó sin ni siquiera llamarla ni una sola vez. Aquello debió de darle una pista de cómo serían las cosas, pero no se esperaba que él la excluyese por completo. Y aunque dolía, era capaz de entender.

Tampoco parecía ser una prioridad frente al trabajo; Martín siempre tenía algo que hacer, un viaje al que ir, operaciones importantes que cerrar. Y cuando lo había abordado en ese sentido, sus explicaciones eran vagas. Sacó la conclusión de que, después de perder aquel negocio millonario, su empresa bordeaba la quiebra. Ojalá le contase algo más.

Tal vez fuera Sara. Tal vez fuera el trabajo. O tal vez ella se estaba comportando como una niña tonta e insegura, que se enfurruñaba por no recibir suficiente atención.

—Vienes congelada —dijo Martín al posar los labios en su mejilla tras abrirle la puerta—. Ven aquí.

Se abrazaron con el hambre de no haberse tocado en dos semanas. El almuerzo vainilla compartido aquel miércoles no contaba. Tan solo habían intercambiado un beso rápido, después de comer igual de rápido, en un local de comida rápida, porque los dos tenían prisa y tenían que volver a trabajar. Ahora se besaron con pasión, con deleite, dejándose caer en los labios del

otro.

—¿Todo bien en el trabajo? —preguntó Carolina una vez recuperado el aliento.

—Todo bien.

Martín no añadió nada a su respuesta. Ella no siguió preguntando. La fragancia amaderada de un incienso se percibía en el aire y la distrajo de su ánimo ambivalente. Las manos masculinas sobre sus hombros para ayudarla a despojarse del abrigo lo hicieron también. Estaban calientes, y dejó caer el rostro sobre el dorso de una de ellas. Suspiró.

—¿Cansada?

—Es el otoño. Me apaga —confesó Carolina. Era cierto. El frío y el gris la deprimían, y aunque en Madrid no era tan duro como en Asturias, echaba de menos las montañas y el mar.

—Te daré un masaje, tienes la espalda agarrotada de lo tensa que estás. Vamos.

Se dejó llevar hasta la ya conocida habitación, hoy en penumbra. El aroma a sándalo era aún más fuerte allí y reparó en dos velas, chatas y gruesas, que humeaban con una delicada voluta blanca en sendos vasos de cristal. Una música oriental y desconocida sonaba de fondo.

—¿Qué suena? Es bonito. Exótico —dijo mientras Martín desabrochaba con calma los botones de su vestido negro. Su cuerpo comenzaba a construir la excitación con el conocido hormigueo que se iniciaba en sus pezones.

—Es una joya de la música árabe. *Abdel Karim Ensemble*.

Se dio la vuelta, sorprendida por el cambio súbito en el acento. Las palabras generaron en ella ilusión de que las había pronunciado otra persona.

—¿Sabes hablar árabe?

—Viajo continuamente a Dubái y Emiratos por trabajo. Algo acabas aprendiendo. Pero basta ya de hablar.

Dejó caer el vestido al suelo y Carolina lanzó un desafío a su mirada. Un bodi de encaje, repujado como la canción que sonaba por el equipo de alta

fidelidad, envolvía su figura. Sin sujetador. Y sin bragas. Sonrió al ver que la carnada obraba su efecto. Martín se alejó unos pasos hacia atrás y escondió la sonrisa tras los dedos con la lascivia brillando en sus ojos. Ella llevó las manos hasta su cuello y alimentó la corriente de calor acariciándose los pechos, la cintura y terminando en el sexo cubierto de tela.

—¿Puedo quedármelo?

Martín deslizó los tirantes por los hombros y retiró la prenda con delicadeza por los pies, arrodillado frente a ella. Cuando descubrió su monte de Venus, depositó un beso húmedo sobre él, seguido de una pequeña succión. Carolina jadeó y se apoyó en sus hombros, anhelando que se adentrara en el hueco entre sus piernas, pero él se incorporó.

—No me has contestado. Túmbate en la cama boca abajo.

Gateó sobre la cama y arqueó la espalda al volverse, separando las rodillas con descaro para exponer su sexo.

—Menos mal que nos vemos poco. Cada vez que estamos juntos, mis piezas de lencería disminuyen de manera preocupante. —Era cierto. Él le había regalado varios conjuntos, pero también mostraba una fijación insistente en quedarse con sus bragas usadas, y Carolina volvía a casa empapada y sin ropa interior—. No me estoy quejando —se apresuró a añadir al notar su silencio tenso—, puedes quedártelo. Me lo he puesto para ti.

—Túmbate en la cama, Carolina.

Obedeció, algo molesta al ver que él no se hacía cargo del tema que dejaba entre líneas. La tensión en el interior de su cuerpo se hacía insoportable, pero el tacto cálido de la tela sobre la que yacía la intrigó, y la acarició con los dedos. Era densa y tupida, lana de una suavidad que jamás había tocado, de un color rojizo que hablaba de especias y viajes lejanos. Su enojo volvió a disiparse al saber que Martín la llevaría muy lejos aquella noche.

No tardó en sentir sus manos sobre la espalda. Se había desnudado y estiró los dedos hacia el interior de sus muslos, pero él la apartó con gentileza.

—Quieta. Es mejor que estés en una postura neutral y relajada. —Se

inclinó hasta placarla con el peso de su torso contra la cama y susurró junto a su oreja—. No me obligues a atarte.

Carolina jadeó. Empleó cada célula de su cuerpo y cada gota de su voluntad en cumplir la orden. El hecho de que fuese la fuerza de su voz la que la inmovilizaba, y no las cuerdas, elevó su excitación. Se estremeció sobre la cama, su respiración comenzaba a acelerarse ante el presagio de que el viaje sería sublime.

—No te asustes, sé que está caliente, pero no te quemarás.

No alcanzó a procesar las palabras cuando emitió un siseo de dolor. Martín había rociado su espalda con la cera derretida de la vela de sándalo, pero la sensación se diluyó en placer al mismo tiempo que el aceite cubría su piel. Las manos fuertes de Martín presionaron hacia arriba desde la cintura, volviendo a evocar dolor en los músculos agarrotados. Pero la piel estaba más sensible debido al calor y al efecto del aceite, y el placer se multiplicó, desplazando de nuevo la molestia. Jadeó cuando los pulgares se hundieron en su nuca y gimió de desilusión cuando las manos la abandonaron, pero Martín repitió el movimiento con precisión.

En oleadas, el dolor y el placer lamieron su espalda hasta hacerla entrar en trance. El aroma del incienso embotaba sus sentidos, solapándolos unos con otros en oscuras sinestesias, y la música sensual contribuía a su estado de hipnosis. Su alerta se desperezó al notar que sus manos ascendían más allá de los hombros y recorrían sus brazos y antebrazos. Cuando llegó a las manos, el cuerpo caliente de Martín la cubrió casi por completo y volvió a gemir cuando se apartó.

—Relájate, Carolina. Absorbe el placer. No tengas prisa. —Escuchó su voz grave muy lejos, mezclada con las notas sensuales del laúd árabe—. Queda mucho por recorrer.

Asintió, y permaneció quieta mientras él se sentaba sobre sus muslos. Quiso sonreír, porque estaba desnudo y su pene le rozaba de vez en cuando la piel, pero ahora el masaje incluía sus nalgas y Carolina reprimió un grito. Los pulgares se encontraban justo sobre su ano, sus palmas se abrían cubriendo la envergadura de su trasero y ascendían con una presión firme por su espalda y los brazos, para terminar entrelazando los dedos con los suyos en una caricia

final.

La abandonaba. Comenzaba de nuevo.

Infatigable, amasaba su cuerpo y ella ya no era cuerpo, era arcilla. Solo interrumpía la cadencia de su ritual cuando la rociaba de nuevo con aceite caliente.

Con cada secuencia, sus pulgares se aventuraban un poco más en el interior de su ano. Y las manos, al ascender, apartaban sus glúteos, abriendo los orificios más ocultos de su ser. Cuando la penetró, estaba preparada para recibirlo sin cuestionamientos. No utilizó embestidas. Onduló su cuerpo sobre ella con lentitud enloquecedora sin alejar demasiado la pelvis de su trasero, mientras su pene, enterrado hasta al fondo en ella, entraba y salía con el movimiento sutil, añadiendo lava y fuego a su interior. El aliento exhalado sobre su cuello marcaba el gemido que Carolina emitía, y cuando la mordió con un gruñido al llegar al orgasmo, capituló. El único movimiento que percibió fueron las contracciones rítmicas de su sexo. Martín, derrumbado sobre ella, la envolvió con su cuerpo unos minutos, que le permitieron volver del nirvana a la realidad en un tránsito suave.

—No... —murmuró cuando Martín abandonó su interior. Él emitió una risa suave al incorporarse y se deshizo del condón.

—Queda todavía la mitad de la sesión, ¿o quieres detenerla aquí?

Martín estudió el cuerpo lánguido de Carolina. Su piel marfil brillaba con reflejos dorados por el aceite y la luz de las velas, y apoyó la mano en una de sus caderas para ayudarla a girarse sobre la cama.

—Quiero tocarte —dijo ella, casi sin separar los labios.

—Aún queda mucho para eso. Esta es la mejor parte, Carolina. Eleva los brazos.

Frunció la boca en un mohín infantil de disgusto, pero obedeció. Martín sonrió ante el pequeño triunfo y cogió otra de las velas. Esta vez, dibujó con el chorro caliente una línea desde el encuentro de sus clavículas hasta su sexo. El gemido ahogado de Carolina disparó su excitación. Era difícil contenerse al ver cómo se retorció sobre la cama, pero apeló de nuevo a su autocontrol. En una réplica perfecta del trabajo sobre su espalda,

comenzó a masajearla desde las caderas hasta justo debajo de sus pechos. Con los pulgares presionando el ombligo y las palmas abiertas sobre su bajo abdomen, sus manos abarcaron la cintura trazando la bisectriz de su cuerpo, sobre el resalte del arco de sus costillas, hasta llegar a las redondeces. Retiró las manos y comenzó de nuevo.

—Esta tortura debería estar prohibida —dijo Carolina con la voz ronca—. Me muero porque me toques las tetas o el coño y tú no haces más que evitarlos.

Martín alzó una de las comisuras de su boca, pero no se dejó llevar. Sabía que lo estaba provocando. Buscaba precipitar los acontecimientos. Pero el ritual tenía sus pasos y él era un hombre metódico. Continuó el masaje que evitaba sus zonas más erógenas hasta que ella se perdió de nuevo en el placer y en el sopor.

Cabalgó sobre sus muslos y se sorprendió al ver que su erección pulsaba, despertando de su letargo. Con ella nunca se sentía hastiado, y el deseo lo espoleaba con una urgencia que hacía mucho tiempo que no lograba experimentar. Con delicadeza, apoyó los pulgares justo sobre su clítoris y ella pegó un respingo. Sus palmas cubrían ahora el inicio de sus muslos y ascendió. Esta vez no se detuvo y aplastó sus pechos, deslizándose con suavidad por encima de los pezones. Ella gimió.

—Más, Martín. Por favor —rogó.

Repitió el movimiento. Una. Otra. Y otra vez. Carolina elevaba sus caderas cada vez que los pulgares presionaban las alas de su pubis y arqueaba la espalda para aumentar el contacto cuando las manos cubrían sus pechos. Estaba cada vez más cerca de un nuevo clímax. Martín estudió el núcleo violáceo, hinchado y vibrante, y sucumbió a la tentación. Fijó las caderas de Carolina con las manos contra la cama y posó sus labios en torno al clítoris. Y succionó. Los gritos de Carolina al dejarse caer fueron el mejor de los premios, pero esto solo había sido un pequeño adelanto. Una merecida improvisación.

Juntó las plantas de sus pies sin detenerse, por una vez, en adorarlos, y abrió sus rodillas hasta trazar la figura de la diosa tumbada, *supta baddha konasana*. Los pliegues de su sexo, empapados de su esencia y el aceite se

abrieron y Martín gruñó.

—Fóllame, Martín —suplicaba Carolina, arqueando la espalda. Él, de nuevo, se contuvo ante la orden. Su erección vibraba ante la invitación de su interior, pero solo posó las manos, dibujando un rombo con los pulgares e índices, marcando el espacio de su rendición.

El masaje se circunscribió al sexo de Carolina, que ronroneaba como una pantera. Los dedos recorrían los labios mayores, los menores y el arco del hueso púbico en el exterior. Cuando introdujo los dedos y describió círculos lentos en la primera porción de su entrada, Carolina volvió a correrse y Martín ya no aguantó. Cubrió su miembro enrabiado con otro condón y se enterró en su coño, esta vez con fiereza, y ella se abrazó a su cuerpo con brazos y piernas, con desesperación. El aceite y el sudor lubricaban sus roces violentos, las bocas batallaban con una marea de saliva, dientes y lenguas. Con sus cuerpos en un nudo ciego, no tardaron en volver a caer.

La música había cesado, las velas estaban apagadas y la noche hacía horas que había caído sobre Madrid. Pero Carolina estaba en Arabia, o quizá en Persia, a miles de kilómetros y decenas de siglos de allí.

Mañanas sin café

Carolina se levantó de la cama, estaba sola. La oscuridad de la habitación se rompía por tres hileras de puntos de la persiana mal cerrada. Buscó algo que ponerse y levantó del suelo la tela arrugada de su vestido. No se atrevió a abrir algún cajón y ponerse una prenda de Martín.

Martín.

Soltó el aire despacio al recordar el viaje oriental de la noche anterior. Había dormido como un tronco, y sentía el cuerpo ligero. La espalda, de cuya existencia tuvo dolorosa conciencia durante semanas, ya no le molestaba. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan bien.

Ya vestida, pero descalza, salió de la habitación en busca de Martín. Una cierta decepción la invadió al verlo también vestido de pantalón y camisa impoluta. Una americana colgaba de la silla y a su lado esperaban una maleta y el maletín de su ordenador. Hablaba por teléfono. Se volvió al notar su presencia y su rostro se iluminó con una enorme sonrisa, pero le pidió dos minutos con los dedos y continuó con su conversación.

Deambuló la mirada, sin saber qué hacer, y acabó por irse a la cocina. Dos minutos eran demasiado como para esperar de pie. Buscó una cafetera, pero las encimeras estaban impecables y vacías, y las alacenas la miraban, cerradas con severidad. Tampoco se animó a abrir la nevera. Terminó por volver al salón. Martín se ponía la chaqueta con aspecto algo culpable y se acercó a ella con indecisión.

—Buenos días, Carolina.

—Hola, Martín. —Intercambiaron un beso tierno, pero revestido de cierta tirantez—. ¿Te vas de viaje? Es sábado —dijo Carolina con cierto estupor. No tenían planes concretos, rara vez los hacían, pero contaba con

pasar más tiempo juntos.

—Sí, sí, lo sé. Esta tarde tengo una reunión informal pero importante. Y el lunes, la presentación de un proyecto —respondió con una sonrisa resignada—. Me quedaré el domingo allí, no vale la pena volver.

No dijo dónde. Tampoco por cuánto tiempo. Carolina se mordió la lengua para no preguntar: si él no facilitaba la información, tendría sus razones.

—¿No tomas café por las mañanas? —Cambiar de tema se le antojó lo más inocuo, además de que necesitaba cafeína con urgencia. Martín sonrió y la besó de nuevo en los labios.

—Prefiero tomarlo en el aeropuerto. Las esperas se me hacen eternas y así tengo algo que hacer.

Con eso quedaba cerrada la opción de desayunar juntos en alguna cafetería, estaba claro. Martín era cálido en sus palabras y en su tacto, pero ofrecía muy poco margen de maniobra. Se encontró anhelando su sofá y su mantita y, por encima de todo, su cafetera.

—Entonces me voy a casa —dijo Carolina. El panorama de un sábado de procrastinación se hacía cada vez más seductor. Recogió sus cosas mientras él se ponía en marcha también—. ¿Nos vemos esta semana?

Entraron en el ascensor. Nada de manos entrelazadas. Nada de besos furtivos ni caricias cómplices. Ya estaba acostumbrada, las cosas con Martín eran todo o nada. Sus citas vainilla acababan siendo insulsas, como un trámite, o se transformaban con algún juego morboso. Y el sexo seguía siendo sublime en cada encuentro.

—Este fin de semana tengo a Sara —respondió él. Revisó la agenda en su móvil y frunció el ceño—, pero tengo un hueco el jueves. ¿Puedes quedarte tú por la tarde?

Carolina asintió. No tenía una agenda tan apretada. Ya salía a tomar algo con las amigas del gimnasio de vez en cuando y los viernes, en la copa informal después del trabajo, surgía siempre algún plan. Su vida comenzaba a tomar forma y a llenar espacios en blanco, pero llevaba poco tiempo aún en Madrid.

—Entonces, hasta el jueves —dijo Martín, cogiéndola por sorpresa al rodearla por la cintura y estrecharla contra su cuerpo. Se besaron. Carolina gimió cuando él terminó el beso con aquello que hacía de vez en cuando. Atrapar su labio inferior entre los dientes con la fuerza justa, y tirar. Un taxi paró frente a ellos y él le abrió la puerta.

—Si te masturbas, piensa en mí —soltó Carolina antes de subir.

Ya en casa, con su pijama de franela más cómodo, una merecida taza de café frente a ella en la mesa y la lluvia torrencial cayendo sobre la calle, tocaba analizar. ¿Qué era lo que estaba viviendo con Martín? No era solo sexo, hacía meses que había dejado de ser solo eso, pero él se encargaba de acotar de manera sutil y muy eficaz las parcelas en las que ella entraba en su vida. Y tras cuatro meses juntos, no tenía visos de cambiar. No había vuelto a ver a Lali, y no la incluía en sus planes con Sara. Quería una relación sin ataduras y sin profundizar demasiado. Carolina lo tenía más que claro.

¿Y ella? ¿Qué quería?

Se arrebujó en la manta gris de forro polar y se acomodó en su rincón favorito del sofá. Quería seguir experimentando, saber hasta dónde sería capaz de llegar en su camino de descubrimiento erótico. Eso, al menos, no pensaba cambiarlo. Pero, por otro lado, echaba en falta algunas cosas que sí adoraba de su vida con César y con otras parejas que había tenido: las confianzas después del sexo, tener un hombro en el que apoyarse, una perspectiva diferente ante los problemas cotidianos y unos brazos fuertes que la acogieran por la noche o al despertar. No tenía nada que ver con ser vainilla. Eran carencias emocionales que su relación con Martín no colmaba. Que Martín, con su estilo de vida cosmopolita y sofisticado, no contemplaba en su relación con ella. Y eso sí tenía que cambiar.

Aburrida de la programación frívola en la televisión, acudió a su móvil para conectar Netflix. Puso los ojos en blanco al ver los sesenta y ocho mensajes de WhatsApp. Ignoró los de su madre, los de su grupo del gimnasio y los de Silvia, que insistía en bombardearla con chistes y *gifs*. Un nudo

apretó su estómago al ver el mensaje de Óscar. No lo había visto, enterrado entre las decenas de mensajes recibidos después, y comprobó en un momento de pánico que lo había enviado el viernes por la tarde, dentro del horario laboral. Y no había contestado. Mierda.

«Carolina, reunión conmigo el lunes a las 11:00. Trae ideas para el proyecto de *Diviértete&Estudia*».

Nada más, al estilo de Óscar. Eficiente, directo y con ese puntito autoritario que generaba en ella la sensación de estar haciendo siempre algo mal. Su espíritu rebelde la conminó a no contestar, era sábado por la tarde, pero el doble visto la delataría. Se mordió el labio inferior, indecisa. Desde la reunión en la que el único en votar no a su contratación indefinida en CreaTech fuera él, lo había estado evitando.

«Ahí estaré».

Apagó el teléfono y se levantó del sofá, mirando con tristeza la manta arrugada. Óscar quería ideas. Tenía que ponerse a trabajar.

Tira y afloja

Lunes. Lluvia. Humo de tubos de escape y churros con café. Madrid en esencia.

Carolina atusó su melena frente al espejo del ascensor. La voz de Dido y su *Here with me* no sirvió para serenarla. Cogió la carpeta llena de bocetos con una mano y guardó los auriculares en el bolso mientras saludaba a los que ya trabajaban en la amplia oficina común.

Pasó la mañana antes de la reunión con Óscar en su despacho, revisando los dibujos con la sensación de que no valían ni un duro. ¿Qué sabía ella de críos? Nada. El proyecto era de una empresa de emprendimiento que había ganado una subvención de la Unión Europea. Tenían el dinero, pero no una idea clara de lo que querían. Solo presentaban una alternativa a las clases de apoyo convencionales, implementando un espíritu de aprendizaje libre, y buscaban un espacio amplio que reuniera las condiciones para estudiar y a la vez divertirse.

Unos minutos antes de las once, ya estaba frente a la puerta de Óscar. Eran muy pocas las veces en las que había estado en su despacho. Todas las reuniones eran en la sala de juntas, y si necesitaba algo, siempre era él quien acudía al de ella. Llamó a la puerta y, esta vez, esperó su respuesta antes de entrar.

—Pasa, Carolina. ¿Quieres un café?

—Hola, Óscar. No, gracias. Ya he desayunado. —Se sentó en una silla frente a él, al otro lado del escritorio lleno de papeles y dibujos. La maqueta de uno de sus proyectos premiados estaba medio aplastada por un tomo de *Estructuras de acero*. Óscar era caos y genialidad reunidos en uno—. Tengo aquí varias ideas que creo que pueden servir.

Le alargó la carpeta sin titubeos. Cuanto antes acabasen, mejor. Ya estaba blindada por el contrato indefinido y el apoyo del resto de la directiva. Él tenía razones muy válidas para no quererla allí de manera definitiva, pero no por eso picaba menos.

Óscar abrió la carpeta y comenzó a estudiar los bocetos. Su ceño cada vez más fruncido no auguraba nada bueno y Carolina comenzó a hiperventilar. No necesitaba reafirmarse con su aprobación, pero por alguna razón absurda, quería agradecerlo a toda costa.

—Carolina, parece que hayan vomitado arcoíris cien unicornios dentro de la carpa psicodélica de un circo de los años sesenta —dijo, muy serio. Cogió uno de los bocetos y se lo enseñó, arqueando las cejas. Ella reprimió una carcajada—. No sé si me da más miedo el dibujo o preguntarte qué te has tomado para llegar a esto.

Acabó por soltar una carcajada rutilante y cogió el folio. Colores chillones, animales, sillas y mesas mezclados con libros y juguetes; la descripción de Óscar era acertada.

—Tienes razón. En mi defensa diré que no tengo ni idea de niños. Es solo una tormenta de ideas desordenadas y tengo que darles más forma —dijo ella, y le quitó la carpeta de las manos. Quizá podría salvar algo—. Dame un poco de tiempo. Investigaré sobre la metodología Waldorff y llamaré a los clientes para tantear un poco y conseguir algo más en claro.

—Perfecto. Hazlo. Confío en ti, Carolina.

Elevó la mirada, algo sorprendida. La incluía en los proyectos más ambiciosos, contaba con su opinión en diseños arquitectónicos o incluso industriales para los que no tenía formación y siempre parecía escuchar su punto de vista. Entonces, ¿por qué demonios? Las palabras salieron de su boca antes de pensarlo.

—Óscar, ¿puedo preguntarte por qué te opusiste en realidad a mi contratación indefinida en la empresa? —Calibró muy bien lo siguiente que iba a decir, había algo allí que no terminaba de cuadrar—. Puedo entender que haya que ajustarse a un presupuesto, o que la plantilla cuente con demasiados diseñadores, pero tengo la sensación de que hay algo que no me cuentas y me gustaría saber qué es.

La bomba que llevaba queriendo detonar desde la maldita reunión acababa de estallar sin previo aviso.

Óscar la miró sin mover un músculo. Los segundos pasaron, lentos. Y tensos. Finalmente asintió y cogió una pelota de cuero, compacta y dura, entre sus dedos. Comenzó a lanzársela con rapidez entre una y otra mano.

—Sí, tienes razón. Algo de eso hay. —Carolina chasqueó la lengua con fastidio, con eso no aclaraba nada. La mirada de él se endureció ante el gesto infantil—. Tenemos una conversación pendiente, pero no quiero tenerla aquí. En la copa del viernes lo hablamos.

—De acuerdo. Hasta el viernes, entonces. Trabajaré en el proyecto.

No se despidió. Se marchó de la oficina dividida entre el fastidio y la intriga. No estaba segura de querer escuchar lo que Óscar tuviera que decirle, y no tenía ni idea de por dónde seguir con *D&E*. Aparcó todo lo demás que tenía pendiente y abrió la ventana del navegador. Tocaba investigar.

Jueves por la tarde. Por fin vería a Martín. En un arranque de terquedad, insistió en quedar en su piso. Quería darle como fuera un tinte de normalidad a su relación, y si él lo hacía imposible con sus excentricidades y su tendencia a blindarse, sería ella la encargada de encauzarla. El plan: una merienda-cena informal. Después, ya vería dónde llevaba la noche, aunque no tenía demasiadas expectativas. Al día siguiente los dos trabajaban y Martín tenía a Sara aquel fin de semana.

Se marchó a su hora de la oficina, pese a que era bien consciente de que le quedaba trabajo por hacer. El proyecto de *Diviértete&Estudia* la tenía bloqueada. En su experiencia, solo necesitaba un detonante que prendiera la chispa de la idea, que tarde o temprano llegaría.

El problema era que al día siguiente tenía la reunión informal con Óscar. Intentó aparcarse sus ojos azules y severos mientras freía las patatas y la cebolla, y cuajaba la tortilla. Lo consiguió. En la cocina parecía haberse llevado a cabo una batalla campal, cocinar no era lo suyo. Pero por genética,

porque su madre hacía unas tortillas cojonudas, o por pura suerte, se había transformado en su especialidad.

Recogió en tiempo récord y se arregló como pudo antes de que llegase Martín. Escogió un conjunto de lencería en color rosa pastel de sujetador, tanga y liguero que aún no había estrenado y perdió la mitad del tiempo en enganchar las medias. Se secó la melena a lo loco, optó por no maquillarse y se puso un vestido gris de lana que envolvía su cuerpo como un guante. Se calzó unos tacones solo por él.

Cuando abrió la puerta, se lanzó a sus brazos. Martín respondió un poco envarado, lanzando miradas subrepticias al interior de su apartamento.

—Tranquilo, no te espera ningún mueble por montar —rio al ver su expresión tensa—. De menú hay algo de picar, tortilla de patatas y cerveza. De postre..., ya veremos.

—Suená bien.

Carolina lo ayudó a desprenderse del abrigo y lo dejó sobre el sofá. Él miró con aprensión hacia la prenda durante un segundo, su móvil había quedado en el bolsillo. Si hacía cualquier gesto por recuperarlo, sabía que iba a sentarle fatal, de modo que optó por seguirla hasta la mesa.

—¿Qué tal el viaje? Espero que te haya ido bien con las reuniones.

Se giró, sorprendido de que se acordara. Carolina era detallista y considerada, y tenía la capacidad de sonsacarle información que no pretendía dar.

—Ha ido todo bien.

Ella dejó pasar tan solo un par de segundos, y al ver que no seguía hablando, tomó de nuevo las riendas de la conversación. Intercalaba las frases entre bocado y bocado de tortilla con naturalidad mientras él comenzaba a sentirse como pez fuera del agua.

—¿Dónde has ido esta vez? Qué envidia, viajas más que Willy Fogg.

—He ido a Dubái.

—¿Qué tal es? Nunca he estado en Oriente Próximo. Solo conozco Europa, Estados Unidos y Argentina.

—Es especial. Un país de contrastes. Por un lado tienes la riqueza y la tecnología, y por otro, el peso de la cultura y la religión —dijo con desgana. La tortilla estaba deliciosa, Carolina sonreía y parloteaba. Él lo único que quería era marcharse, solucionar unos temas que tenía pendientes y descansar.

—¿De qué va el proyecto que llevas allí?

—Un contrato para mantenimiento y asesoría de la flota de aviación de un jeque.

Respondió antes de saber que lo estaba haciendo, por tener la cabeza en otra parte. En algún lugar entre los pechos de Carolina, que asomaban por el escote del vestido, y la idea de irse a su casa, que no pisaba desde el sábado.

—Joder —barbotó ella—. Yo pensaba que esas cosas solo pasaban en las películas. ¿Y cómo es el jeque?

—Muy rico. Y muy celoso de la información que se da sobre él —dijo con cierta severidad.

Ella asintió y no siguió preguntando. Sus ojos verdes perdieron brillo. ¿Cómo explicarle que no estaba interesado en cenas ni conversaciones? ¿Que aquello ya lo había vivido durante veinte años con su exmujer y que no le daba resultado? Carolina buscaba cosas que él no podía y no quería darle. Ni a ella ni a ninguna otra. Tocaba tener una nueva conversación.

—Martín, te digo que si vas a querer postre —interrumpió sus cavilaciones con un tono entre burlón y enojado—. Te lo digo porque llevas con cara de acelga un buen rato. ¿Estás bien?

Se limpió los labios con la servilleta y apartó un poco el plato para poder apoyar los codos en la mesa. Escondió la boca tras las manos cruzadas y la miró. No había manera de suavizar lo que iba a decir. Le dolía en el alma tener que generarle aquel dolor, pero si quería permanecer fiel a sí mismo, era necesario. No iba a ser suficiente para Carolina, y ella era demasiado para él.

—No. No quiero postre.

Carolina alzó la mirada con extrañeza al advertir la resignación en su tono de voz. También empujó un poco su plato, pero dejó las manos bajas. Supuso que sobre su regazo, porque desde allí no podía verlas.

—¿Qué pasa, Martín? Llevas desde que has entrado como si te hubieses tragado un limón —lo acusó sin piedad. Era ingenuo pensar que no se daría cuenta de que estaba incómodo—. Si no querías venir, solo tenías que decírmelo.

—Tú querías que viniera.

—¿Y? Se supone que esto es cosa de dos.

Se levantó de la mesa, enfadada, y comenzó a recoger los platos. Ni en la peor de sus pesadillas se hubiera imaginado verla ponerse a fregar. Su Carolina tenía que estar envuelta en tul, seda y terciopelo. Gritando en un orgasmo. Venerada en un pedestal. El espejismo de que ella se conformara con eso había durado unos pocos meses. Ella se lo había advertido la primera vez que lo invitó a su piso: «Tarde o temprano voy a querer más». Ella había cumplido con su parte del trato, se había abierto a experimentar su mundo erótico y extravagante. Él no quería ni empezar a pensar en una relación normal.

—Carolina, para. Por favor. —La abrazó desde atrás y hundió los labios en su nuca. Ella continuó, terca como una mula, restregando el estropajo contra los platos como si los fuese a asesinar—. Para.

El agua del grifo corrió durante unos segundos. Luego la cerró y se secó las manos con un paño de cocina.

—¿Qué coño te pasa, Martín?

—Vamos al salón a sentarnos.

—No. Hablamos aquí —dijo, alzando la barbilla en un gesto belicoso. Se cruzó de brazos y clavó aquellos ojos verdes y terribles en él.

Se sentía miserable por lo que iba a hacer. Corría el riesgo de perderla y se preguntó si se plegaría a su claro deseo de entablar con él una relación al uso si no aceptaba los términos que él propusiese. Adoraba a Carolina y lo que lo hacía sentir. Pero había pagado un precio demasiado alto para ser feliz y consecuente consigo mismo después de años de vivir una mentira. Inspiró con fuerza, la agarró de las manos y la miró a los ojos.

—Carolina, sé hacia dónde quieres que vaya esto.

—¿De qué hablas? ¿Qué se supone que quiero?

—Quieres, no. Necesitas una relación al uso, un hombre que te haga el café por la mañana, que te saque a cenar...

—Yo no necesito que nadie me saque a nada —dijo ella con cierta amargura. Martín cerró los ojos durante unos segundos. La punzada de dolor fue real.

—Carolina, una vez me pediste que fuésemos sinceros. Que nos diésemos la oportunidad de avanzar. —Ella cerró la boca y lo miró, acusadora y expectante—. Me cuesta un mundo decirte esto, pero no creo que yo sea suficiente para ti.

—¿No será al revés? ¿Que soy yo la que no da la talla por algún motivo oculto que no alcanzo a ver? —Seguía con aquel tono de voz cortante y mordaz.

Escogió con cuidado sus palabras. No quería perderla, pero ella tenía que entender lo que significaba estar con él.

—No me malinterpretes, esto no va de «No eres tú, soy yo». Se trata de que tenemos necesidades distintas —dijo, recuperando sus manos y acariciando las palmas con ternura—. Para mí, con el sexo es suficiente. Pensar en cada encuentro que compartimos me... ¡joder!..., soy un puto cursi —se echó a reír mientras hacía un gesto incrédulo de negación—, me hace feliz. Me alegras la vida. Estar a tu lado en tu camino de experimentación, y saber que se irá poniendo cada vez más interesante es algo que no quiero perderme por nada del mundo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —dijo ella, confundida.

—Que para ti no es suficiente con el sexo. Una vez me dijiste que eras muy de piel, pero es algo más que eso. —La abrazó con fuerza y notó el momento exacto en que ella dejaba caer su fachada a la defensiva—. Eres de conexión emocional, de entregarte en todas las facetas de tu vida, de tener a un hombre a tu lado que esté a la altura en esos aspectos. Soy yo el que no da la talla.

—Pero no quiero perder lo que tenemos. ¡Nos ha costado muchísimo trabajo llegar hasta aquí! —Su tono se dulcificó y su mirada de jade se tornó

ansiosa—. Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Yo tampoco quiero perder lo que tenemos. —Martín encerró el rostro de Carolina y la obligó a mirarlo a los ojos—. Vamos a abrir la pareja.

—¿Cómo, a abrir la pareja? ¿No es lo que hacemos ahora? —Martín sonrió ante su desconcierto. Debió sacar el tema hacía meses, en cuanto notó la necesidad de Carolina de obtener más de él.

—No me refiero a la exclusividad en el sexo. —Era el momento del todo o nada. Martín cogió aire y la abrazó—. Me refiero a que salgas con quien quieras, ames a quien quieras, que tengas otras relaciones al margen de la que compartimos tú y yo.

Carolina se quedó inmóvil entre sus brazos y lo miró con seriedad. Su cabecita privilegiada trabajaba a toda velocidad, asimilando la idea. Al menos no le había lanzado un plato a la cabeza o dado rienda suelta a su lengua afilada. Se lo estaba pensando. Y eso era más que prometedor.

—Déjame pensarlo, ¿vale? —Se apoyó en su hombro y Martín la besó en el pelo. Habría querido darle más, ser quien ella necesitaba que fuera. Si se hubieran conocido diez años antes, quizá habría podido serlo. Ahora estaba demasiado viejo para cambiar.

—Todo el tiempo que necesites. —Se besaron en los labios con ternura y ella soltó un largo suspiro de alivio que liberaba la tensión—. Carolina, estoy agotado. Y he comido tortilla como para alimentar a un batallón.

—Es mi parte asturiana. Me induce a atiborrar a la gente que quiero —dijo ella con una sonrisa. Martín notó una punzada en el corazón. «A la gente que quiero»—. Puedes quedarte a dormir, mi cama es cómoda, y mañana... —Se corrigió al instante y la adoró todavía más por ello—. Vete a casa. La semana que viene nos vemos. Y dale un beso a Sara de mi parte, aunque no se lo digas.

El beso que compartieron fue el más sincero desde que se conocían. Habían sentado las bases de una nueva etapa. Un tipo distinto de relación.

La sinceridad está sobrevalorada

Los viernes en la oficina había una tradición que Carolina adoraba: podías vestirme de manera informal. Salvo contadas excepciones, en que había una reunión o debían visitar algún cliente, todos dejaban de lado los trajes de chaqueta, los colores sobrios y los tacones para dar paso a los vaqueros, las zapatillas y el estilo desenfadado.

Pero aquella tarde, en la copa después del trabajo, Óscar y ella tenían su reunión extraoficial. Descartó las faldas de tubo y las camisas de raya diplomática, o los vestidos ceñidos que solía usar, y se decidió por un vestido gris de lana con cuello vuelto. No era informal, pero se sentía cómoda con él. Para darle un punto más personal a su atuendo, se puso unas medias de pequeños topes negros y las botas Dr. Martens.

Pese a que seguía dándole vueltas al proyecto de *D&E*, otros plazos más apremiantes apartaron la labor de investigación. Ainara dejaba cada día dos o tres solicitudes de valoración por CreaTech y ella, como Diseñadora Creativa, debía dar su opinión. Pese a estar con trabajo hasta las cejas, no podía estar más feliz.

La sensación de felicidad se diluyó un poco cuando acompañó a los que casi siempre acudían a la copa del viernes a La Flaca. Algunos tenían niños pequeños, otros eran más celosos de compartir su escaso tiempo libre con gente de la oficina, pero el grupo de once personas le dio al local el empuje que le faltaba a aquella hora de la tarde-noche para redondear el buen ambiente. Ainara no podía acompañarlos aquella vez y Carolina sentía que había perdido una posible aliada.

Se arremolinaron en torno a la barra para pedir y se encontró con Óscar a su lado.

—Dos *gintonic* de Puerto de Indias. —La miró un segundo y Carolina

asintió.

Intentaron mantener una conversación, estaban muy cerca el uno del otro y el aroma de Óscar, fresco y deportivo, la distrajo de lo que decía. Además, era imposible escuchar algo con el follón de la música, las voces y las risas.

—Vamos a otro sitio, estaremos más tranquilos.

No pudo hacer otra cosa que seguirlo hasta una mesa, llena de vasos vacíos, en un rincón. Hasta que una camarera despejó la superficie, Óscar no abrió la boca. Ni ella tampoco. Sorbió de su copa, paladeando la mezcla dulce y fresca.

—¿Qué tal las primeras semanas como diseñadora creativa?

Se ceñía a la zona segura para romper el hielo. No podía culparlo, de hecho, lo agradeció. Sonrió con cautela.

—Bien. Se nota la carga de trabajo.

—Tienes que incluirte en la toma de decisiones. Tu ojo es importante. No te cortes en decir lo que te parece y en aportar ideas. —Mantén el tono directo y formal de siempre, de modo que el cambio radical de tema la pilló por sorpresa pese a los segundos de pausa—. El otro día me preguntaste por qué voté que no a tu cambio de contrato. Que había algo más que razones económicas.

Carolina subió de nuevo la guardia. Tiró de las mangas hasta cubrir la mitad de sus manos y las llevó a la boca. Se mordió la uña del pulgar, pintada de rojo.

—Sí, la verdad es que me llamó la atención. Creía estar haciendo un buen trabajo. —No quiso decir que se había partido la espalda, sonaba demasiado plañidero—. Supongo que, como jefe, tienes que velar por aspectos que escapan a mi entendimiento.

Óscar se echó a reír y la mirada de sus ojos celestes cambió.

—¿En serio no tienes ni idea? Me parece increíble que Ainara no te lo haya dicho. ¿No te ha contado nada?

—No.

Se cruzó de brazos y clavó los ojos verdes en él. Comenzaba a impacientarse y no sabía qué le hacía tanta gracia. Él apretó los labios en un gesto pensativo y los dos volvieron a beber al unísono de las copas de balón.

—En CreaTech hay una ley no escrita, pero que hemos respetado desde que empezamos con la idea en el garaje de mis padres Ainara y yo, cuando aún no habíamos acabado la carrera —dijo tras unos instantes de silencio extraño. Carolina lo miró con atención—. No hay que liarse con los compañeros de trabajo.

—Me parece lógico, Óscar —replicó con sequedad. No entendía tanto secretismo y rodeos para decirle algo que le parecía obvio—. Me doy por enterada. No líos con los compañeros de trabajo.

Él se echó a reír de nuevo, echó la cabeza hacia atrás en un gesto que parecía de impotencia y se apartó el pelo rubio de la cara con la mano.

—Esto tiene que ser el karma, que me está jodiendo —murmuró.

Carolina frunció el ceño con extrañeza. Abrió los ojos y enarcó las cejas, esperando a que añadiera algo más, pero él bebía el *gintonic* a bastante velocidad, visiblemente nervioso.

—¿Algo más? —acabó por preguntar, en un tono que dejaba traslucir a las claras su fastidio, y cruzándose de brazos.

—Joder, Carolina, no seas tan macarra.

—¿Perdona?

—Yo aquí, intentando decirte que me gustas y que no sé cómo coño gestionarlo, y tú, a tu estilo. Afilada como un cuchillo.

Abrió la boca, estupefacta. Echó el cuerpo hacia atrás. Desde luego, eso sí que no se lo esperaba. No ahora. En algún momento se sintió incómoda a su lado, presa de la atracción que Óscar ejercía sobre ella, pero hacía meses que había dejado aquella tontería atrás.

—Estaba dispuesto a perderte como diseñadora, pese a que eres lo mejor con lo que nos hemos encontrado desde que fundamos CreaTech, para tener una oportunidad contigo.

Aquella afirmación cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

Los labios de Carolina temblaron. No era capaz de decir nada. Se sentía tan ultrajada, tan insultada, que consideró seriamente darle una bofetada o, en su defecto, echarse a llorar. Era un imbécil. Un maldito imbécil.

—Estás diciendo... que preferías que yo perdiese mi trabajo... y me marchara de la empresa... ¿para poder liarte conmigo?

—Sí.

No replicó. Si lo hacía, soltaría cualquier barbaridad. Temblando de pies a cabeza, se levantó del sofá, y cogió la cazadora de cuero y su bolso. Óscar se puso de pie, sorprendido por el giro que habían dado los acontecimientos.

—Pues gracias por tu sinceridad. Sin duda, me dejas mucho más tranquila —dijo con los dientes apretados de pura rabia, escupiendo cinismo en cada palabra—. Gracias por el *gintonic*.

Sorteó a la gente hacinada en el pasillo estrecho, despidiéndose con un gesto de la mano y una sonrisa forzada de los compañeros que advirtieron su fuga.

—¡Carolina! —Escuchó a Óscar, que la llamaba por encima del ruido.

Salió a Velázquez. La calle estaba llena de gente y llamó al taxi que pasaba en ese momento, pero alguien se subió unos metros antes. Quiso gritar de la impotencia. Óscar no respetaba en absoluto su trabajo. Las horas extra que había pasado en la oficina sentada ante la mesa de diseño, las ideas que lanzaba en las reuniones, las propuestas arriesgadas que habían dado un giro en el estilo de la empresa. Estaba dispuesto a sacrificar el puesto que tanto esfuerzo le había costado ganarse para ¿qué, exactamente? ¿Echar un polvo?

—¡Carolina, joder! —Una mano fuerte la aferró del brazo y la obligó a girarse.

—¿Qué quieres, Óscar? Ya me ha quedado claro que te importa una mierda que yo trabaje en CreaTech.

—¡Lo has entendido todo al revés! —dijo él, indignado con su respuesta—. Valoro muchísimo tu trabajo, justamente es eso lo que quiero hacerte ver. Que...

—¿Ah, sí? Porque me has dejado en una posición débil frente a toda la directiva al retirarme tu apoyo. Eres quien más me conoce, llevamos seis meses mano a mano con el hotel. ¡Me he partido el culo con cada proyecto! —estalló con furia, arrebatando su brazo del agarre férreo y encarándolo en mitad de la calle. Algunos transeúntes los miraron con condescendencia y bajó la voz—. Si crees que me voy a sentir halagada por tu interés en mí en lo personal, estás muy equivocado. Siento que me has vendido, Óscar. Jamás pensé que serías tan poco profesional.

Un taxi paró frente a ella y Carolina se metió en él, dando rienda suelta por fin a la impotencia que sentía en forma de lágrimas.

Óscar se llevó las manos a la cabeza. De todos los panoramas que se había planteado, aquel era el peor. Nunca pensó que las cosas pudieran salir tan mal.

Eran ya las once de la noche, la hora en la que había que decidir si continuar en otro sitio o irse a casa. No volvió a entrar en el *pub*, no le apetecía tener que dar explicaciones, y le constaba que al menos un par de compañeros se habían dado cuenta del ácido intercambio entre Carolina y él.

¿Qué esperaba? ¿Que se echara a sus brazos diciéndole que ella también sentía lo mismo y que quería esa oportunidad? Reconoció a regañadientes que había fantaseado con aquella opción cursi y pastelosa en varias ocasiones a lo largo de aquella semana. Lo único que quiso al votar no a la incorporación de Carolina fue dejar claro que no tenía intención de utilizar una supuesta relación con ella para colocarla dentro de CreaTech. Que nadie fuese a pensar que ella salía con él por interés. Qué ingenuo. En todo momento dio por sentado que la atracción era mutua, y ahora se daba cuenta del error garrafal que había cometido. No se había puesto en su lugar.

El móvil comenzó a vibrar sin parar en su bolsillo, y echó a andar hacia Lagasca, de vuelta al aparcamiento del edificio. Ainara lo estaba bombardeando a mensajes de WhatsApp.

«Cómo ha ido?».

«Qué te ha dicho????».

«Estás mirando los mensajes, contestaaaa!!!!».

Fue la única a la que contó que Carolina lo volvía loco desde que había entrado la primera vez en CreaTech a dejar su currículum, a principios de año. Cuando se enteró de que tenía pareja, se llevó un chasco. Después, cuando lo dejaron, le rogó a Ainara que se enterase de si salía con alguien, poniéndola en un aprieto dada su amistad incipiente con ella. Y, además, no sacaron nada en claro. Contestaba con evasivas y no decía ni que sí ni que no. Después había hecho algún intento tímido de invitarla a una copa, pero ella era tan reservada, tan inaccesible, que acabó por desistir y alejarse. El trabajar de manera tan estrecha con ella últimamente había vuelto a despertar la atracción, hasta el punto en que a veces le costaba concentrarse. Aquella forma de moverse, elegante y sexual. La manera en que se pasaba los dedos por la nuca cuando pensaba, o se estiraba las mangas sobre las manos cuando estaba nerviosa, o se mordía el labio.

El móvil comenzó a sonar con insistencia. Era Ainara. Lanzó una palabrota al aire y contestó.

—¿Qué? ¿Cómo te fue? ¡Cuéntame! —preguntó con entusiasmo. Óscar cerró el puño y se golpeó la frente repetidas veces.

—Fatal. Como el culo. Lo he hecho todo mal.

Sabores aprendidos

Carolina pasó el fin de semana presa de sentimientos encontrados. Óscar la había llamado un par de veces, pero no contestó a sus llamadas. Tampoco al mensaje con una disculpa por WhatsApp junto a la petición de volver a hablar.

«No te preocupes. Nos vemos el lunes en la oficina».

Con aquel mensaje frío y escueto pretendía dar por zanjada la conversación y hacer borrón y cuenta nueva, manteniendo su relación en el más estricto plano profesional. Planeaba incluso dejar de acudir a la copa del viernes, al menos durante un tiempo.

No contó con el factor Ainara. No tenía ni idea de que su relación con él fuese tan estrecha. Sabía que era una socia fundadora, pero no que habían estudiado juntos, ni que la hiciese depositaria de sus confidencias.

«Tía, ¿qué le has dicho a Óscar?».

«Está hecho polvo y no me quiere decir nada...».

«Me has leído, te veo en línea!!!».

Maldijo al WhatsApp y a sus creadores por la falta de intimidad y optó por darle la misma respuesta que a Óscar. Si iba a cerrar filas con él, mejor ceñir su amistad con Ainara también al terreno laboral.

«El lunes te cuento. Un beso».

Apagó la pantalla y dejó el móvil encima de la mesa. Otro fin de semana sin contar con Martín. Debería salir de compras, ir al cine, hacer algo. Aquel tiempo infernal terminaría por transformarla en una masa informe y gris si no salía de casa. El teléfono comenzó a sonar y cambió de opinión respecto a Ainara. Se lo contaría todo, pero frente a una caña o una café. Contestó sin mirar y palideció al escuchar el tono acusador de su madre.

—Hola, hija. Me alegra que por fin me cojas el teléfono.

Cerró los ojos, culpable. La voz de su madre temblaba con una mezcla de alegría y temor. No la llamaba casi nunca. Estaba cansada de escuchar durante horas los lamentos de sus enfermedades imposibles, los problemas inexistentes y sus reclamos de atención. Cuando llamaba ella, la despachaba a los pocos minutos aduciendo estar muy ocupada. Eso, cuando contestaba. Su relación desde que se había marchado de casa fue siempre fría, pero desde que vivía en Madrid, se había tornado en inexistente.

—Hola, mamá. He estado muy liada, lo siento.

—¿Cómo te va todo? ¿Estás ya instalada? Tu piso se ve muy bonito en las fotos —dijo con un entusiasmo que la entristeció. Su madre buscaba un acercamiento.

—Todo va bien, mamá. Me han hecho indefinida.

—¡Enhorabuena, hija! Eso es como ser funcionaria, ¿no?

Carolina sonrió al otro lado del teléfono. Esa era la máxima aspiración de su madre: una plaza de funcionario. Nunca entendería cómo un hombre tan bohemio, soñador y anárquico como su padre se había enamorado de una mujer tan prosaica.

—Sí, mamá. De aquí no hay quién me eche. —Eso, si a Óscar no le daba por ser vengativo—. El piso ya está casi listo. Faltan algunas lámparas.

—Entonces, si ya lo tienes listo, ¿qué te parece si voy a verte la semana que viene?

Martín. El fin de semana siguiente lo tenía libre y se moría por un encuentro tórrido y demencial con él. Improvisó sobre la marcha para quitársela de encima.

—El fin de semana tengo un viaje de trabajo y me voy fuera de Madrid. —Mintió como una bellaca y una punzada de remordimientos la abrumó ante el gemido de desilusión de su madre—. Pero el domingo por la tarde estoy de vuelta, ¿por qué no te vienes el lunes y pasas la semana conmigo? Trabajo hasta las seis o las siete, pero después...

—¡Sí, sí! ¡Es perfecto! —interrumpió su madre con un entusiasmo doloroso de escuchar—. Prometo no molestarte. Iré a los museos y a la ópera. Hace años que no voy a la ópera. Desde que murió tu padre.

—De acuerdo, mamá. Yo te cojo los billetes, tú no te preocupes por nada. Le diré a Sonia que los imprima y te los lleve a casa —dijo Carolina, sorprendida por el entusiasmo que le generó el plan improvisado. De pronto, que su madre la visitara no le parecía tan terrible—. Te prepararé algunas cosillas para que hagas mientras estoy trabajando, ¿de acuerdo?

—Mil gracias, hija, mil gracias. Estoy tan sola... —Se detuvo e hizo el esfuerzo de no seguir por ese camino. Lo percibió con claridad—. Me va a venir bien salir de Oviedo y verte. Prometo no molestar —repitió de nuevo. A Carolina se le rompió el corazón—. Hasta dentro de una semana, hija.

El lunes, Óscar no apareció en la oficina. No era tan ilusa como para pensar que la causa de su ausencia había sido su discusión; aun así, estaba intrigada. Cuando Ainara la abordó en su despacho con dos tazas de café, pudo despejar la incógnita.

—Óscar se ha ido a Barcelona hecho polvo, ¿qué pasó el viernes, por Dios?!

En unos pocos minutos, le hizo un resumen de su conversación. A medida que iba hablando, el rostro de su amiga se ensombrecía al entender que el punto de vista de Carolina nada tenía que ver con la película que se había montado Óscar.

—Me sentí como una mierda, Ainara —confesó, sin cambiar una coma cómo se sentía. Si el mensaje le llegaba sin filtros, peor para él—.

Básicamente, me dijo que le daba lo mismo echarme a la puta calle si con eso tenía vía libre para liarse conmigo. Y esta es la oportunidad más gorda que voy a tener en mi carrera.

—No, no es así, ¡de verdad!

—Puedes decirme lo que quieras, pero eso no cambia que haya sido muy poco profesional. —Uno de los diseñadores *freelance* se asomó por la puerta y Carolina le pidió que esperase fuera con la mano—. Tengo un montón de trabajo atrasado, ¿hablamos después?

—Vale. Pero que sepas que tu trabajo no se cuestiona. Óscar menos que nadie. Estamos fascinados contigo, y como dijeron en la reunión, no podíamos darnos el lujo de perderte. —Ainara se levantó y cogió las tazas para llevárselas—. Lo que él quería era protegerte, que nadie pensara que te favorecía por salir con él. Y eso debería decirte mucho, Carolina. Habla con él.

—Hablaré con él —respondió a regañadientes.

Que Ainara lo dijese con otras palabras no lo hacía más bonito, pero no podía darle más vueltas. Su amiga salió y entró el chico. Traía los modelos de sillas que permitían moverse a los niños mientras hacían sus tareas para el proyecto de *D&E*. Ahora tenía que trabajar.

La semana pasó en un suspiro. Trabajó a destajo y enfrentó como pudo el entusiasmo de su madre por el viaje, en forma de llamadas repetidas de las que contestaba una de cada tres. Llegó el viernes y no le costó decir que no a la invitación de Ainara a ir juntas a la copa al terminar el trabajo y después salir por ahí. Sufría un auténtico síndrome de abstinencia por ver a Martín.

—En otra ocasión. ¡Tengo planes! —dijo, incapaz de esconder su entusiasmo.

—¡Cuenta! ¿Dónde? Y lo que es más importante, ¿con quién?

No tenía ninguna intención de darle información que pudiera llegar a

Óscar sobre su vida, y respondió con una sonrisa enigmática y un beso en la mejilla. Martín había prometido una velada en la que pudiera evadirse de todo, ser venerada como se merecía y perderse en placer.

Esta vez irían en coche a la casa que Marcos y Silvia tenían en San Lorenzo del Escorial. El viaje de poco menos de una hora prometía. Carolina sabía que tenían una conversación pendiente, pero que no quería enfrentar.

Cogió un taxi hasta Serrano y llamó por teléfono a Martín.

—¿Dónde estás?

—Estoy a doscientos metros de la puerta, un Porsche Carrera negro, de los antiguos. Voy a parar en mitad de la calle —dijo con estrés evidente en el tono de voz.

Carolina buscó el vehículo en la marea de automóviles que inundaba la calle. Martín le dio luces un poco antes de llegar, y corrió a subirse en el asiento del copiloto, dejando atrás su pequeña maleta.

Martín aceleró justo antes de que el coche de atrás les regalara un sonoro bocinazo. Carolina se giró y le enseñó el dedo medio acompañado con una sonrisa.

—Qué macarra eres, Carolina —dijo Martín entre risas.

—Sí. Últimamente me lo dicen mucho. Dios, ¡cómo te he echado de menos esta semana! —Se inclinó sobre él y lo besó en el cuello, inspirando el aroma masculino y almizclado. Su cuerpo reconoció la fragancia y la recorrieron mil alfileres de placer—. He tenido una semana de mierda. ¿Y tú?

—Lo mismo. Mucho trabajo. Y Sara estuvo enferma todo el fin de semana. —Estiró los brazos, aferrado al volante, y giró la cabeza a un lado y a otro—. Este fin de semana vamos a dedicarlo única y exclusivamente al placer. Nada de trabajo. Nada de responsabilidades. Solo comer, beber y follar.

—Me parece un plan maravilloso —dijo Carolina con un suspiro—.

¿Quiénes vamos a estar?

—Solos los cuatro. Silvia, Marcos, tú y yo.

—No he traído nada. Ni una botella de vino, ni un postre. ¿Puedes parar en el pueblo para que compre algo? —No quería llegar con las manos vacías. Iba a pasar todo el fin de semana con ellos y ni siquiera se le había ocurrido llevar unos míseros bombones.

—No hay problema, pero con que te pongas tú en el plato va a ser más que suficiente. —Su voz adquirió una tonalidad oscura y Carolina se estremeció con la expectación.

Charlaron de todo y de nada, evitando el tema laboral. No le contó la decepción que se había llevado con Óscar ni tampoco la próxima visita de su madre. Además, los dedos cálidos de Martín entre sus muslos, acariciando su piel justo por encima de la blonda de las medias, la hicieron perder la concentración. Se recostó en el asiento, abrió las piernas para darle acceso y empujó la mano hacia su sexo sin ningún pudor. Martín desplazó la tela empapada de su entrepierna y hundió los dedos en la carne tierna.

—Cómo echaba de menos esto —murmuró ella, contoneándose para aumentar la fricción.

Martín la masturbó con pericia mientras conducía por la A-6 en dirección a San Lorenzo del Escorial. Los gemidos y las pequeñas órdenes de Carolina para que cambiara el ritmo, la penetrara con los dedos o pusiera el clítoris en juego lo pusieron a mil. Cuando llegaron al pueblo y tuvo que desplazar la mano a la palanca de cambios para bajar la marcha, ella soltó un gemido de decepción.

—Estaba a punto de correrme —protestó con un puchero fingido.

Él sonrió. Las luces de las calles ya estaban encendidas, los transeúntes paseaban por las aceras de piedra, ajenos a su depravación. Pero quizá alguno mirase. El vestido de Carolina estaba arrugado en torno a sus caderas, las medias y el ligero negro destacaban sobre el blanco níveo de su piel. Volvió a poner la mano en el lugar al que pertenecía y ella la atrapó entre sus muslos.

—No. Abre bien las piernas. Quiero tener pleno acceso a tu coño.

Ella obedeció sin ningún titubeo.

Recorrió las callejuelas en busca de la tienda que Carolina había encontrado en Tripadvisor. Trabajaba su clítoris con la yema de los dedos hasta dejarla a punto de caramelo, y aprovechaba o forzaba un cambio de marchas para alejar el orgasmo. En un momento, ella llevó sus propias manos a su sexo para regalarse una clausura, pero Martín se las retiró con una palmada seca.

—Sé buena, Carolina.

—Necesito correrme —dijo ella con la voz enronquecida—. Me duele todo de lo excitada que estoy.

Aparcó justo frente a la tienda, no creía que a esa hora le pusieran una multa en el carga y descarga. Con la mano izquierda, se aferró al volante. Con la derecha, trabajó el sexo de Carolina, que mantenía las rodillas abiertas lo que el estrecho habitáculo del coche le permitía, mientras de vez en cuando, pasaba junto a ellos algún peatón. Que miraban. Claro que miraban. Primero se fijaban en el coche. Después, en lo que ocurría en su interior. Martín sonrió al ver que tan solo ralentizaban el paso un instante y después seguían.

Una humedad cálida inundó su mano y un gemido ahogado salió de los labios femeninos cuando Carolina se corrió. Sus mejillas estaban arboladas, su boca, húmeda e hinchada, y los pezones se erguían, altivos, por debajo de la tela de lana. Estaba preciosa.

—Vete tú. No creo que pueda andar —dijo, entre risas jadeantes.

—No sé, Carolina. Creo que está cerrado.

El pequeño comercio tenía ya la persiana metálica bajada a la mitad, aunque aún había luz.

—¡No! Tengo que llevarles algo.

Se bajó del coche, se coló por debajo de la persiana y entró. Martín la siguió. La tienda era maravillosa. Los aromas del chocolate, el café y las especias se unían de manera armoniosa, embriagadora.

—Tenéis una tienda preciosa —dijo Carolina, espontánea, cuando una

pareja salió de la trastienda.

—Gracias, pero ya hemos cerrado —dijo el hombre en tono de disculpa.

—¿No podéis cobrarme estos bombones, esta botella de vino y estas frambuesas? —dijo Carolina, suplicante. Martín esbozó una sonrisa. Era irresistible.

—Te va a salir carísimo —murmuró la mujer. Miró al que parecía su marido y señaló una de las cestas que se exhibían frente al mostrador—. Mejor escoge una de estas, tienen más cositas y te va a salir mejor.

Carolina estudió con curiosidad el contenido y Martín cogió de sus manos el vino. Claro. Un Vega Sicilia. Con razón querían disuadirla. Parecía casi una niña a primera vista, con aquel vestido negro y holgado, y aquellos zapatitos de tacón. Una segunda mirada revelaba la sensualidad de sus movimientos, la seducción de la curva de su boca y la madurez de su mirada verde. Su pene pulsó con la promesa de que muy pronto, esa misma noche, se enterraría en ella con toda el hambre de aquellas casi dos semanas sin tocarse.

—Me quedo con esta: piña, nueces de macadamia, arándanos, trufas de chocolate, *micuit* y tostas. ¿Les gustará?

—Les encantará. Yo me quedo con el vino.

Pagaron cada uno lo suyo y la pareja les regaló una pequeña bolsa con dátiles. Carolina los probó con curiosidad.

—Son muy dulces, nunca los había probado.

—Uhm, a mí me encantan —confesó Martín, saboreando el fruto mientras conducía a las afueras del pueblo, hacia la casa de sus amigos—. Pero estos no tienen demasiado sabor. Algún día te llevaré a Marruecos y podrás probarlos de verdad.

Carolina sonrió con aquella mirada enigmática que no decía ni sí ni no a su propuesta. Todo en ella se rodeaba de un halo de misterio, de esos a los que querías asomarte, pero que en realidad no buscabas desentrañar.

El sonido de la gravilla delató su llegada. La casa, un chalé de piedra de dos plantas, estaba oculta por los pinos y algunos arbustos con flores.

Llovía a cántaros, pero Carolina se detuvo un instante bajo el paraguas para disfrutar del aroma a hierba mojada, los jazmines, las begonias y las clavelinas.

—Pasad, locos. ¡Os vais a empapar! —dijo Silvia entre risas, esperando en el quicio de la puerta. Los besó a ambos en los labios. Tenía unos labios plenos y suaves, le dio la sensación de estar apoyando la boca sobre una uva tibia al sol.

Martín la empujó con suavidad hacia el interior y entró, cohibida. Una chimenea emitía una luz cálida en el salón al que los condujo.

—Marcos tiene que estar al llegar, he hablado con él hace un rato. Martín, ¿por qué no sirves ese vino que has traído y preparas el picoteo? —Agarró a Carolina de la mano y tiro de ella hacia la escalera—. Ven. Te diré dónde instalarte.

El piso de arriba era diáfano, sin pasillos. Una sala con una televisión de pantalla plana enorme frente a un sofá con *chaise longue* estaba separada por una barandilla de madera y acero del hueco de la escalera, y solo había tres puertas cerradas.

—Aquí dormiréis Martín y tú. No te extrañes si él acaba pasándose al sofá de aquí o al de abajo. Es un viejo huraño que no sabe dormir con otra persona —dijo Silvia entre risas. Carolina la miró, sorprendida. Lo conocía muy bien, y lo aceptaba tal y como era.

—La cama es tan grande que, si queremos, ni nos vamos a tocar —replicó Carolina.

Abandonó la maleta a los pies y siguió a Silvia hacia el cuarto de baño. Le dejó un par de toallas mullidas que exhalaban un delicado aroma a suavizante y señaló varios botecitos de champú, gel y acondicionador para su uso. Aquello era mejor que un hotel.

—Acompáñame. Voy a ponerme algo más apropiado para la cena.

La habitación de Marcos y Silvia la hizo abrir la boca y sentir una envidia nada sana. Su alma de diseñadora y decoradora la hizo apreciar aún más la enorme cama con cabecero de cuero beis de capitoné, sobre el que había un cuadro de una pareja desnuda entrelazada en una figura muy

explícita de sexo abstracto. Un tocador lleno de perfumes, muy antiguo, en madera de caoba y filigrana incrustada de oro hizo a Carolina suspirar. Un diván de terciopelo, del mismo beis que armonizaba toda la estancia, recibió las prendas de Silvia mientras se desnudaba sin ningún pudor. Los tacones se hundían en la alfombra color café con leche. Cerraba el conjunto una mesa entera hecha de espejos, sobre la que lucía una colección de esculturas de desnudos femeninos en madera, piedra y metal, que disparó sus fantasías. Aquella era una alcoba que invitaba a la lujuria más que al descanso. Y Carolina se encontró ansiando probarla.

—¿Quieres cambiarte tú también? Mira, quizá encuentres algo que te guste en mi armario.

Carolina tragó saliva. No era un armario, era un enorme vestidor. Silvia estaba desnuda y pasaba con aire distraído las piezas de lencería que colgaban de una barra. Perdió la cuenta al llegar al par de tacones número treinta y dos en dos repisas.

—Es lo que más me gusta de la casa —dijo Silvia riendo—. Marcos tiene un sentido estético que me encanta y mandó hacer dos de estos, uno para él y otro para mí.

—Ahora mismo estoy verde de envidia —murmuró Carolina, extasiada al tocar una bata de tul con reborde de plumas de color rosa pastel—. Vaya colección que tienes aquí.

—Marcos, al igual que Martín, es muy fetichista de la lencería femenina. Venga, vamos a darles un poco en el gusto. ¿Qué te quieres poner?

Carolina se mordió el labio inferior, indecisa. No quería abusar. Pero lo cierto era que aquella bata iría perfecta con el conjunto nuevo que no habían estrenado, porque se lo había puesto el día que habían hablado de abrir la pareja. Fue a buscarlo en un momento a la habitación. Silvia cepillaba su larga melena rubia frente al espejo. Quizá ella pudiera arrojar algo de luz sobre el tema. Carolina comenzó a desnudarse también.

—Silvia, ¿tenéis hijos? —soltó de un modo un poco brusco, pero ella sonrió.

—Marcos es viudo. Tiene una hija estudiando en Barcelona, en la universidad. Yo estoy divorciada, como Martín —dijo Silvia con una sonrisa

sincera—. Mis dos hijos están con mi exmarido este fin de semana.

—¿Dos hijos? —Carolina no pudo evitar desviarse del tema—. Porque no se nota, tienes un cuerpo precioso. Siempre he pensado que la maternidad estropearía mucho la figura.

La mirada de Silvia cambió y se acercó a ella. La cogió de la mano y la posó sobre uno de sus pechos. Carolina notó su sexo tensarse con violencia al sentir el pezón de Silvia transformarse en un botón duro.

—Se lleva su tajada, es cierto. Pero nada que una buena alimentación y un poco de ejercicio no puedan solucionar. —Dejó caer la mano, pero Carolina no apartó la suya. Estaba demasiado intrigada.

Nunca había tocado a una mujer. Las tonterías de la universidad no habían pasado de darse algún morreo con alguna amiga o tocarse las tetas o entre las piernas en plan broma. Aquello era muy diferente. Y el tacto suave de los pechos, no muy diferentes a los suyos, la embelesó.

Silvia se acercó a ella y la abrazó. Apoyó los labios en los suyos sin titubeos y la besó con lascivia. Carolina correspondió con un gemido ahogado. Besaba bien. Besaba muy bien. La lengua recorría el filo de su boca, provocando un cosquilleo que viajaba al centro de su sexo, y profundizó el contacto aferrándola de la nuca.

Silvia caminó hacia atrás hasta apoyar el trasero sobre el borde de una cómoda, arrastrándola con ella. Separó un poco las rodillas y Carolina bajó la mirada hasta el vellón rubio que cubría su sexo.

—Tócame —susurró Silvia. Su piel exhalaba un aroma dulce y suave—. Lo estás deseando.

—No lo sé —dijo con sinceridad. Hablar con ella era fácil, sentía que la comprendería mejor que cualquier hombre con el que hubiese hablado. Mejor incluso que Martín—. Nunca... No tengo experiencia con mujeres.

Ella sonrió con cierta condescendencia. Cogió su mano por la muñeca y la llevó justo sobre su abdomen, donde exhibía la cicatriz blanca y horizontal de una cesárea. Esperando en el umbral de un mundo desconocido para el que había que prepararse antes de entrar.

—Es como todo en el sexo, Carolina. Un placer aprendido, que se

descubre poco a poco. Como cuando tomas café por primera vez. —Apretó con la palma la suya, y deslizó ambas manos hacia su sexo—. Al principio no sabes si te gusta o te disgusta. Después, no puedes vivir sin él. —Y hundió los dedos de Carolina entre los pliegues de su coño con firmeza y suavidad a la vez.

Era cálido, suave, mullido. La sensación era muy parecida a la de masturbar su propio sexo. Silvia siguió guiándola, y los gemidos excitados y su deseo la empujaron a ser más audaz. Con la mano libre acarició sus pechos y Silvia se arqueó, echando la cabeza hacia atrás. Su cuello níveo la llamó y hundió los dientes en ella. Después se atrevió a buscar sus pezones con la boca. Con titubeos al inicio, y con agresividad después, lamió, besó y succionó los pezones grandes y sonrosados, mientras ella pellizcaba y retorció los suyos, haciéndola enloquecer de placer.

—Eres dominante. Me gusta —murmuró ella, pegándose a su piel. La mano de Carolina quedó atrapada entre ambos montes de Venus, y la movió de manera que pudiera darse placer también a ella. Silvia puso las suyas en juego.

—Yo también quiero tocarte —advirtió. Carolina se echó a reír. De perdidas al río.

Silvia llevó una mano ahuecada sobre su coño. Su tacto era delicado, experto. Sabía dónde había que presionar. Con el talón de la mano describía círculos sobre su clítoris, con los dedos tocaba sus labios como si de una sinfonía de piano se tratase. El tono de las caricias se fue encendiendo y ambas brotaron a sudar. Carolina sacó la mano y quiso recorrer su espalda. Silvia le agarró el trasero, apretándolo con fuerza, y ambos sexos se encontraron en un choque bestial.

Gimieron, jadearon, se contorsionaron buscando la fricción perfecta entre sus núcleos enardecidos. Las caderas de Carolina se movían sin control, apretadas contra Silvia por el peso de su propio cuerpo y las manos que estrujaban sus glúteos sin piedad.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida, cuando el orgasmo la alcanzó. Su interior se contrajo al mismo tiempo que Silvia mordía sus labios y se dejaba llevar también. Pero no se detuvo ahí. No había que esperar. No existía un

periodo refractario. Desde atrás, hundió una mano entre sus glúteos y abrió su sexo, que notó el cambio de temperatura al exponer su interior. Metió dos dedos en él y la completó con la sensación que no sabía que faltaba, la de una penetración, y los giró. Carolina se corrió.

—Joder, Silvia. No pares, ¡no pares! —exigió, moviendo su pelvis en círculos salvajes en torno a sus dedos y sobre el coño de ella para que se corriese también.

Se regalaron orgasmos la una a la otra durante varios minutos de delirio. Cuando Carolina pensaba que no podía más, porque sus piernas no la sujetaban y su cuerpo temblaba, Silvia la alentaba con palabras tiernas alternadas con un lenguaje lascivo y soez. Terminaron abrazadas sobre la cómoda, los pechos aplastados, las bocas fundidas y los sexos adheridos por la humedad.

—No sé si lo sabes —resopló Carolina sobre sus labios tras unos minutos intentando recuperar el aliento—, pero soy adicta al café.

Silvia se echó a reír.

A la inglesa

Aquella noche no hubo más sexo. Cuando Silvia y ella bajaron al salón, Marcos y Martín ya habían dado buena cuenta del Vega Sicilia y conversaban de manera distendida frente a la chimenea.

—Habéis empezado la fiesta sin nosotros —dijo Martín, fingiendo un tono acusador—. Escuchábamos los gemidos desde aquí.

Carolina se ruborizó y cerró la bata casi transparente en torno a su cuerpo. Silvia soltó una carcajada y se acercó a saludar a Marcos.

—Uhm, sabes a sexo. Siento el aroma de Carolina en ti —murmuró él mientras hundía su nariz en el cuello de Silvia—. Habéis llegado a tiempo, casi no queda fruta.

Carolina picoteó algo, pero los párpados le pesaban, los orgasmos provocados por Silvia y por Martín la habían sumido en un delicioso estado de languidez y el calor de la chimenea la adormeció hasta que notó que alguien la cogía en brazos.

—Vamos a la cama, es tarde.

En cuanto llegaron a la cama, se desnudó y se acurrucó junto al cuerpo de Martín.

Durmió como un tronco en una noche sin sueños y cuando vio la hora en su móvil a la mañana siguiente, se echó a reír. Eran casi las once.

Silvia estaba en la cocina, con unos *leggings* grises, una camisa de cuadros que con toda probabilidad pertenecía a Marcos y su pelo rubio apilado en un moño. Bebía de una taza de café y pasaba con desidia las hojas de una revista *Hola*. Al ver a Carolina, su rostro se iluminó.

—Buenos días, ¡qué bien que hayas despertado! —dijo mientras servía

una taza para ella—. Martín y Marcos se han marchado a jugar un partido de *squash* y me aburría como una ostra.

—Me he quedado frita, perdona —murmuró Carolina, escondiendo un bostezo tras los dedos, un poco cohibida por la normalidad de la situación después de la noche anterior—. Jamás me levanto tan tarde, pero llevo unas semanas de mucho estrés. Gracias por el café. —Y se inclinó sobre Silvia para darle un beso suave en los labios. Aquel pequeño gesto barrió su timidez.

—¿Estrés? Eso aquí está prohibido. Mira. —Señaló el reloj blanco con agujas plateadas que presidía la cocina—. ¿Qué te parece si en vez de cocinar, reservamos en algún restaurante y tú y yo nos vamos de *spa*?

Sonreía como una niña pequeña, ilusionada en espera de su respuesta, y Carolina emitió un gemido orgásmico.

—¿*Spa*? ¡Hace mil años que no voy a uno! —Apuró el café que quedaba en la taza.

—Ponte algo cómodo. No te duches, coge algo de ropa bonita para el restaurante y nos arreglamos allí.

Pasaron el resto de la mañana entre piscinas de agua caliente y chorros terapéuticos, una sauna depurativa y una sesión de manicura y pedicura. Carolina encontró el momento por fin para sincerarse con Silvia respecto a abrir la pareja y volcó en ella sus temores ante la idea de involucrarse con alguien más que con Martín.

—Carolina, no sé si soy la indicada para darte ningún consejo. —Un velo de tristeza cubrió sus ojos castaños—. Mi divorcio es el último de una larga colección de fracasos en mis relaciones de pareja. Pero quizá sea justamente eso, las carencias afectivas no atendidas, lo que abocó mis relaciones al fracaso.

—¿Piensas que Martín tiene razón? —Carolina la miró fijamente, necesitaba una respuesta sincera—. A veces pienso que es solo una manera de no complicarse la vida conmigo. «Te follo, y lo duro de la relación que lo aguante otro».

Silvia se echó a reír con ganas ante su imitación del tono formal y frío

de Martín.

—¿No complicarse la vida? ¡Ay, Carolina! —dijo entre risas y movimientos de negación con la cabeza—. Martín te está poniendo en bandeja la posibilidad de que vivas otras relaciones, otros amores, sin restricción alguna. Yo no veo que quiera quitarse de encima complicaciones —dijo, y apoyó la mano sobre su antebrazo para reclamar por completo su atención—, lo que veo es que quiere que seas feliz.

Las palabras de Silvia se mantuvieron en un análisis en segundo plano durante el resto de la velada. Cuando se encontraron con los chicos en el AMETStudio, tenía más clara su decisión. Disfrutaron del menú degustación, amenizados con la música de David Bowie, en el restaurante moderno y minimalista, y volvieron a la casa cada pareja en su coche.

Era el primer momento que estaba a solas con Martín desde que llegaron, y aprovechó la ocasión.

—He estado hablando con Silvia.

—Es bueno saber que habláis, además de follar —dijo él, con una sonrisa divertida. Carolina no pudo evitar reírse y escondió el rostro entre las manos. Aún no podía creer lo que había ocurrido la noche anterior.

—Le he preguntado su opinión sobre las parejas abiertas.

El gesto de Martín se tornó serio. Aparcó el coche en el arcén y la miró. Sus ojos negros se clavaron en ella.

—Te escucho.

—No era necesario que parásemos —protestó. Quería llegar a la casa y quizá echarse otra siesta—. Solo quería decirte que me gustaría probar.

—No va a ser fácil, Carolina. Tú te has tomado la propuesta bastante mejor de lo que esperaba, pero no siempre es así —dijo con tono de advertencia—. La idea monógama y mutuamente fiel de pareja está grabada fuego en nuestro subconsciente y la mayoría espera y desea que sus relaciones sean así.

Bajó la mirada y estudió sus botines cerrados con hebillas. Tenía razón. Había sido demasiado sencillo considerarlo. Titubeó, pero él también merecía

sinceridad por su parte.

—Supongo que es cierto. Lo que dijiste sobre mis necesidades —aclaró ante su expresión interrogante—. Sí que hay algunas cosas que echo de menos de una relación convencional. —No quiso enumerar aquello en lo que Martín no la llenaba. No quería hacerle daño. Y estaba segura de que él lo sabía sin necesidad de decir nada—. No sé si lograré algo incorporando más personas, ya me parece suficientemente difícil llevar una sola relación sana, pero al menos quiero intentarlo.

—¿Aunque sea difícil? Porque lo será. Sobre todo al principio.

—Aunque sea difícil.

Martín arrancó el coche y siguieron por la carretera serpenteante hasta llegar a la casa. No dijeron nada, pero él entrelazaba sus dedos encima de la mano de Carolina siempre que no la necesitaba para conducir.

Las llaves los esperaban puestas por fuera en la cerradura. Cuando entraron, se encontraron con un panorama peculiar. Carolina frunció el ceño. Silvia estaba de pie en un rincón, de cara a la pared, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda. Buscó con la mirada a Martín, que se echó a reír.

—No vas a querer perderte esto. Vamos a sentarnos.

—¿Y Silvia? —Lanzó una mirada a su amiga, y alcanzó a divisar una sonrisa traviesa mal disimulada en su rostro.

—Silvia está castigada. Y sospecho que tiene algo que ver con lo que hicisteis anoche. —Martín se lo estaba pasando en grande, y ella no entendía por qué—. Quizá te vendría bien una buena tanda de azotes a ti también.

—¿Perdona?

Marcos bajaba en ese momento. Portaba una fusta y una paleta de cuero entre las manos y Carolina tragó saliva. Se había quitado la americana y dejaba ver los tirantes por encima de su camisa dándole un aspecto clásico y elegante. Se detuvo ante ellos y esbozó una sonrisa.

—Uhm. Con público. Me parece bien.

Martín se echó a reír y tiró de la mano de Carolina para que se sentase

junto a él en el sofá. Marcos, metódico y con una pose seria, apartó la mesa auxiliar para poner una sencilla banqueta de madera entre ellos y la chimenea.

—Silvia, ven aquí —ordenó con voz autoritaria, y señaló un punto en la alfombra a pocos centímetros frente a él.

Ella se acercó sin alzar la mirada. Traía las mejillas arreboladas y los labios tensos en una mueca que quería reprimir una sonrisa a duras penas.

—Ayer te portaste muy mal. Dime. ¿Por qué te has portado mal? —dijo Marcos.

—Señor —rezongó ella, como si fuera una niña pequeña a la que están regañando. Sus ojos brillaban en pura diversión—. No me porté mal. Lo que pasa es que...

—Nada de excusas, señorita. Dime, ¿qué fue lo que hiciste anoche?

—Follé con Carolina sin tu permiso.

—Y sin invitar a tu señor.

—Y sin invitar a mi señor —repitió, esta vez con la sonrisa abarcando la longitud de sus labios—. Y lo disfruté mucho.

Esta vez, su mirada se clavó en Carolina, que no había abierto la boca, fascinada por la escena que se desarrollaba ante ella. Notó que su sexo se tensaba y un estremecimiento la recorría de la cabeza a los pies. Rememoró el tacto suave de sus labios, la pericia de sus caricias sobre los pezones y el clítoris, y jadeó. Martín se volvió a estudiarla con detenimiento.

—¿Sabes cuál es el castigo por ello?

—Me merezco una azotaina, señor —dijo Silvia, retornando a su pose contrita.

—Ven aquí. Escoge.

Le mostró los instrumentos y la mujer se decantó por la paleta, pero Marcos la dejó a un lado y señaló su regazo. Silvia se inclinó hasta tenderse sobre él, apoyando los codos en la alfombra y equilibrándose con la punta de los pies. Su trasero quedaba en el punto más alto de la uve invertida que describía su cuerpo. Marcos se desabrochó los puños de la camisa blanca con

ceremonia.

Carolina no podía apartar la mirada de sus manos elegantes, casi femeninas, mientras se arremangaba la camisa hasta los codos. Silvia permanecía mansa e inmóvil sobre su regazo. Levantó la falda por encima de su trasero y Martín emitió un murmullo de aprobación al exhibir las bragas de encaje blanco y las medias de blonda, sin liguero. Carolina sonrió. Siempre el fetichista. Observó con avidez cómo deslizaba las bragas hasta la mitad de sus muslos, pero el golpe firme y seco sobre sus nalgas con la paleta la pilló por sorpresa.

—Pero ¿qué está haciendo? —murmuró, boquiabierta. Martín se echó a reír a medida que la mandíbula de Carolina se desencajaba con las descargas de la paleta sobre el trasero de Silvia, que adquiría una tonalidad rojiza y ardiente.

—Están jugando, Carolina. Nada más.

Silvia lloriqueaba con un tono suplicante completamente fingido, de eso sí se daba cuenta. Los gemidos y los jadeos eran de placer. Pasados unos minutos, Marcos soltó la paleta y continuó con la mano desnuda. Pero esta vez, alternaba un masaje sobre la piel sensible de los glúteos de su amante con las palmadas. Cambió ligeramente de posición, e hizo que la mujer abriera los muslos dejando caer una de sus rodillas al suelo. Y las palmadas comenzaron a azotar también su sexo. Los gemidos se tornaron más desgarrados. Ya no había lloriqueos, solo expresiones de lujuria. La esencia femenina, salada, desconocida, impregnó el ambiente cálido del salón. La humedad empapaba el interior de sus muslos nacarados. En una de las palmadas en su coño, soltó un grito y se corrió. Carolina inspiró de golpe y apretó las piernas con fuerza.

—Joder —se escapó entre sus labios. El exabrupto llamó la atención de Marcos, que esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Me parece que hay otra señorita que también está deseando que la castiguen. ¿Es así?

Martín se giró hacia ella, también sonriendo. ¿Lo deseaba? Carolina se mordió el labio inferior, indecisa. Estaba excitada. Mucho. Percibía la humedad densa entre sus piernas. Había notado la réplica de cada azote en el

centro de su sexo, haciendo crecer un anhelo inexplicable en su interior. La escena la hipnotizó al mismo nivel que le generaba un punto de rechazo. Un morbo desconocido por sentirse humillada de aquella misma manera la dividió en dos mitades en equilibrio perfecto. La condena y el deseo. La curiosidad y los convencionalismos, que pese a todo aquel tiempo con Martín, seguían tirando de ella hacia la contención.

—No lo tengo claro. No lo sé —dijo con indecisión.

Silvia se levantó del regazo de su marido y en vez de subirse las bragas, se las quitó. Con una risa rutilante se las lanzó a Martín, que las cogió entre sus manos, sorprendido y encantado. Se sentó a su lado en el sofá emitiendo un suspiro de satisfacción entre los labios hinchados y rojos. Eso la molestó durante un segundo, pero desechó la sensación. Martín era libre. Todos eran libres. Y ella también. ¿Por qué no probar?

—Quiero decir que no tengo claro por qué se me castiga —dijo, para seguir el juego.

Marcos sonrió, esta vez depredador.

—En esta casa no se permite ser egoísta en el placer. O disfrutan todos, o disfrutan todos. No hay alternativa —explicó. Cedió su sitio a Martín, que se sentó sobre la banqueta y arremangó su camisa—. Prueba, Carolina. Si no te agrada, siempre puedes decir la palabra de seguridad.

La palabra de seguridad. Odiaba ese tipo de reglas. Con Martín habían acordado que los límites serían consuetudinarios y les había ido bien así. Se acercó a él, aún vacilante. Los pezones le dolían con el roce del encaje y un lanzazo de excitación atravesaba su sexo.

—Desnúdate, Carolina.

—Pero Silvia estaba vestida —protestó, girándose hacia la pareja que los observaba desde el sofá, acariciándose.

—Cada uno es diferente. Yo quiero ver tu piel cuando se cubra de sudor.

No argumentó nada más. El tono lascivo de voz bastó para convencerla. Agarró el borde de su vestido de cachemira y lo deslizó fuera de su cuerpo. Martín sonrió, apreciativo, ante la visión de su piel blanca cubierta

de encaje rosado. Por fin estrenaba el nuevo conjunto para él. Cruzó el antebrazo bajo su pecho y se desabrochó el sujetador. Las copas se desbordaron, descubriendo sus pezones, cuando la delicada tela se deslizó. Martín apoyó las manos sobre las caderas y la acercó entre sus muslos abiertos. Esa era la ventaja con la que contaban ahora. No había restricciones, ni reglas, ni reticencias. Carolina gimió cuando la boca masculina rozó sus pechos. Fue él quien la despojó de las bragas y las medias. Cogía la tela entre sus dedos con precisión, casi sin tocar su piel. Aquella contención provocaba en Carolina una ansiedad difícil de manejar por mucho que supiera que lo hacía justamente para prolongar su agonía.

—El castigo —recordó Marcos.

Martín alzó el rostro, desorientado, y sonrió. Casi se habían olvidado. Carolina se inclinó, algo torpe, sobre su regazo, pero él la detuvo.

—No, siéntate de espaldas a mí, sobre mis rodillas.

Carolina obedeció y se sentó a horcajadas, dándole la espalda. Cerró los ojos al notar la mano de Martín, que acarició su nuca con delicadeza. Su tacto aún la sorprendía. Sabía cómo y dónde generar placer, aderezado con ese punto de dolor que la hacía disfrutar aún más. De pronto, la empujó hacia adelante y cayó de bruces sobre sus piernas estiradas. Con un punto de vergüenza, notó cómo su ano y su sexo quedaban expuestos y vulnerables hacia su verdugo.

—Empezaré suave. Y serás tú la que me pida más.

Una comisura de sus labios se elevó con sarcasmo. Lo dudaba mucho. Estaba dispuesta a prestarse al juego y experimentar, quizá disfrutar, pero ella conocía muy bien cuáles eran sus detonantes en el placer y no pensaba que los azotes fueran uno de ellos. Y menos cuando Martín comenzó a acariciar la entrada de su sexo con la yema de su pulgar. Describía movimientos circulares que tan solo insinuaban la penetración, evitando el punto de mayor placer en todo momento. Con la otra mano, abarcaba una de sus nalgas y la apretaba y acariciaba. Carolina se acomodó sobre sus piernas, los pezones erectos aplastados contra la tela de gabardina del pantalón, fría y algo áspera. Cruzó las manos sobre sus tibias y apoyó el rostro sobre ellas, abandonada a los dedos de Martín. Siempre tentándola. Siempre haciéndola esperar.

—¡Ah!

El azote la pilló desprevenida y todo su cuerpo se puso en alerta. La nalga le ardía y arqueó la espalda para mirar hacia atrás. Martín lucía una expresión concentrada en el rostro, con las manos ocupadas en trabajarla.

—¡Mierda! —gritó Carolina. Esta vez no fue ardor, fue dolor. La piel le latía y podía distinguir dónde habían impactado la palma y los dedos índice y medio. Pero Martín volvía a masturbarla y a sumirla en aquel juego de placer y dolor. La azotaba en una, en la otra, en las dos nalgas.

Jadeaba en una carrera desesperada hacia el orgasmo mientras su sexo se licuaba en contracciones erráticas imposibles de controlar. Intentó precipitarlo y buscó fricción contra el muslo de Martín.

—¡Joder! —barbotó, dando un respingo sobre su cabalgadura improvisada, cuando Martín la azotó, esta vez, con la paleta.

—Eres una descarada sin remedio —gruñó él, sin dejar de acariciarla con el pulgar, ahora con mayor velocidad. El placer era inmanejable—. Eres desobediente, impaciente y manipuladora.

—¡Martín! —sollozó cuando la paleta volvió a descargar. Alzó la mirada y chocó de frente con la lujuria de los ojos de Marcos y Silvia. Una mezcla de humillación y morbo la avergonzó a la vez que llevaba su excitación al límite, al saber que la observaban como si de una película se tratase. Solo que, en vez de palomitas, se masturbaban el uno al otro sobre el sofá.

Carolina dio un respingo cuando Martín la empujó hacia adelante sin previo aviso y tuvo que frenar la caída de su cuerpo con las manos sobre el suelo.

Se volvió, ultrajada.

—¿Qué vas a hacer? —Él sonrió mientras desabrochaba su bragueta y liberaba su erección—. ¡Pero Marcos solo azotó a Silvia! —protestó.

—Marcos es Marcos. Y yo soy yo.

La elevó de las caderas para facilitar su acometida y se enterró en ella con un gruñido.

Carolina cerró los ojos para absorber la sensación de plenitud. Martín la agarraba del culo con fuerza, con ambas manos, y se desataba en su interior. Bajó la guardia y se dejó llevar. Ahí fue cuando Martín la fustigó de nuevo. Gritó. La boca se le anegó en saliva y la pegó a su antebrazo por falta de otra cosa. Se mordió cuando él la volvió a azotar. Las lágrimas afloraron a sus ojos al sentir la nueva corriente de dolor y placer. Era demasiado. Era demasiado. Y se corrió.

Con los tímpanos amortiguados por el pelotazo de adrenalina, no supo distinguir de quién era la carcajada masculina que escuchó. Si de Martín, vaciándose en su interior sin reservas, o de Marcos, que incluso los aplaudió.

Se derrumbó sobre las piernas de Martín. Aquello debía de ser lo más parecido a agonizar de placer. Pero no pudo descansar mucho tiempo.

—Ven. El castigo aún no ha terminado.

Carolina parpadeó, sorprendida, y tomó la mano que Silvia le tendía. Se incorporó, dudando de si lograría sostenerse en pie.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —graznó con la voz aún agarrotada por la excitación.

Su amiga la arrastró de vuelta al rincón.

—De cara a la pared, Carolina. Estamos castigadas.

No podía creerlo. Silvia se mantenía de pie, con las manos cruzadas a la espalda y una sonrisita tenue y traviesa en el rostro. Ella la imitó, pero incapaz de mantenerse quieta, le dio un codazo. Silvia le devolvió el golpe con la cadera y las dos rompieron a reír.

—Os lo advierto —dijo Martín, autoritario—. Si seguís así, volveremos a azotaros.

—¿No es un espectáculo delicioso? ¿Los dos culitos enrojecidos y ardiendo? Casi da pena estropear el cuadro.

Carolina se volvió. No podía evitarlo. Quizá era venganza por la sensación de ardor en el culo. Quizá porque había quedado con ganas de más. Se acercó a Silvia y la besó en los labios. Ella correspondió, estrechándose a su cuerpo desnudo.

Martín y Marcos se levantaron sincronizados, como accionados por un resorte.

—¿Intercambiamos mocosas descarriadas?

Y volvieron a empezar.

Madre solo hay una

La llegada a su apartamento el domingo fue un verdadero alivio. Necesitaba procesar. Y descansar. La sobrecarga sensorial de aquellos dos días intensos la había dejado fuera de combate. Solo pensar en que debía reencontrarse con su madre la sumía en un agotamiento anticipado.

Trató de no pensar en ello en el trabajo, y se concentró en los proyectos en los que estaba más atrasada. Ni siquiera bajó a comer, se tomó un bocadillo rápido en la sala común. No se dio cuenta de que Óscar había entrado en su despacho hasta que la llamó.

—Carolina, te estoy hablando.

Su tono autoritario denotaba también fastidio. No habían hablado desde la desafortunada conversación, desde la que los dos se esforzaban por mantener una fachada profesional, no exenta de tirantez. Las continuas preguntas de Ainara no facilitaban el panorama y había comenzado a evitarla a la hora del café. Era consciente de que necesitaban normalizar la situación, pero se sentía acorralada.

—¡Carolina, joder!

Dio un salto en la silla, presa de los nervios.

—Perdona, Óscar. No me pillas en un buen momento.

Fue lo único que se le ocurrió decir. Se frotó el rostro con las manos y colocó su melena tras las orejas. Se irguió en la silla, recuperando la actitud profesional que jamás debió perder.

—Vaya. Así que eres humana —dijo Óscar, suavizando el tono—. Solo vengo a recoger ideas para la piscina cubierta del Club Rochester. ¿Tienes algo?

Rebuscó entre las decenas de bocetos que copaban su mesa de diseño y le tendió las cartulinas. Como siempre, él las revisó. Si le convencían, las metía en una carpeta junto con las otras candidatas. Si no, ni siquiera las recogía. Carolina soltó un suspiro de alivio mal disimulado al ver que todas sus imágenes eran escogidas.

—Perfecto.

—Gracias.

Volvió a los diseños que estaba trazando, pero Óscar no terminaba de irse de allí. Su presencia, no amenazadora pero siempre emanando aquella aura de autoridad severa, la ponía nerviosa. Así no podía trabajar. Además, apoyaba la cadera en la mesa alta de diseño y estaba muy cerca. Ya sabía distinguir el aroma sutil, fresco y deportivo, que siempre lo caracterizaba.

—Carolina.

Reprimió el soltarle un «¿Qué?» fastidiado y alzó las cejas en actitud expectante.

—¿Me acompañas a tomar un café después? ¿Sobre las seis?

Mierda. Una oportunidad perfecta perdida.

—No puedo.

—Tenemos que hablar. El ambiente en la oficina se está haciendo irrespirable. Y lo digo por mí. Sé que me estás evitando.

Cerró los ojos con fuerza. Odiaba tener que dar explicaciones y correr la cortina de su intimidad, pero esta vez no le quedó más remedio.

—Lo sé. Quiero decir que sé que tenemos una conversación pendiente, pero mi madre llega a Barajas a las siete y cuarto y tengo que ir a buscarla. — La mera idea la deprimía, cuando debía estar feliz por la visita. A la depresión se añadió la culpa—. Dejémoslo para otro día, ¿vale?

Los ojos azules relampaguearon, no supo si de ira o decepción.

—Vale. Pero ahora la pelota está en tu tejado.

Su madre fue de las primeras en salir. Empujaba el carrito de las maletas con la cara arrebolada por la emoción y el entusiasmo, envuelta en su mejor abrigo de piel y con taconazos. Había ido a la peluquería y sus labios exhibían un rojo intenso. Tuvo que reconocer que estaba guapísima, pese a lo rancio del atuendo.

—Mamá, te veo genial. —La abrazó con fuerza y toda la sinceridad de la que fue capaz—. Ven, déjame llevarte eso.

Su madre parloteaba sobre los detalles del viaje mientras ella se preguntaba por qué necesitaba aquella gigantesca maleta, otra más pequeña de mano y un bolso de los grandes. Casi no cabían en el maletero de su Golf.

—Pero, hija, ¿te has comprado un coche y no me has dicho nada?

Aquel reproche fue el primero de una larga lista que su madre parecía haber elaborado a conciencia. Comenzó suave, pidiéndole explicaciones por sus pocas llamadas y los mensajes sin contestar. Quince minutos de coche dieron tiempo para gritos, lágrimas, acusaciones y victimismos varios. Cuando llegaron a Las Tablas, Carolina tenía la cabeza como un bombo.

Ayudó a su madre a acomodarse en su habitación y tuvo que morderse la lengua cuando abrió de par en par las puertas de su armario, inspeccionando con detenimiento su contenido. Menos mal que había quitado de en medio la lencería y los juguetes eróticos. Lo último que necesitaba eran más reproches.

—¿Quieres echarte un rato? —ofreció en un intento de que cesase en aquel escrutinio de su pequeño apartamento—. Tenía pensado que saliésemos a cenar a un sitio aquí cerca, pero si estás muy cansada...

—¡Estoy perfectamente! ¡Vamos! —dijo, y cogió su bolso para dirigirse hacia la puerta.

Iban a ser unos días muy, muy largos.

El olor del café recién hecho la despertó por la mañana. También el de tostadas y huevos. Su padre había instaurado la costumbre de un desayuno alemán, y su madre la perpetuaba hasta el día de hoy. Hasta había zumo de naranja exprimido.

—Buenos días, hija. Siéntate.

—Gracias, mamá. ¡Qué rico! —dijo con entusiasmo. Le dio un buen mordisco a una de las tostadas y sorbió el café. Odió ser tan cínica, pero no pudo evitar preguntarse cuál sería el precio de tantas atenciones—. ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—¿Yo? —Su madre parpadeó, sorprendida, y sus labios temblaron. La voz se tornó glacial—. ¿No vas a venir conmigo? ¿Me vas a dejar sola?

Y ahí empezaba el espectáculo. Carolina tomó unos largos tragos de café antes de contestar en el tono más conciliador que pudo componer.

—Mamá, ya te expliqué que estoy a tope de trabajo. Te dije específicamente que no podría estar contigo hasta las cinco o seis de la tarde como muy temprano. —Los ojos oscuros y de largas pestañas de su madre se anegaron en lágrimas y la conocida sensación miserable se apoderó de ella—. ¡Pero he preparado un montón de planes para que hagas, mira!

Se levantó hacia el salón, dando gracias al universo por ser previsor y haber reunido aquellas actividades. En cierto modo, sabía que esto iba a ocurrir.

Su madre pareció aplacarse un poco cuando le mostró el itinerario por el Madrid de los Austria, las entradas para ir a ver *Los Miserables* y el programa de ópera para que ella escogiese la que más le gustara.

—Voy a la ducha, mamá. Tú tómatelo con calma. Cuando estés lista, me avisas y te mando un Uber.

—¿Un qué? ¡Hija, no me asustes!

—Un taxi, mamá. Tú no te preocupes de nada. —La tensión que comenzó a acumularse en cuanto la vio en el aeropuerto comenzaba a desbordarse. Tenía que perderla de vista unas horas con urgencia.

Ya en el coche, se sumergió en el atasco de La Castellana con verdadero alivio. Conectó el manos libres, pero en vez de poner música, pulsó el número de Martín.

—Hola, Carolina. ¿Va todo bien?

—Hola. Va todo bien. —Decidió ser sincera, aunque sentía que él no lo merecía—. Necesitaba escuchar tu voz.

—Estoy en el atasco camino de Torrejón, ¿y tú?

—También, pero en la Castellana. Oye, ¿podemos quedar alguna tarde esta semana? Tengo a mi madre en casa hasta el domingo y voy a necesitar un respiro —dijo ella, riendo. Esperaba que no se notara su desesperación—. Aunque sea a una cita vainilla. Un cine, o tomar algo.

—Me voy de viaje el miércoles, pero vuelvo el viernes —dijo Martín. Parecía triste por no poder encajarla en sus planes—. ¿Puedes mañana?

—Mañana voy a la ópera con mi madre. Vaya mierda, me apetece verte.

—Y a mí. ¿El fin de semana no puedes?

—¿No tienes a Sara?

—He intercambiado este por el siguiente debido al viaje. Tengo todo el tiempo del mundo.

—Y yo con mi madre en casa —se lamentó Carolina. Siempre tenían que hacer encaje de bolillos para verse.

—Prometo compensarte cuando nos veamos.

—Más te vale —gruñó ella, haciéndolo reír.

—¿Qué tal tienes el culo? Se me olvidó llamar para preguntarte.

—Mi culo, bien. Gracias. Aunque reconozco que he echado de menos a Silvia.

—¡Ah! ¡Vaya puñalada que me acabas de tirar! —bromeó Martín. Casi

pudo verlo llevándose la mano al pecho—. Pensé que me echarías de menos a mí.

—Sabes que sí. Intentemos vernos el domingo, aunque sea una hora —aventuró Carolina, sin la idea de presionarlo. Solo quería verlo y evadirse de la manera que solo él sabía hacerlo—. Yo habré dejado a mi madre en el aeropuerto sobre las ocho.

—De acuerdo. Nos vemos el domingo. Tendré preparado algo especial.

La perspectiva la hizo llegar a trabajar algo más animada. Se enfrascó en el diseño de un rincón de juego con telas y cintas, materiales naturales, puzzles, acuarelas y cera de modelar. A ella le hubiera gustado estudiar en un entorno así.

Ainara entró como una exhalación en su despacho, con su energía habitual. Lo bueno era que siempre traía algo y Carolina sonrió al ver la tableta roja de chocolate entre sus manos.

—Venga, peca conmigo. Así no me siento tan culpable —dijo mientras arrastraba la silla para las visitas junto a ella—. ¡Oh! ¿Es para lo de *D&E*? ¡Están geniales! Óscar va a fibrilar.

—No lo he visto esta mañana, ¿dónde anda?

Pese a su tono indiferente, a Ainara no podía engañarla y rehuyó su mirada, divertida.

—Está en su oficina, encerrado con los proyectos que estamos considerando en el extranjero —dijo sin esconder el orgullo—. Carolina, el hotel Boutique del Prado le ha dado una dimensión distinta a esta empresa y todos sabemos que tus diseños marcaron la diferencia —añadió, esta vez con semblante serio—. Ya no dudas de lo que Óscar opina de tu labor aquí, ¿verdad?

—No, Ainara. Sé que aprecia lo que hago. De lo que no estoy muy segura es de la otra parte de todo este asunto —confesó, sin decidirse a

sincerarse con ella—. Necesitamos hablar, pero me da pánico que lo personal interfiera en mi trabajo. Esto es muy importante para mí.

«Lo más importante de mi vida, más bien», pensó. Aunque no lo dijo en voz alta. La presencia de su madre en su casa lo reafirmaba todavía más. No podía volver a Oviedo en paro y con el rabo entre las piernas. CreaTech era su tabla de salvación y no quería jugársela por nada. Ni siquiera por una hipotética relación con Óscar.

—Mira, Óscar es un tío inteligente. Y sabe separar las cosas, aunque no lo parezca. La verdad es que fue un poco gilipollas diciéndotelo como te lo dijo —comentó Ainara, como de pasada. Carolina dejó caer la mandíbula.

—¿Te lo ha contado?

—Nena, Óscar y yo somos como hermanos. Estudiamos juntos la carrera y levantamos esta empresa de la nada —dijo riendo. Le quitó importancia con un gesto de la mano—. No se lo tengas en cuenta, yo también descargo en él mis problemas, como que desde que soy madre follo menos de lo que me gustaría o que hace años que no me pillo un buen pedo.

Las dos se echaron a reír con ganas. Carolina no era ajena a los anhelos de Ainara por su antigua vida, aunque las charlas sobre bebés, maternidad y logros de sus retoños las coparan en un mayor porcentaje. Se le caía la baba con sus hijos.

—¿Habéis sido pareja? ¿Qué tal es? —soltó a bocajarro, aprovechando el minuto de confianza.

—¡Puaj, no! —dijo ella, llevándose los dedos a la boca para fingir una arcada—. Sería como liarme con un primo. Sí que salí un tiempo con su hermano pequeño, con Gorka, pero no duró mucho.

—¿Óscar tiene hermanos? —Dejó lo que estaba haciendo, se cruzó de brazos y la miró con atención. Ainara se acercó a ella.

—Son tres hermanos. Óscar es el mediano —dijo en un tono conspirador—. En esa casa se respira pura testosterona, su pobre madre no sé cómo sobrevive a tanto hombretón. Yo soy la hija que nunca tuvieron.

Carolina se echó a reír. Si todos eran como él, se lo podía imaginar.

—Será que ser el del medio lo obligó a pelear por su sitio y por eso es tan cabrón.

—Es cierto que como jefe es un poco cabrón, no lo voy a negar — concedió Ainara—. Pero te diré una cosa. Es un buen tío, Carolina. Deberías hablar con él.

Por un lado, Ainara tenía razón. Por otro lado, no tenía demasiadas ganas de matar el tiempo con su madre. La ópera comenzaba a las nueve y no eran más que las cinco. Golpeó el rotulador que tenía en la mano una y otra vez. Chasqueó la lengua, lanzó el rotulador sobre la mesa y se dirigió al despacho de Óscar.

—No pensé que vendrías. Quiero decir... —Parecía desconcertado y a la vez contento de verla allí. Carolina no quería darle demasiadas alas, pero no pudo evitar corresponder a su sonrisa—. ¿Y tu madre?

—Está en casa, no tengo prisa por llegar. ¿Quieres tomar ese café ahora?

Bajaron juntos hasta el Waycup de Juan Bravo. A aquella hora no estaba muy concurrido, pero Carolina prefirió la barra, más cerca de la puerta, que las coquetas mesas en el fondo. Óscar pidió un expreso; ella un café con leche, solo para ver al camarero dibujar con pericia una ramita con hojas sobre la espuma.

—Llevas haciéndome la ley del hielo desde el viernes —intentó Óscar con tono conciliador después de unos minutos de silencio incómodo—. ¿Todavía no me has perdonado?

—Todavía no he escuchado ninguna disculpa.

Clavó sus ojos verdes en él, seria. No quería equívocos, ni darle la sensación de que estaba coqueteando. Un gesto de sorpresa atravesó su rostro por una décima de segundo y frunció la boca, pensativo. Carolina intentó apurar el café, pero estaba demasiado caliente y se decantó por revolverlo con

la rama de canela que lo acompañaba.

—Tienes razón. Te debo una disculpa —comenzó Óscar, como tanteando el terreno—. No suelo tener estos errores de cálculo, no supe ponerme en tu lugar. Esperaba que te sintieras halagada y lo que hice fue ofenderte.

—Y dejarme en ridículo frente a toda la plana mayor de la empresa —añadió ella sin piedad.

—Eso no es cierto.

—No me apoyaste, y eso me dejó en una posición de desventaja.

Óscar se volvió hacia ella y la aferró de los hombros, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No. No es así. CreaTech ha ganado mucho con tus aportes y jamás habrías entrado a esa reunión si no fuera así —dijo, categórico. Carolina se preguntó si no estaría rebasando algún límite al desafiarlo y permaneció callada—. Ni entrarías con total libertad en el edificio, en las oficinas y, desde luego, no en mi despacho.

Tragó saliva. Tenía razón. Ella llegaba y entraba, a veces ni siquiera se detenía a llamar.

—Vale.

—Me interesas. No. Me gustas. Mucho. —Óscar le hablaba en estacato y no sabía si era porque estaba nervioso o furioso—. ¿Me equivoqué al plantearlo? Sí. ¿Metí la pata al dar por sentado que te sentirías halagada? Sí. Ahora me doy cuenta. Pero que nada de ello te haga creer que no eres válida en tu trabajo. Te aseguro que, si así fuera, yo no estaría aquí pidiéndote perdón y dándote explicaciones.

—Disculpas aceptadas.

Óscar apoyó los codos en la barra con irritación. Carolina aflojó los músculos mientras él desgranaba sus logros profesionales en la empresa en un intento claro de reafirmar sus palabras. Ahora era su turno de acercar posiciones, tenía que corresponder a su sinceridad. Lo miró, objetiva. Era inteligente, tenía sentido del humor, una sonrisa preciosa, un cuerpo de

escándalo y sería bastante útil no tener que gastar energía en pelear contra la atracción.

—Sí me halaga —dijo en un susurro, interrumpiendo su monólogo.

—¿Cómo?

—No la manera en que lo hiciste, pero sí me halaga. La idea que estés interesado en mí. —Él no dijo nada, y se vio impelida a añadir algo más—. Me da un poco de respeto faltar a esa regla no escrita de la que me hablabas: «No líos en la oficina». No quiero sentar un precedente.

Con cada palabra, el enfado de Óscar parecía diluirse y el tono de su mirada cambió.

—Bueno, de algo tiene que servir ser el jefe —dijo con aquella sonrisa seductora y los ojos azules destilando arrogancia. Se acercó un poco y todas las alarmas de Carolina se pusieron en alerta—. Alguna ventaja tiene que haber.

Estaba muy cerca. Tan cerca que sus hombros se tocaban y percibía el calor de su piel a través de la ropa. Su aliento exhalaba un aroma intenso a café. Carolina identificó en su cuerpo los destellos de deseo y los labios le cosquillearon con las ganas de comerle la boca. Él se inclinó para besarla.

Por un segundo, el tiempo se detuvo.

Carolina se acobardó. Cuadró los hombros y se echó hacia atrás en un gesto brusco.

—¿Me acabas de hacer la cobra? —Al menos se lo tomaba con humor. Carolina sonrió. Una pequeña venganza para enterrar el hacha de guerra de manera definitiva—. No me lo puedo creer.

Los dos se echaron a reír y ella dio por acabada la improvisada cita.

—Siento dejarte así, pero tengo que irme.

—Tu madre.

—Mi madre.

—Pero ¿me perdonas? —La detuvo del brazo cuando ya habían salido a la calle. Carolina leyó el deseo y también cierta aprensión en su tono de

VOZ.

—Ya veremos.

Las mariposas en el estómago y una tensión persistente entre las piernas la acompañaron durante el trayecto a casa, pero aquella ansiedad adolescente que hacía años que no sentía se evaporó nada más entrar. Su madre no había salido de allí en todo el día. Solo para hacer la compra y tomarse algo en una cafetería cercana.

—Mamá, ¿por qué no me avisaste? ¡Te pagaba el taxi! —dijo Carolina, reconociendo el resquemor que le decía que era su culpa, por no atenderla. Su madre no dijo absolutamente nada, adoptaba una postura sumisa y complaciente, pero leía en sus ojos la acusación velada—. O podías haber cogido el cercanías, no es tan difícil.

—No, hija. Me duelen mucho las piernas. Ya sabes, la fibromialgia me amarga la vida. —Como siempre, se preguntó cuánto de sus dolencias era real y cuánto imaginario—. No te preocupes. He traído de todo. Como no podía llevar tanto peso, te he comprado un carrito. —Le mostró aquel artículo que siempre le pareció una aberración, y que además ocupaba la mitad del espacio de su minúsculo *office*—. He cocinado unas lentejas y te las he metido en unos *tupper* en el congelador. ¿Te parece bien?

—Mamá, gracias, pero hago la compra por internet. No era necesario.

—¡No seas desagradecida, hija! —estalló su madre, destilando hiel.

Aquellos cambios la desconcertaban, le hacían daño. Y ahí estaban las lágrimas y el drama. Carolina sintió las conocidas ganas de salir corriendo, e intentó contenerla sin pelear. Era absurdo decirle que acababa de darle las gracias. Como a los niños pequeños, había que distraerla. La abrazó por los hombros y la meció con dulzura.

—Venga, mamá. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde a la ópera.

Consiguió desviar su atención. Los ojos volvieron a brillar y se

secaron. Los labios exhibieron una sonrisa, y, abrigo de piel en mano, siguió a Carolina de vuelta al coche.

Las entradas le habían costado un ojo de la cara y apreció que su madre aplaudiera entusiasmada al sentarse en el palco.

—Cómo me acuerdo de tu padre ahora mismo, hija —dijo con ojos brillantes.

Esta vez, Carolina también sintió el nudo en su garganta. Su padre habría apreciado aquella interpretación de la obra de Lizet: una España de los setenta, fronteriza y marginal, con la sensualidad a flor de piel, pero que también rezumaba violencia. Prescindía de los clichés andaluces y flamencos, y se centraba en el tema que importaba: la violencia de género.

En el descanso, acompañó a su madre al baño y eso les llevó los veinticinco minutos. Al acabar el segundo acto, Carolina guio a su madre del brazo, sobrecogida por la potencia de la representación, y deseando comentarla con ella.

—Pues a mí me ha parecido un horror —dijo con una mueca despectiva—. ¿Dónde está la belleza de los trajes y del decorado? ¿Y la pasión y el amor?

—Mamá, es una interpretación distinta, más actual. A papá le hubiera encantado.

Carolina apretó los labios con fuerza, sabiendo que se había equivocado. La boca de su madre tembló. Sus ojos, por infinita vez en aquellos días, volvieron a anegarse en lágrimas.

—Ya sé que para ti soy una pobre inculca de pueblo. Que no tengo ni idea de nada. Pero yo te di la educación que tienes, no lo olvides —dijo con voz afilada, venenosa—. Si fuera por tu padre, andarías arrastrada por una cuneta pidiendo dinero con una guitarra. Solo me castigo cada día porque en vez de arquitectura, estudiases diseño.

Si no fuera por el cansancio tremendo que aquel tipo de conversaciones con su madre le generaban, habría soltado una carcajada. Siempre fue así: abogada, médico, arquitecto. Incluso profesora. Nada relacionado con el arte, ni siquiera cuando comenzó a despuntar en el piano y en la flauta travesera su

madre la apoyó. La nostalgia por haber perdido demasiado pronto al compañero que de verdad la había ayudado a ser feliz y escoger un camino que la llenara la golpeó. No contestó a su madre. En cuanto llegaron a casa esgrimió la excusa, real por lo demás, de estar agotada, y se metió en la cama.

El miércoles se marchó más temprano de lo habitual al trabajo. Hizo tiempo por la tarde sabiendo que su madre la esperaba para ir a ver *Los miserables* y que debía haberse ido hacía rato.

—¿Te estás escondiendo de tu madre? —dijo Ainara, asomándose con el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro.

Carolina gruñó y se puso en marcha.

Llegó a casa y lanzó los tacones contra el sofá en venganza por no poder sentarse en él. Al menos, se pondría unos zapatos más cómodos.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —dijo, extrañada de no verla lista en el salón.

—No vamos a ninguna parte. Ven aquí, Carolina Bauer. Tienes que darme unas cuantas explicaciones.

Intrigada, empujó la puerta entornada de su habitación. Tragó saliva. Su madre estaba de pie, de brazos cruzados, junto a su cama. Cama sobre la que se exhibía un tumulto que mezclaba lencería, cuerdas, esposas, cinchas de cuero y otros artículos de *bondage*. Sus vibradores favoritos. Sus libros de literatura erótica. Todo lo que había guardado en una maleta, dentro del canapé de su cama, con la idea estúpida de mantenerlo a salvo de su madre.

—No puedo creer que mi hija sea una perversa. ¿Es eso lo que has venido a hacer a Madrid? ¿Eres una prostituta?

Carolina soltó una carcajada para escupir su incredulidad. Era una situación totalmente surrealista. Cerró los ojos un segundo, abrió la maleta en el suelo, y comenzó a guardar las cosas de nuevo.

—Hija, ¡te estoy hablando! ¿Qué significan todas estas porquerías?

—No es asunto tuyo, mamá.

—¿Por qué necesitas todo esto? —insistió su madre, acusadora. Con un bolígrafo que tenía en la mano y, con cara de asco, levantó las esposas, que cayeron de nuevo sobre la cama con un sonido metálico—. Es asqueroso.

Carolina respiró hondo. Con una punzada de nostalgia, pensó en Lali, la madre de Martín, y lo abierta y tolerante que se mostraba ante las «extravagancias» de su hijo. Ella siempre supo que su madre no sería así. Lo que no supo fue que tendría que enfrentarse a una situación tan patética: tener que explicar a su madre sus gustos sexuales.

—Necesito todo esto porque a mí no me vale con follar. No me vale con que un hombre me la meta, mamá —dijo con cierta amargura en la voz—. Necesito que me lo adornen y que, además, lo hagan bien. No me vale cualquiera.

—Pero César...

—César es un buen chico que hará muy feliz a alguna mujer que no soy yo —dijo, recalcando con fuerza la negativa—, y se aburrirán como ostras en la cama.

—Pero todas estas cosas. —Su madre la miró, escandalizada, pero Carolina intuyó un intento de tratar de entender—. Son aberraciones, son ¡pecado!

Ahí sí que Carolina no pudo aguantar y soltó las carcajadas nerviosas que llevaba conteniendo desde que había abierto la puerta.

—Si es pecado disfrutar y tener orgasmos a punta pala, entonces voy a irme al infierno muy contenta, mamá. Buenas noches. Puedes dormir en el sofá —dijo, y la empujó, con suavidad pero con firmeza, fuera de su habitación—. Es cómodo y amplio, y la cama está hecha. Mañana te buscaré un hotel, o te adelantaré el billete de avión. Y no te atrevas nunca jamás a tocar mis cosas.

Cerró de un portazo y se lanzó sobre la cama, entre todos los objetos de lujuria, a llorar.

Pero no de tristeza ni de vergüenza.

Lloró porque, después de veinte años tragando, por fin le había plantado cara.

Copa de balonmano

Carolina salió de su casa sin hacer ruido. Su madre dormía a pierna suelta, probablemente bajo el efecto de algún tipo de tranquilizante. Hasta que estuvo sentada en la mesa de su despacho, no respiró tranquila. Lo primero que hizo fue reservar un billete para su madre. Para aquel día no había nada, tendría que ser para el viernes.

Sin darse cuenta, le dieron las cinco de la tarde y tenía que dar por concluida su jornada, pero, de nuevo, se quedó procrastinando recostada sobre la mesa. Óscar estaba en la oficina, habían intercambiado un saludo fugaz por la mañana. Se levantó y caminó con decisión hasta su despacho. Todo, menos volver a casa junto a su madre. Golpeó y entró sin esperar.

—¡Lo siento! —dijo, mortificada, ante un Óscar vestido únicamente con unos calcetines deportivos hasta la rodilla y un pantalón suelto de deporte. Sorprendido, apretó entre sus manos una camiseta. Carolina le dio un buen repaso con la mirada. Tenía el torso depilado, unos pectorales perfectos para reposar en ellos y un abdomen cincelado en mármol—. Lo siento —repitió, tras aclararse la voz.

Se puso la camiseta, azorado, y señaló una silla.

—Si llegas a entrar cinco minutos antes, me pillas en pelotas —dijo en un intento de disipar la tensión. Pero Carolina no estaba por la labor de ponérselo fácil.

—Estoy segura de que sería un espectáculo digno de ver.

La tensión se acrecentó. No escondió el deseo en su mirada felina y sonrió, perversa, al ver que Óscar bajaba los ojos azules, algo cortado.

—Dime, Carolina.

—No es nada. Tengo la tarde libre, y venía por si te apetecía tomar un

café. O una caña. —Menudas piernas se gastaba el arquitecto. Parecían las de una escultura griega—. Lo que tú quieras.

Óscar miró el reloj deportivo que llevaba en la muñeca, y después echó un vistazo al móvil, indeciso. No se lo reprochó. La cobra aún debía escocerle.

—Escucha, ahora tengo entrenamiento de balonmano. ¿Por qué no me acompañas y después vamos a tomar algo?

Todo menos volver a su casa.

—Me parece un planazo.

Pese a que los cuerpos masculinos en movimiento la entretuvieron durante una magnífica media hora de ejercicios de calentamiento, en cuanto comenzó el partido, se desconectó, presa del aburrimiento. Robó un Aquarius de la bolsa de Óscar que había quedado bajo su custodia y se dedicó a poner al día sus redes sociales.

—Todavía estás aquí —dijo Óscar, aún resoplando por el esfuerzo—. Pensé que te irías en cualquier momento. Te he visto bostezar varias veces.

Carolina inhaló con disimulo, distinguiendo aún la traza de su perfume bajo el aroma intenso del sudor de un cuerpo limpio y en forma. Aquella tarde se tornaba cada vez más interesante.

—No. No te dejaría plantado —dijo, riendo—. Pero me he bebido tu Aquarius —confesó, y se encogió de hombros con expresión traviesa.

—Te perdono. Me doy una ducha y nos vamos. Hay un sitio tranquilo aquí cerca donde podemos comer algo.

Salieron del polideportivo y caminaron por la acera muy juntos. Sus dedos se rozaban y Óscar resistió el impulso de cogerla de la mano. No quería tentar más a su suerte. Carolina lo había perdonado y parecía abrir la puerta a la opción de salir con él.

Cenaron con tranquilidad, sumidos en una conversación serena. Carolina estaba relajada y sonreía continuamente. Se consideraba un hombre observador, pero ella le parecía un enigma. Reservada y poco amiga de las confidencias y de ir relatando intimidades. Pero ahora ya sabía que su padre era alemán y de ahí su apellido, Bauer, y su amor por el arte.

—Yo lo único que toco es la pelota de balonmano —repuso él riendo, cuando ella le preguntó si tocaba algún instrumento—. Y si me apuras, la de fútbol.

—Bueno, algo más tocarás.

Y ahí estaba. La mirada verde y chispeante. La sonrisa reprimida a duras penas entre los dientes, señal inequívoca de que le estaba tomando el pelo. Joder. Tenía treinta y ocho años y se sonrojó como un maldito adolescente.

—Algo. Si me dejan —dijo tras unos segundos.

Aquel coqueteo inocente se le antojó delicioso. Sospechaba que Carolina tenía tablas de sobra para manejar aquello, pero quería sorprenderla. Y tenía que ser pronto. Y cuando no lo esperase. Estudió la línea de sus clavículas por encima del escote amplio de su jersey negro. Llevaba unos pantalones de cuero ajustado y elegante, y unos zapatos de tacón. Se moría por estrechar su cuerpo contra el de él. Por el momento, se conformaba con eso.

Cuando Carolina se levantó, después de pagar a medias la cuenta, no dejó que se pusiera la chaqueta. Se acercó a ella, y rodeó su cintura con las manos.

—Me muero por darte un beso —barbotó. Se acercó hasta detenerse tan solo a unos milímetros de su rostro y posó sus labios sobre los de ella.

Se besaron. De pie, junto a la mesa con los platos aún sin recoger, ajenos a que todo el restaurante los miraba. Carolina apoyó las manos en sus hombros y él la estrechó contra su cuerpo, envolviéndola entre sus brazos. Tan solo fueron unos pocos segundos, pero bastó para que todo su cuerpo se encendiera en una deflagración súbita. Su erección se alzó entre ellos, al mismo tiempo que los pechos de Carolina se aplastaban contra su torso. No supo cómo, pero logró apartarse de ella unos segundos antes de tirarla sobre

la mesa. O, ya puestos, contra el suelo para follársela. Todo su cuerpo reverberaba en tensión. Y cuando abandonó su boca y ella lo retuvo mordiéndole con fuerza el labio inferior, se le escapó un gemido cargado de lascivia.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, con rostro angelical.

Salieron del restaurante de la mano. Óscar sentía su corazón latir en la garganta y en lo que el pantalón confinaba a duras penas. La condujo hasta su coche con la idea de abrirle la puerta, pero Carolina lo atrajo hacia sí, aferrándolo de las solapas de la cazadora.

Aquello casi lo hizo perder la cabeza. La placó contra el coche, considerando seriamente meter la mano por dentro de la ropa y acariciar lo que tuviera que ofrecerle. Sobre todo, porque ella no había dudado en deslizarlas bajo la tela de la camisa y hundir los dedos en su espalda. Su seguridad al tocarlo lo puso a mil. Sus pequeñas manos eran firmes, exigentes. Y su boca lo era más aún.

Un transeúnte burlón emitió un molesto silbido al pasar por su lado, y Óscar se retiró de sus labios. Esta vez estaba preparado, y cuando Carolina lo mordió, él replicó sosteniéndola con fuerza del cuello. Y quien emitió un gemido obsceno fue ella. El sonido sollozante de su garganta volvió a ponerlo a mil. Se besaron de nuevo, y se atrevió a abarcar un pecho con la mano que tenía libre. Notar que Carolina se arqueaba bajo su contacto lo hizo considerar miles de locuras. Nunca había follado al aire libre. Quizá era un buen momento para probar.

—Llévame a casa —murmuró ella.

Se abrazaron en un intento de disipar la tensión. Pero Óscar notaba arder su espalda. No podía creerlo. El recuerdo de sus uñas lo acompañaría toda la semana.

El viaje hasta Las Tablas, con la música de Joaquín Sabina a bajo volumen, disolvió poco a poco la excitación hasta transformarla en un recuerdo

persistente pero lejano. Carolina señaló el portal y Óscar aparcó en la acera de enfrente.

—Es aquí —dijo Carolina. Era una perogrullada, ya lo sabía, pero él parecía reacio a marcharse y ella acabó por facilitarle las cosas—. Óscar, me encantaría invitarte a una copa.

—¿Pero?

—Pero —dijo con cautela y esbozando una sonrisa triste—, mi madre está en mi piso. Si es que no está mirando por la ventana al sentir el ruido del coche.

—Los coches eléctricos no hacen ruido.

Carolina se echó a reír y bajó la cara hasta su regazo. Cuando se incorporó, lo miró con ese gesto de ella que lo volvía loco: taparse la boca con las manos cubiertas por las mangas, dejando ver tan solo los dedos. Sus uñas estaban pintadas de negro, pero en ella no se veía siniestro. Se veía elegante. Su polla pulsó de nuevo al recordar esas mismas uñas clavándose en su espalda pocos minutos atrás.

—No te quejes, esta vez no te he hecho la cobra —dijo, apartándose el pelo de la cara—. Tengo que irme.

—¿Quedamos este fin de semana?

La odió y la amó con todas sus fuerzas cuando ella no respondió. Se limitó a ofrecerle aquella sonrisa de Gioconda que terminaría por volverlo loco.

Malabarista

Su madre la esperaba sentada en el salón, con el abrigo sobre las piernas, un Kleenex entre las manos y sus maletas esperando junto al sofá.

—Mamá, esta noche duermes aquí —dijo con un suspiro significativo—, mañana por la tarde te llevo al aeropuerto.

—¿Puedo quedarme esta noche? ¿Seguro?

—Sí, pero solo esta noche. —No atenuó la crudeza de sus palabras. Seguía furiosa con ella. No ya por la actitud invasiva y fisgona, sino porque la hacía sentir sucia, como si estuviera haciendo algo malo—. Eso sí, duermes en el sofá.

—Es muy cómodo, hija. ¿Quieres cenar algo? Es muy tarde.

—No, mamá.

—Pero ¿no has cenado?

—Buenas noches, mamá.

Cerró la puerta de la habitación. La libido acumulada durante su cita con Óscar seguía muy presente, pero la presencia de su madre haciendo ruido en el salón la distrajo demasiado como para masturbarse. Si había próxima vez, acotaría la visita como mucho a un fin de semana.

Por la mañana apiló el civismo suficiente como para compartir con ella un café. Era viernes. Una pequeña preocupación revoloteaba en su abdomen al pensar en encontrarse con Óscar en la oficina.

Cuando llegó, él no estaba y encajó junto a los nervios la decepción. Más le valía ponerse a trabajar. A media mañana, Ainara abrió la puerta con brusquedad y le lanzó un bombón desde el quicio junto a una frase que la hizo sonreír todo el día.

—Tienes a Óscar como loco, pero ¿qué le has dado?

No se quedó a la copa de después. Prefería no lidiar con Óscar y debía llevar a su madre al aeropuerto. En el coche, cogió con ansias la llamada de Martín.

—¡Qué sorpresa! Nunca me llamas cuando estás con Sara. —No lo decía como reproche, era lo cierto—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, todo va saliendo bien. Sara está pegada jugando a la Play mientras espera que llegue su madre y yo estoy terminando algunas cosas en el portátil —informó con fastidio. Ella se echó a reír—. ¿Qué tal con tu madre?

Tardó unos segundos en responder.

—Lo voy llevando. Ayer me montó una escenita porque descubrió mis vibradores y mis cosas de *bondage*. —Al decirlo en alto le dio un ataque de risa—. Me llamó poco menos que pervertida y pecadora. No pensé que te acordarías, la verdad.

—Carolina, que no nos veamos todos los días no quiere decir que no me preocupe por ti —dijo, algo escamado por su tono de sorpresa—. ¿Sigue en pie lo del domingo?

Ella dudó unos segundos. Sin saber por qué, no dijo nada de Óscar. Por otro lado, tampoco había quedado en nada concreto con él.

—Sí, pero mejor veámonos ahora. Llevo a mi madre al aeropuerto a las ocho y me paso por tu piso —dijo Carolina, atropellando las palabras—. ¿A qué hora se va Sara con su madre?

—Debe estar al llegar. Ven, yo también tengo ganas de verte.

Una abrumadora sensación de alivio la invadió mientras conducía por la Castellana.

—Genial, nos vemos allí.

—Eh, Carolina —dijo Martín, cuando ya iba a colgar—. Hay una cosa que se llama candados. Yo los uso mucho.

Ella solo dejó escapar un gruñido.

Adelantar el vuelo de su madre al viernes había sido un acierto.

—Al final he aprovechado bien la visita —dijo con alivio cuando llegaron al aeropuerto. Se notaba a la legua que tenía ganas de volver a Asturias—. Lástima de *Los Miserables*, me hubiera gustado volver a verla otra vez.

Carolina se mordió la lengua. Pese a todo, abrazó con fuerza a su madre. No se verían hasta Navidad. En cuanto la perdió de vista en el control de maletas, se apresuró a volver al aparcamiento.

Martín. Martín. Martín.

Su cuerpo lo llamaba con todos los síntomas de la abstinencia. Mientras subía en el ascensor, repasó mentalmente su atuendo: el tanga de tul y terciopelo granate, el corpiño a juego, el liguero *vintage* y las medias de blonda. Uno de sus favoritos. Esperaba que lo fuera también de Martín.

Abrió la puerta y se lanzó a sus brazos. Se besaron con ganas y no pudo evitar la comparación. El roce de la barba, los labios gruesos y el tacto contenido, tan diferente del salvaje y errático de Óscar.

—Estoy molida. Física y psicológicamente —se quejó Carolina.

—Ven. Tengo listos los *gintonic*.

Se desplomó en el sofá y recibió la copa de la mano de Martín. Bebió un largo trago del líquido amargo y fresco con deleite y cerró los ojos cuando él, sentado a sus pies, la descalzó. Comenzó a masajear las plantas con firmeza y ella se recostó, ronroneando como un gatito mimoso.

—¿Has quedado en buenos términos con tu madre?

—No todas las madres son como la tuya. La verdad es que desde la bronca que tuvimos, contaba las horas para que se marchara.

—¿Por qué os lleváis tan mal?

—Somos muy diferentes. Mi madre es muy tradicional y, con los años,

se ha vuelto amargada y dependiente —dijo, sorprendida por la tristeza que teñía su tono de voz—. Cuando vivía con ella me asfixiaba, me controlaba a todas horas. Yo necesito mi libertad como respirar. Supongo que he salido a mi padre.

—A mí me pasa al revés. Soy más como mi madre. El convencional y aburrido es mi padre.

—Lali es un torbellino, es una maravilla de mujer.

—Lo es.

Carolina se desconectó de la conversación. Martín seguía masajeando sus pies y las manos ascendieron por las pantorrillas en una caricia firme hasta llegar al inicio de los muslos. Descubrió el ligero y sus dedos incursionaron bajo las tiras elásticas.

—Quítate el vestido, déjame verte —pidió él.

Se levantó del sofá mientras él permanecía arrodillado en el suelo. Se sacó el vestido y desveló la sorpresa. Martín deslizó las palmas de las manos por sus caderas y trazó con el índice el recorrido geométrico de las tiras. Después, hundió su rostro en el abdomen cubierto por el tul y el terciopelo. Carolina seguía equilibrándose con la pierna sobre su hombro mientras con una mano revolvía su pelo y con la otra llevaba la copa a sus labios.

—Desnúdate para mí.

Carolina sonrió con languidez. Desabrochó el primer corchete de su escote y comenzó a abrir el corsé. Se demoró en cada uno de ellos con toda la intención de hacer sufrir a Martín. La rigidez de la prenda mantenía sus pechos confinados, dejándolos muy poco a poco a la vista. Cuando por fin se desprendió de ella, Martín se inclinó para tocarla, pero ella apoyó un pie sobre su hombro.

—Nada de tocar. No todavía.

Martín esbozó una media sonrisa y la agarró del tobillo. A Carolina no le quedó más remedio que sujetarse en él para no perder el equilibrio cuando tiró de su pierna hasta dejar la rodilla rodeándole el cuello.

—Una vista interesante —dijo al ver la entrepierna de su tanga justo

frente a su rostro—. Déjame ayudarte.

Con pericia, desabrochó uno a uno los enganches de su ligero y lo retiró con ceremonia. Las medias resbalaron por sus muslos en una caricia sutil. No la tocó, pero comenzó a soplar sobre su sexo, enfriando la humedad que cubría la delgada tela de tul.

—Quiero esa boca en mi coño —exigió Carolina. Aferró su nuca y hundió la nariz de él entre sus piernas. Se estremeció con el retumbar de la risa de Martín en su interior. Exigente, lo empujó más aún—. Vamos, Martín. He tenido una semana de mierda, esmérate.

Él no contestó. No hacía falta. Carolina percibió la tibieza firme de su lengua trabajándola. La boca abierta, abarcando su sexo. Apoyaba sus dientes, generando un punto de temor que incrementaba el placer de sus caricias y besaba con generosidad, sin dejar nada fuera de la circunferencia. En un momento apartó el tanga a un lado y casi la hizo perder el equilibrio al atacar su clítoris de manera frontal. Un latigazo de placer ascendió por el centro de su cuerpo hasta ahogarla.

—Déjame poner la copa en la mesa —rogó en un hilo de voz. La respiración, agitada. El corazón, desbocado. El cuerpo, listo para dejarse ir.

Martín se apartó, relamiéndose. Aquella mirada oscura, cargada de deseo, era hipnotizante. Cogió la copa de su mano y la posó en el suelo. Aprovechó para quitarle la minúscula prenda.

—Está empapada —murmuró Martín, hablando por fin.

Inspiró el aroma y lamió con deleite el tanga. Carolina soltó un gemido. No se acostumbraba a sus extravagancias, aquel gesto llevaba su excitación al límite e hizo el amago de llevar una mano entre sus muslos. Lo empujó con el pie hasta tenderlo en el suelo y recuperó su atención. En un arrebato, se puso de pie sobre él. Un punto de apoyo entre los pectorales. El otro, sobre su abdomen. Bajó la vista y sonrió, poderosa. Cualquier malestar desapareció al ver la adoración en los ojos de Martín. Las manos masculinas ascendieron por sus piernas y un cosquilleo delicioso se apoderó de ella cuando pasó del *nylon* de las medias a la piel desnuda de los muslos. Comenzó a acariciar su torso con la planta del pie. Tenía miedo de hacerle daño o de perder el equilibrio, pero Martín tendió una mano y se sujetó a ella.

Así era más fácil. Con un punto de apoyo, se volvió más atrevida. Deslizó con la punta del pie sus clavículas y después su rostro, hasta que se vio atrapada en la boca de Martín.

Chupó sus dedos con deleite. Con la mano libre, tiró poco a poco de la media de blonda. La caricia de la tela fina dejó una estela de fuego, que se enfriaba al contacto con el aire fresco de la habitación. Sus miradas seguían engarzadas, su pie le follaba la boca con firmeza; cuando recogió la media hasta la mitad del empeine, mordió la puntera y tiró. Carolina negó con la cabeza, fascinada.

—Estás muy excitado —dijo, algo extrañada, al apoyar el pie sobre su erección.

—Tus pies son una delicia —murmuró Martín, volviendo de un éxtasis desconocido. Se sentó con dificultad y tiró de ella para que lo acompañara en el suelo—. Pero tu coño... tu coño es el Juicio Final.

Enterró el rostro entre sus muslos y la besó con aquella boca abierta, ávida y acaparadora.

—Quiero que me folles —susurró, ansiosa por sentirse penetrada.

—Eres una caprichosa —dijo Martín.

—Desnúdate, quiero sentir tu piel —exigió al ver que él estaba completamente vestido. Tragó saliva y llevó los dedos al primer botón de su camisa.

—No. Quiero terminar lo que he empezado.

La besó en la boca y Carolina percibió el sabor de su sexo en él. Trató de retenerlo con los dientes, pero él escapó hacia su cuello, entre sus pechos, sobre su ombligo y su monte de Venus. Se arqueó, gritando su nombre, cuando llegó a su clítoris, hinchado y sensible. La dejó al borde de la liberación y soltó un grito, frustrado.

—¡Martín!

Rodeó sus nalgas con las palmas de las manos y llevó ambos pulgares hasta su entrada. Carolina jadeó al notar que la abría e introducía su lengua. No dejaba ningún resquicio sin adorar, pero evitaba a propósito su botón más

sensible. La cabeza le daba vueltas, los ruidos de chapoteo eran obscenos, los gruñidos de la garganta de Martín le decían que él disfrutaba también.

—¡Joder! —jadeó, cuando las contracciones rítmicas se apoderaron de su coño y las piernas flaquearon sobre los hombros de Martín.

Él se incorporó. Con su sonrisa más perversa se relamió para degustar la miel en sus labios. Exhausta, Carolina comprobó que él seguía en tensión. Su erección se alzaba con rabia frente a su abdomen y su respiración seguía jadeante y errática. Se dejó caer en el sofá y la invitó a sentarse con él.

—No, a mi lado —ordenó con la voz ronca cuando ella quiso sentarse a horcajadas para empalarse en él—. Quiero que me hagas un *footjob*.

Carolina lo miró, interrogante.

—Que me trabajes con los pies.

Ella sonrió ante el desafío. Nunca lo había probado. Ya le había demostrado a Martín su pericia con las manos, con la boca, con su culo, y, por supuesto, con su coño. Lo de los pies era algo nuevo y estaba deseosa de saber si estaba a la altura. Pisó su polla erecta y la presionó contra su abdomen. Martín la agarró de del tobillo con las dos manos y empujó con fuerza.

—Más —dijo en un graznido—. No me harás daño.

Carolina se envalentonó con su reacción y aplicó más presión. Deslizó la piel arriba y abajo a lo largo de su envergadura, y verlo retorcerse acrecentó la sensación de poder. Percibir los relieves de las venas con la piel sensible de las plantas provocó una corriente de excitación en su propio cuerpo y su sexo se tensó. A aquellas alturas no pensaba que le quedaran sensaciones por descubrir, pero era muy diferente. Era sublime. Introdujo el glande entre sus dedos y utilizó para provocarlo los del otro pie. Notar las gotas de humedad deslizarse entre ellos la hizo soltar una risita.

—Te tengo a punto de caramelo —dijo.

Él no contestó. Carolina se preguntó si lograría que llegara al orgasmo. Acogió su polla entre los pies, algo ladeados para aplicar presión con los bordes; restringió el rango de movimiento a los centímetros de la punta, sosteniéndola con la mano de la raíz. Reprimió su propio deseo de

masturbarse, quería estar concentrada exclusivamente en el placer de Martín. Había dejado caer su cabeza hacia atrás, su tórax poderoso subía y bajaba en un respirar sofocado, su rostro se contraía en un rictus de pura tensión. Y comenzó a gemir.

—Carolina, no. No puedo —suplicó—. Yo...

Ella frotó las plantas, una contra otra, sosteniendo su presa entre ellas como si quisiera prender fuego y recibió sobre sus empeines, con una carcajada triunfante, la esencia que brotó del miembro de Martín.

—¿Soy también buena con los pies? —pregunto, inocente, tras algunos segundos de caricias suaves.

—Eres una diosa —dijo con una sonrisa Martín.

La invitación

Carolina despertó entre los brazos de Martín sobre el sofá. Estaba despierto y la acariciaba con gesto ausente, dibujando la línea de su columna vertebral. Se desperezó, y miró la hora en su reloj de pulsera. No eran más que las cuatro de la mañana.

—Vete a la cama, yo me voy a casa —murmuró Carolina. Estiró los brazos hacia abajo. Él se levantó con movimientos lentos, aún desorientado.

La ayudó a vestirse y Carolina no pudo evitar sonreír al ver que, de nuevo, se quedaba con sus bragas.

—¿Quieres que te lleve a casa?

«¿Quieres quedarte a dormir?». Eso era lo que quería escuchar.

—No. Tengo el coche aparcado en tu garaje.

—Te acompaño.

No hubo manera de convencerlo de que no hacía falta. Carolina suponía que a Martín lo embargaba cierta culpa o quizá se sentía responsable, pero aquel detalle por su parte a ella no le valía de mucho. Pese a todo, el beso de despedida que compartieron fue sincero y entregado. Martín era así. Y así tenía que aceptarlo.

Sonrió al entrar en su apartamento vacío y percibir el aroma fresco a azahar del ambientador y no el perfume penetrante de su madre. Por fin paz. Meterse en la cama tras un día duro de trabajo y sexo era una delicia y no pudo evitar darle parte de razón a Martín. ¿Por qué aguantar ronquidos y

movimientos molestos de otra persona cuando podías disfrutar de la cama a tus anchas?

Despertó con el timbre insistente de su móvil, el sol entrando a raudales por la ventana y su reloj marcando las doce de la mañana.

—Eh, dormilona.

Carolina se incorporó de súbito. Óscar. Era Óscar.

—Buenos días.

—Por poco, que son casi las doce —dijo riendo él—. ¿Tienes planes para comer?

—No, la verdad es que no.

—Hace un día cojonudo. Venga, abrígate, que nos vamos a comer a la sierra.

Los cincuenta minutos hasta el aparcamiento de la estación pasaron en un suspiro. Se dio cuenta de que se reía como una adolescente con cada broma de Óscar y que tenía unas ganas incontrolables de volver a probar su boca, pero se contuvo. Él no había hecho ningún gesto de aproximación en el coche más allá de una sonrisa de robar el aliento y Carolina prefería sujetar sus expectativas.

—¿Esquías? —preguntó Óscar mientras se dirigía a la taquilla del telesilla.

—No. Me parece difícilísimo —dijo ella, observando el mecanismo que hacía girar las sillas de hierro con cierta preocupación.

—Yo soy fanático. Tienes que probar algún día.

—Balonmano, esquí, ¡eres muy deportista!

—Me gusta moverme, sí —dijo él. Y ahí estaba aquella sonrisa que provocaba un cosquilleo entre sus piernas. Era guapo, el muy cabrón, y lo sabía—. Cuando vivía en Bilbao me iba a Valdezcaray o a Alto Campoo en

cuanto juntaba un poco de pasta.

—¿Eres vasco?

—Hombre, Gorostiza muy madrileño no es.

Y ahí estaba ella, riéndose también, pero como una tonta. Se cubrió el rostro con las manos, tenía que controlarse. La proximidad de Óscar la hacía sentirse como si tuviera dieciséis años otra vez.

Pese a las reticencias iniciales, no tuvo ningún problema en subirse al telesilla. La estación casi no tenía nieve, pero las vistas al llegar hasta Guarramillas eran sobrecogedoras y tuvo la excusa perfecta para estrechase contra el cuerpo masculino. Hacía mucho frío, aunque el sol estaba radiante.

—Echaba de menos las montañas —confesó en un arranque. Él enarcó las cejas, sorprendido—. En Asturias te acompañan en todo momento. Lo mismo que el mar. Gracias por traerme.

Intercambiaron un beso breve en los labios que no hizo más que alimentar su hambre de él, pero el telesilla llegaba a su destino.

Era tarde para comer, así que encargaron un bocadillo de calamares y un par de cervezas y comieron junto al ventanal del bar. Carolina no era capaz de apartar la mirada de la boca de Óscar, brillante por el aceite de oliva, evocando una humedad muy distinta. Estaba loca. Él sonreía, charlaba tranquilo, buscaba conocerla. Ella solo podía pensar en abalanzarse sobre él y follárselo.

La vista de los pinos espolvoreados con nieve y el cielo azul radiante, recorrido por el vuelo majestuoso de un buitre, era sobrecogedora. No pudieron hablar mucho, la caminata era dura y las palabras se entrecortaban hasta que se sumieron en un silencio tenso. Cuando llegaron al mirador, se moría porque Óscar la besara de nuevo, pero él vagaba sus preciosos ojos azules, explicándole cada pico y hondonada, con las manos en los bolsillos para protegerlas del frío y sin dar ningún indicio de querer lo mismo.

Se desanimó.

En el viaje de vuelta, ella estaba agotada por la falta de costumbre de estar al aire libre y la caminata, y se durmió. Despertó cuando Óscar apretó su mano y ya habían llegado a Las Tablas.

—Hemos llegado —dijo Óscar, señalando su portal.

A Carolina se le habían pasado las ganas de conquista. Si quería algo, que lo pidiera o que lo tomase por sí mismo. No tenía ninguna intención de facilitarle la tarea, después de estar todo el día ahogada por el deseo y la ansiedad.

—Sí. Hemos llegado.

Óscar no dijo nada durante unos segundos, esperando la invitación a subir, pero ella tampoco decía nada. Un silencio tenso, donde flotaba la sensación de juego, de tira y afloja, se cernió sobre ellos en el coche. La calefacción comenzaba a hacerlo irrespirable, y el aroma femenino y dulce no ayudaba a sosegarlo. Carolina parecía esperar a que él diese el primer paso y él estaba aterrorizado por darlo en falso. Se rio de sí mismo entre gestos de negación de la cabeza, ¿dónde estaba su aplomo?

—¿En qué piso está tu casa?

—En el sexto.

—Debe tener unas vistas cojonudas de la ciudad, ¿da a las torres?

Carolina se echó a reír. Tenía todo el derecho, aquello había sido un intento de lo más patético. Se devanó los sesos para inventar algo mejor, pero estaba más nervioso que un quinceañero en su primera cita.

—Sí, se ven las torres.

De nuevo otro silencio.

—¿Subimos y me las enseñas?

—Claro.

Se bajaron del coche. Óscar se llamó de todo, había sido tan sutil como una placa de hormigón armado, pero al menos había conseguido que Carolina lo llevase hasta su apartamento. No entendía por qué estaba tan nervioso, no era la primera mujer con la que salía. Estaba desentrenado. Lidia, su última relación significativa, lo había absorbido durante tantos años que se le había olvidado cómo conquistar.

Los nervios dejaron paso a la curiosidad cuando ella abrió la puerta y encendió la luz tenue de una lámpara en la entrada. Agradeció el ambiente

intimista y acogedor que aquella luminosidad indirecta emitía. Se notaba su mano experta de diseñadora, las líneas sencillas, los colores neutros salpicados con pequeños adornos de color, un par de plantas en lugares estratégicos.

Carolina abrió el amplio ventanal y salieron juntos a la terraza. Efectivamente, se veían las luces de la Castellana y las torres a lo lejos. Ella explicaba, señalando lo que se veía mientras él se arengaba.

«Vamos, Óscar. Abrázala. Hace frío, es el momento perfecto».

«Cobarde de mierda, cógele al menos la mano».

«Dile algo. Dile que nos has parado de pensar en ella desde aquel beso».

Pero no dijo nada más allá de un «ajá», o un «hum», fingiendo estar atento a sus explicaciones. El momento pasó, Carolina estaba muerta de frío y volvió al interior del piso. Era absurdo. Pasaron frente al sofá, la oportunidad perfecta para empujarla sobre él y abalanzarse. Pero no dijo nada.

Jugó su última carta a la desesperada.

—¿Y las vistas desde el otro lado?

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—No tienen nada de especial, dan al jardín y a la piscina, y hay edificios —dijo con un encogimiento de hombros, pero lo condujo igualmente hasta su habitación—. Aquí está la cocina —«Dile que tienes sed, que te invite a una copa. Que tienes hambre y te apetece comer algo»—. Este es mi estudio —«Dile que te enseñe en qué está trabajando. No. Trabajo mejor no». Pero no era capaz de decir nada, con los ojos fijos en aquellos vaqueros ajustados y el jersey grueso de lana partiendo por la mitad su maravilloso culo—. Esta es mi habitación.

La cama era de esas dobles y pequeñas. Llena de posibilidades. «Venga, Óscar, dile algo. Lo que sea. Dile que quieres follar, así, de frente. Rodéale la cintura con las manos».

—Como ves, no tiene nada de especial.

Sin saber cómo, ya estaba fuera de la habitación. La puerta de salida del piso apareció ante él como en una visión de foco, pero se acercaba, inexorable. Con cada paso se sentía más y más bloqueado. ¿Cómo podía ser tan gilipollas? Acababa de estar en su habitación, a menos de un palmo de su cama con ella, y no había sido capaz ni de hacer una broma. La ansiedad se disparó. Carolina había abierto la puerta y balbuceaba una despedida.

—No.

Apoyó la mano en la madera y empujó con fuerza, cerrando de un portazo. El gesto dejó a Carolina encerrada entre sus brazos, delante de él. No se volvió.

—¿Qué haces, Óscar?

Era mala. Cruel y malvada. ¿Cómo que qué hacía? La proximidad de su cuerpo generó un deseo difícil de manejar. En su pecho se abría el abismo y quería lanzarse sin dilación.

—No te despidas, no me voy a ninguna parte.

Y Carolina se volvió.

—Ya era hora —murmuró justo antes de que estrellase la boca en sus labios.

La tensión acumulada durante todo el día salió a borbotones en besos hambrientos. Óscar la levantó de los muslos y la empujó contra la puerta, abarcando con ambas manos aquel culo glorioso apretado en tela vaquera. Ella respondió con hambre, con labios carnosos, lengua ansiosa y dientes que aportaban esa pizca de temor que nunca había sentido al besar a una mujer. Aquellos mordiscos en la boca lo volvían loco, lo ponían a mil. Tironeó del jersey deforme de lana que había deseado quitarle todo el día y descubrió una camiseta ajustada de licra.

—Joder, qué difícil me lo has puesto —jadeó mientras incursionaba bajo la prenda ceñida como un guante en busca de sus pechos.

—La culpa es tuya, ¿para qué me invitas a un sitio a diez grados bajo cero? —dijo ella, alzando los brazos para facilitarle la tarea, mientras enroscaba las piernas en torno a su cintura para no caer—. ¿Y por qué coño has tardado tanto en lanzarte?

—Yo solía ser bueno en esto, ¿sabes? —El aguijonazo en su ego fue rotundo. Se dio cuenta de sus errores tácticos demasiado tarde, aunque había puesto remedio justo a tiempo—. Si me importaras una mierda, te habría follado el primer día que entraste en la oficina con tus aires de colegiala y tu currículum impecable.

Había hablado demasiado y prefirió amordazarse sumergiéndose de nuevo en la boca de Carolina. Ahora era él quien estiraba los brazos mientras ella le quitaba la camisa sin desabrochársela. Reprimió un quejido cuando deslizó las palmas por sus pectorales y pellizcó sus pezones con fuerza, retorciéndolos.

—Eres una sádica —dijo, y la empujó contra la puerta para detenerla. La cogió de las muñecas y levantó sus brazos por encima de la cabeza.

—Y tú un bestia. Con razón eres vasco.

—No tienes ni idea —dijo en una amenaza velada. La alzó en brazos, la sostuvo sobre un hombro y echó a andar hacia la habitación. Con cada zancada, Carolina golpeaba su trasero hasta el punto de que cada palmada picaba bajo la tela vaquera

—Te la estás ganando, Carolina —advirtió. Ella rio, tendida ya encima de la cama. Sus ojos verdes y su sonrisa ladeada lanzaban un desafío.

—A ver si es verdad —lo provocó.

Óscar soltó un gruñido y se abalanzó sobre los botones de su pantalón. Tiró de ellos arrancándole las bragas por el camino y los calcetines al llegar los talones.

—¡Pero ni siquiera has visto la lencería tan bonita que llevo puesta! —protestó en un lloriqueo fingido. Óscar soltó una risotada y siguió con el sujetador. Ya estaba fuera.

—Me importa una mierda tu lencería. Yo quiero el premio mayor.

Las tetas. Aquellas tetas pequeñas y redondas de pezones duros e insolentes que se había sorprendido más de una vez admirando en la oficina bajo aquellos vestidos que se pegaban a su piel. Por fin. Por fin eran suyas. Hundió la cabeza entre ellas y gruñó. Carolina olía y sabía a gloria. Apretó una de ellas con la mano para fijarla y la abarcó con la boca. Deliciosa. La

lengua le cosquilleó al lamer el pezón y al llegar a la punta lo mordió.

Carolina soltó un grito y lo agarró del pelo con fuerza, pero no para apartarlo. Para estrecharlo aún más contra su cuerpo, y aquello disparó su excitación. No había dudas, ni remilgos, ni coqueteos. Solo un deseo directo y descarnado.

Aprovechó unos pocos segundos de tregua para recuperar el aliento y terminó de desnudarse a patadas. Ella estiraba las manos, reclamándolo encima, y no la hizo esperar.

La besó en la boca, en el abdomen, y enterró la cara entre sus piernas. Buscó su clítoris sin rodeos y succionó, sonriendo al provocar en ella otro grito y el arqueamiento de todo su cuerpo. La quería entera, saborearla, masticarla y tragársela. Volvió a ascender hasta su boca y Carolina encerró su rostro entre las manos.

—Tranquilo —resopló. Lo miró a los ojos como los domadores miran a las fieras. Pero él soltó una risotada.

—No sabes lo que dices —dijo, incrédulo ante la petición tácita. La besó en los labios, en los pómulos, sobre los ojos y la frente. Cuando lo hizo en el cuello, sonrió ante el gemido y el encogimiento de Carolina. Había descubierto un punto débil. Ella se retorció de placer y ronroneó como una pantera. Quiso dedicarle más tiempo a sus hombros, pero su polla palpitaba hasta el punto del dolor.

—¿Tienes condones?

—En la mesilla.

—No te muevas. Ni un milímetro —dijo, estirándose hacia el pequeño mueble. Sacó uno de la caja y el resto cayó y se esparció por el suelo como un surtidor. Carolina soltó una carcajada e hizo un amago por incorporarse, pero la sujetó entre sus piernas y se puso el condón mientras ella se acariciaba, esperando.

El gesto ralentizó el frenesí en el que estaban sumidos. Óscar gateó sobre ella, con los ojos fijos en su mirada verde. Carolina sonrió sin timidez. La seguridad de aquella mujer lo volvía loco. Era una sonrisa invitadora, retadora, quería comprobar de lo que era capaz.

Fijó la mirada en su sexo. Fascinado, pasó las manos bajo sus rodillas mientras ella dirigía su polla con firmeza hacia su interior mullido y tenso. Centímetro a centímetro, la penetró hasta desaparecer y salió de nuevo, con suavidad, solo para contemplar lo bien que se acoplaban sus sexos. Embistió con fuerza y Carolina jadeó, aferrándose a sus antebrazos.

—Óscar.

—Óscar, ¿qué? —murmuró, volviendo a salir de ella, muy despacio, hasta casi abandonar la ternura de su carne violácea. Una vez. Otra. Y otra más.

—Ven, te necesito cerca —dijo en un ruego.

Fue más de lo que pudo soportar. Aquella pequeña debilidad de Carolina terminó por hacerlo perder la cabeza. Se inclinó sobre su cuerpo hasta aplastar con su torso los pechos enhiestos, la besó con entrega y ardor. Pero no le soltó las piernas, que seguían enroscadas en torno a sus codos. Las rodillas enmarcaban su rostro, la postura la inmovilizaba en una ofrenda de orificios expuestos solo para él. Soltó una de sus piernas, apoyó el antebrazo junto a su cara y retiró la melena desordenada sobre su rostro salvaje. En ningún momento había dejado de moverse en su interior. La postura unía cada centímetro de su piel, en una comunión sellada por el sudor. Ella se aferraba a su espalda, buscando con desesperación un asidero, en una carrera desbocada hacia el clímax. Ya no podía más. Ya no podía más. Quería que ella se corriese primero para hacerlo él después, sin tener que controlarse, pero ella se contenía, notaba que sujetaba el placer. ¿Por qué?

Modificó el ángulo de sus embestidas, buscando la diana de su clítoris y aplicó lo recién aprendido: hundió la boca en el hueco entre su hombro y su cuello. Funcionó. Ella soltó su nombre en un grito.

—¡Óscar!

Y se corrió. Notó las contracciones rítmicas de su sexo abrazarlo en su interior, las uñas clavarse en su espalda, todo su cuerpo convulsionar bajo su peso. Cerró los ojos, tensó los músculos y, con una exclamación de dolor, se dejó ir al fin.

Sus respiraciones sibilantes se entrelazaron en silencio.

Carolina lo empujó un poco, desfalleciente, y él rodó a su lado para librarla de su peso. No debió hacerlo, ahora lo añoraba, y se estrechó contra él sobre la cama. Óscar la besó en el pelo. Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra, envueltos en un sopor lánguido. No se separó de ella ni un solo momento, se deshizo del condón sobre el envoltorio en la mesilla, y volvió a pegarse a su piel. Carolina se dejó contener entre sus brazos, disfrutando por fin de un contacto sin interpretaciones ni exigencias. Sin excentricidades ni límites. Solo el lenguaje de la piel contra la piel. Notó cómo él se sumía en un sueño profundo y una felicidad que hacía mucho tiempo que no sentía se apoderó de ella mientras sus párpados caían, pesados, y una sonrisa débil permanecía en sus labios.

El domingo, más temprano de lo que era soportable para ella, Óscar se marchó. Alguien lo llamó por teléfono y ella pudo escuchar la bronca porque llegaba tarde a un partido importante.

Aunque fastidiada por el abandono, Carolina le perdonó el salir a toda prisa y dejarla con ganas de más cuando le dio un beso al despedirse y lo soltó, con ambas manos abarcando sus nalgas.

—Esta vez te libras. Pero para la próxima guárdame tu culo.

Un beso lascivo, húmedo, violento, que la dejó con las piernas temblando y con una sonrisa que escapaba de sus labios con cada recuerdo de la noche compartida.

No tuvo que esperar mucho para librarse de la ansiedad.

A primera hora de la tarde, aún con la ropa deportiva, Óscar llamaba a la puerta de su apartamento.

—No soy capaz de estar más tiempo lejos de ti.

Mariposas

Carolina se asomó a la puerta entornada del despacho y, por una vez, no se atrevió a entrar. Ainara gritaba con toda la potencia de sus pulmones a un Óscar que intentaba ser conciliador.

—Mira, Gorostiza, ¡te lo advierto! Me parece muy bien que estés pegado a Carolina todo el día y que folléis como conejos —dijo con enojo evidente. Carolina se mordió la lengua para no reír al conocer el motivo de su discusión—. Pero ya te he cubierto el viaje a Londres esta semana. Te recuerdo que soy madre y a ti no te dura viva ni una planta. ¡Y si te pica el rabo, pues te haces una paja! ¡A Barcelona te vas tú!

Soltó un resoplido y se tapó la boca con las manos para no delatarse. Ainara era así de bruta, no podía evitarlo. Se apartó de la puerta porque sabía que saldría como una exhalación. Pese a ello, su amiga casi la arrolló en el pasillo.

—Por favor, ¡tiene que ir a Barcelona! Los clientes están que trinan. — La miró con ojos suplicantes y las manos entrelazadas—. Sea lo que sea que le das, dale doble hoy y que mañana coja un avión y se vaya. ¡Por favor! ¡Y poneos los dos a trabajar de una vez!

Tenía razón.

No podían parar de tocarse. Tras el partido del domingo, Óscar volvió a su apartamento y pasaron todo el día enredados entre cajas con trozos de *pizza* abandonados, cervezas que bebían a medias, ropa tirada y mantas de forro polar. Disfrutaron de un día de sexo y Netflix. Más bien, de sexo desenfrenado con Netflix de fondo. La última temporada de *Vikingos* pasó completa y ellos sin enterarse.

Por la noche se marchó a su casa a las dos de la mañana solo porque

necesitaba ropa para ir a trabajar al día siguiente. Carolina necesitaba que se fuera para poder hidratarse y comer.

En la oficina fue peor. Sabían lo cerca que estaban y la ansiedad la consumía. Besos subrepticios cuando se cruzaban, manos que se rozaban con disimulo en una reunión. Cualquier excusa era buena para visitar el despacho del otro. Si pasaban mucho tiempo sin una caricia, una mirada o tan solo hablar se consumían en impaciencia

Soltó un suspiro y empujó la puerta. Óscar se levantó como un resorte y la encerró entre sus brazos con fuerza nada más entrar. La intensidad de su contacto era deliciosa. Intoxicante. Abrumadora.

—Entiendo la política de «No líos en el trabajo» —suspiró Carolina tras desprenderse de su boca, pero sin apartarse ni un milímetro—. Llevo sin dar palo al agua tres días.

Él sonrió y volvió a atrapar sus labios. Se dejaron caer en un beso profundo. El cuerpo de Carolina reaccionaba con el reflejo de Pavlov, solo que la humedad no provenía de su boca.

—Si a alguien le quedaba alguna duda de que estamos liados, Ainara se la acaba de cargar —dijo Óscar con un encogimiento de hombros—. Le diré al jefe que sea indulgente.

—Pero qué morro tienes —respondió ella, y le dio una palmada en el pecho. Sobre el pectoral. Que no pudo evitar masajear al sentirlo tenso bajo la palma. Y buscar el pezón bajo la tela de la camisa.

Óscar atrapó su mano y apretó. Volvieron a fundirse en un beso vehemente, violento. Era un hombre que se entregaba sin reservas, de manera a veces impulsiva e incluso algo torpe. La pasión que ponía en todo —un nuevo proyecto, una buena idea, un partido más—, se revelaba con una fuerza aún mayor en el sexo. Y Carolina sospechaba que también sería igual en otros aspectos de la intimidad.

—Mañana tengo que ir a Barcelona.

Beso en los labios, en los pómulos en la punta de la nariz. Y sus manos habían pasado de su cintura a su trasero. Carolina jadeó.

—Lo sé, he escuchado a Ainara.

Ella metió las manos por debajo de la camisa y acarició su espalda, trazó las líneas de sus trapecios e incursionó por dentro de la cinturilla del pantalón.

—No sé qué voy a hacer contigo, *neskatxa* —susurró Óscar con un filo de desesperación en el tono de voz. Ambos volvieron las miradas febriles hacia el sofá acogedor que formaba parte del mobiliario.

Unos golpes secos los arrancaron de su arrobamiento. La puerta se abrió de súbito y el rostro de Ainara, vestido con una expresión traviesa y maliciosa, los sorprendió.

—¡He dicho que os vayáis a trabajar, coño! ¿O tengo que echaros agua fría?

Una llamada de la viña, sobre la aparición de una grieta que parecía importante en una estructura, echó por los suelos su plan de pasar la tarde juntos. El avión de Óscar salía a las seis de la mañana y, aunque solo se quedaría un día, tenía que preparar al menos una muda de ropa y un neceser. Carolina se quedó trabajando hasta tarde en un intento de compensar lo dispersa que llevaba desde el lunes y logró avanzar algo en los bocetos, pero se reprendía a por mirar cada dos por tres si en el móvil tenía un nuevo *whatsapp*.

«Tenemos que repetir el polvo del anoche».

«No soy capaz de concentrarme».

«Quiero besarte. No. Follarte a cada momento».

Acostumbrada al contacto continuo de Óscar desde hacía cinco días, aquella noche de miércoles le costó quedarse dormida. Echaba en falta estrechar la espalda contra su cuerpo y que él la cobijara entre sus brazos. Que hundiese la nariz en su cuello y hablara sobre su piel. Solo pensar en ello

generó una corriente que reavivó el deseo y la sumió en un estado de desazón. Tuvo que levantarse a buscar uno de sus vibradores. «Cuanto más tienes, más quieres», pensó con codicia tras alcanzar el primer orgasmo. Y un segundo. Y un tercero, tras el que se le escapó el juguete de la mano temblorosa por puro agotamiento, con el cuerpo perlado en sudor, el sexo hecho lava caliente y sus pensamientos centrados en un solo lugar: Óscar.

Disfrutaba de aquellas mariposas en el estómago. Con treinta años y el cinismo que da la experiencia de varias relaciones fallidas a la espalda, estaba segura de que no volvería a sentir las jamás.

Por eso, ver que la llamada de primera hora de la mañana, mientras conducía hacia el trabajo, provenía de Martín la fastidió. En algún momento tendría que hablar con él. De hecho, en algún momento tendría que hablar con los dos. Pero no ahora. Más adelante. No quería pinchar el globo tan pronto. Ya se enfrentaría a la realidad en unos días más.

En un impulso, cortó la llamada y se detuvo en un carga y descarga para mandarle un *whatsapp*.

«Ahora no puedo, luego te llamo! Va todo bien?».

«Yo bien. Tú? El domingo al final no nos vimos».

Mierda. El domingo. Carolina cerró los ojos un instante y dio un golpe en el volante. Se había olvidado por completo de Martín. Y la causa era un vasco grandote y rubio que no le quitaba las manos de encima. Reflexionó qué contestar, seguía en línea. Optó por decir la verdad, aunque incompleta.

«Como no me llamaste, surgieron otros planes».

El acceso de culpa la abrumó en cuanto pulsó para enviar.

«Puedes quedar este finde?».

Sabía perfectamente que aquel fin de semana estaría con su hija, pero se le antojó una especie de premio de consolación que ofrecer por el incumplimiento de su cita. Nunca le había pasado, posponer una oportunidad de encuentro con él.

«Viene Sara».

Carolina se preguntó, preocupada, si no sospecharía algo. Su respuesta era más cortante de lo habitual. ¿O era la culpa, que la hacía pensar lo peor?

«Pero el siguiente hablamos sobre la propuesta misteriosa que tengo que hacerte».

—Qué cabrón —masculló entre dientes mientras escribía a toda velocidad.

«Qué es??, dime algo!».

«La semana que viene te lo cuento. Eso, por abandonarme! ù ».

Sonrió al ver el emoticono por ser tan impropio de Martín. Y, aunque estaba intrigada, también experimentó alivio: Óscar llegaba de Barcelona al día siguiente, viernes por la tarde. Así que enterró muy profundo en su cerebro aquella conversación.

No esperaron a entrar en la casa de Óscar para empezar a desnudarse. Algunas de las prendas quedaron abandonadas en el garaje. Otras en el

vestíbulo. Otras en el salón.

Entre besos, abrazos y mordiscos, Carolina lanzaba miradas curiosas a su casa. Era la primera vez que estaba allí.

—Es preciosa.

—Mi primer trabajo como arquitecto, junto con mi padre.

Óscar buscaba los cierres de aquella prenda tan extraña, que no era una camiseta ni tampoco un sujetador.

—¿Tu padre es arquitecto? Hijito de papá —se burló, dándose la vuelta para mostrarle que se abría por delante con una lazada. Óscar tironeó de los cordones y se lanzó a chuparle los pezones en cuanto los liberó.

—La «ge» en realidad es de Guggenheim, utilizo el Gorostiza para ocultar que soy su hijo —dijo con tono dramático.

Carolina detuvo el frenesí de sus movimientos unos segundos y luego soltó una carcajada y siguió con la labor de desprenderlo de la camisa arrugada por el viaje.

—Por un instante me lo has colado. ¿Tus padres viven en Bilbao?

—Sí, desde que se jubiló mi padre hace un par de años. Ahora la casa la uso yo.

Extendió unos dedos ávidos hacia sus bragas, pero Carolina los palmeó con fuerza. Óscar gruñó.

—Te vas a enterar. Esta vez te la voy a devolver.

Echaron a correr entre risas escaleras arriba. No llegó muy lejos. Óscar la agarró con fuerza de un tobillo y tiró. Ella cayó hacia adelante y tuvo que apoyar las manos en un escalón.

—¡Me vas a tirar!

—Te lo tendrás bien merecido.

Carolina conectó una patada hacia atrás sin intención de darle, pero lo alcanzó de pleno en el pecho.

—Se acabó —dijo Óscar en un tono letal.

Salvó tres escalones de una zancada y agarró a Carolina por la cintura. Le arrancó las bragas y ella comenzó a protestar. Buscó entre sus muslos con el borde de la mano y comprobó, satisfecho, que su sexo destilaba miel. Hundió los dientes en su nuca con un mordisco animal.

—Fóllame. Aquí, en la escalera —suplicó ella en una orden que era un ruego autoritario.

—Ahora empezamos a hablar.

Óscar la cubrió con su cuerpo. Carolina evocó la imagen de una hembra siendo montada por un semental. Su boca masculina seguía con besos, succiones y pequeños mordiscos en el cuello. La sostenía con facilidad con un brazo sobre los pechos y con la otra la masturbaba sin piedad.

—Quiero que me la metas. Ahora.

El ruego había desaparecido, sustituido por la desesperación. Óscar la penetró con los dedos y Carolina dio un grito exasperado.

—Tu polla, Óscar. Ya.

—Un momento —jadeó él, apoyando su miembro entre sus glúteos—. Quiero... —No se decidía a verbalizarlo. Tenía la mirada fija en un solo punto de su anatomía. Carolina se volvió para interpretar su expresión.

Hambre. Gula. Lujuria.

Y entonces, comprendió.

Subió un escalón para poner algo de espacio entre ellos. Óscar no se movió tras ella. Carolina se volvió y con una mirada directa, que invitaba a perderse en el séptimo círculo del infierno, apoyó ambas manos en sus nalgas, las masajeó ante su expresión ávida y, con un movimiento descarado, las abrió.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Mi culo? Dímelo. ¿Quieres mi culo?

Inclinó el cuerpo hacia adelante para exponer aún más sus orificios y él gruñó.

—Quiero tu culo.

Carolina soltó una carcajada y se impulsó hacia adelante.

—Pues ven a buscarlo. A ver si me pillas.

Pero aquella escalera era larga, muy larga. Y Óscar más ágil y rápido. La atrapó solo unos escalones más arriba y la inmovilizó contra ellos sin contemplaciones.

—¡Cuidado, que me vas a partir por la mitad! —protestó entre risas al sentir el peso masculino sobre su espalda.

Él la ignoró, ocupado en dibujar un camino de besos por su columna vertebral hasta el encuentro de sus glúteos. Carolina soltó un grito cuando notó el rostro de Óscar hundirse entre ellos y tantear con la lengua en su oscuro interior. El puñetazo de lascivia la pilló por sorpresa y se quedó inmóvil ante la caricia desconocida. Alerta, atenta al trabajo de la lengua abriendo poco a poco su ano.

—Óscar, ¡oh! —Escuchó con sorpresa su propio gemido desgarrado.

Él se incorporó. Sin despegar la boca de su espalda, trazó una línea de fuego hasta la nuca y la encerró con su cuerpo.

—Ah, Carolina. Ahora sí. —Primero, hundió su erección en el sexo hinchado y palpitante con un gruñido de alivio—. Ahora sí.

—Óscar, mejor en la cama, ¡aquí no! —dijo, desfalleciente.

Hizo un intento inútil de gatear por los escalones hacia arriba. Él la retuvo, su aliento jadeante sobre la mejilla al compás de cada embestida, los labios rozando la piel. La sostenía de la mandíbula e introdujo dos dedos en su boca para hacerla callar. Ella los succionó y mordió.

—Joder, me voy a correr. Esto es demasiado... Demasiado.

—Ahora, Óscar. Por el culo. Por el culo. Por el culo —repetía, sintiendo que el hambre que la atenazaba no se saciaría jamás—. ¡Fóllame!

No se hizo de rogar. Salió de ella, cubierto con su esencia y Carolina volvió a separar sus nalgas con brusquedad. Óscar lubricó su ano con los dedos y apoyó la punta dura y suave en la entrada y, con un solo movimiento, se empaló en ella hasta el fondo.

El latigazo de placer y dolor fue demasiado y Carolina se corrió, entre gritos. Perdió el sostén de sus manos, y trastabilló hacia adelante. Se echó a

reír, descontrolada, pero él la sostuvo. Sus brazos tenían fuerza de sobra contenerlos a los dos. La pérdida de equilibrio hizo bajar la intensidad de sus movimientos y paladeó con calma la cadencia que lo adentraba en sus entrañas. Una pregunta quedó suspendida entre los jadeos mientras el orgasmo azotaba también a Óscar.

—Carolina, ¿qué voy a hacer contigo?

Sed

Llevaba un rato despierta, sin moverse, entre los brazos de Óscar. Solo para disfrutar de su cuerpo relajado envolviéndola, de su rostro de niño grande con los labios entreabiertos, del ritmo pausado de su respiración. Amanecer así era un raro privilegio.

Reprimió una sonrisa al recordar el polvo épico en la escalera. Estaba segura de tener las rodillas despellejadas y notaba un dolor sordo en la espalda, pero la manera en que follaba la tenía fascinada. Intrigada. Esa entrega sin reservas, impulsiva, visceral.

Cerró los ojos para evocar el recuerdo de Óscar sobre su piel. Su necesidad de tocarla, de tenerla siempre al alcance de los dedos. De dejar una mano entre sus muslos mientras dormían o estrecharla contra su costado cuando veían la televisión. Sus ansias de contacto eran el complemento perfecto para saciar su propia sed.

Se movió con cuidado para levantarse, pero él la aferró con fuerza, acoplado a su espalda. Murmuró algo inconexo, y después con más nitidez.

—No te vayas. Quédate conmigo.

Percibió la demanda. Y el mensaje latente que transmitía su cuerpo la golpeó con claridad. La trampa mortal de tener sed y beber agua salada. De no saciarse jamás. Óscar era posesivo. E intuía que no lo era solo en el aspecto físico. Había llegado el momento de hablar.

—Vamos a tomar un café.

Óscar inspiró el aroma a sexo y sudor, mezclado con la traza sutil de perfume en el cuello de Carolina. Cerró los ojos. No podía creer en su suerte. La abrazó por la cintura y hundió los labios en la espesura de su melena, y se abandonó en la sensación de calidez y bienestar.

Ella preparaba el desayuno, de pie en la cocina, con su camisa aún puesta y ajena a su delirio.

Estaba cayendo.

Con todo.

Y lo mejor era que él se había lanzado en el abismo sin pensárselo. ¿Cuántos años habían pasado desde lo de Lidia? Hizo un recuento mental rápido, sorprendido de la dificultad para recordar. Ya tres años.

Se hizo presente el tiempo en que todo giraba en torno a ella y boqueó, en busca de aire, al sentir de nuevo la asfixia. Se habían encerrado tanto el uno en el otro que no existía nada más. Anulados, se transformaron en una masa informe en la que no se sabía cuándo empezaba ella y cuándo terminaba él. Todos se maravillaban por lo bien que se complementaban y la pareja perfecta que hacían. Pero era una farsa involuntaria. Se asimilaron de tal manera que llegó un momento en que no tuvieron nada que ofrecerse. Los dos eran arquitectos y hablaban de lo mismo. Los dos eran deportistas, eran del mismo equipo, comían lo mismo, compraban lo mismo. Le costó un mundo romper con ella. Y cuando lo hizo, se dio cuenta de que se había alejado de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos. Tardó meses en volver a girar sobre el propio eje de su vida en vez de orbitar sobre el de su ex.

Había habido otras mujeres, claro. Pero las abrumaba. Las alejaba con su entrega. Y con sus exigencias. Carolina era tan diferente a todo. Y en todo. No permitía invasiones en su espacio. En el sexo, no se dejaba avasallar. La superioridad física no servía de nada para subyugarla, porque era ella quien llevaba las riendas. No le quedaba otra que dejarse llevar.

—Óscar, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Cogió la taza que ella le tendía. Su mirada preocupada lo arrancó del

arrobamiento y lo sumió en la suspicacia.

—¿Qué pasa?

—Ven. Siéntate.

Pero ella no se acomodó en ninguna de las cuatro sillas disponibles y él tampoco lo hizo. Una sensación de catástrofe inminente se cernía sobre él.

—Prefiero quedarme de pie. ¿Qué pasa? —Tragó saliva y esperó.

—Antes de que vayamos a más, quiero que sepas que estoy con otra persona.

Si Carolina se hubiera convertido en el Octavo pasajero de *Alien*, la parálisis no habría sido mayor. Cualquier rastro de calidez y bienestar desapareció. Óscar cuadró los hombros, a la defensiva. Durante unos segundos, el aire se tornó denso y la temperatura de la cocina descendió varios grados.

—¿Otra persona?

Carolina se aferró a la taza de café y pareció empequeñecer ante su evidente estupefacción.

—No somos pareja. Quiero decir, ¡a ver!, no somos una pareja al uso. —Titubeó y frunció el ceño. Parecía incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Somos una pareja abierta.

Él seguía sumido en un mutismo y una inmovilidad irritantes. No podía decir nada. Porque no sentía nada.

—Ni siquiera dormimos juntos —dijo ella con una risita nerviosa—. Solo follamos.

Sacudió la cabeza con incredulidad. Aquello no podía estar pasando. Sus expectativas se desmoronaron como un castillo de naipes.

Otra persona. Otra persona. Otra persona.

Carolina follaba con otro.

—Oscar. ¡Óscar! —Su tono se revestía de ansiedad.

La perplejidad dio paso a la ofensa. La ofensa dio paso a la rabia. Y por fin salió de su estado de trance.

—¿Antes de que vayamos a más? —dijo con todo el sarcasmo que pudo imprimir a aquella pregunta tan obvia—. ¿No te parece que esto debí saberlo antes de empezar?

La seguridad de Carolina, su sensualidad y su carisma se desvanecieron como burbujas que explotan en el aire.

—Bueno, no tiene ninguna importancia. —Cerró la boca en un gesto brusco y se corrigió de inmediato. A Óscar que le quedó claro que, fuera quien fuese, sí era importante para ella—. Quiero decir, ¡joder!, que ni a él ni a mí nos importa involucrarnos con otros.

—Claro. Yo soy «el otro».

La voz de Óscar cortaba, hacía daño. Carolina se encogió.

—No. No es eso.

—Y entonces, ¿qué es?

Carolina se levantó y se acercó a él con las manos extendidas. Él las apartó de un manotazo. El suspiro de impaciencia que soltó lo único que hizo fue cabrearlo aún más.

—Es simplemente que somos una pareja abierta. No existe exclusividad. —Carolina sonaba bastante desesperada, pero sus palabras resbalaban sobre su entendimiento sin permearlo—. Tenemos la libertad de amar y estar con quien queramos.

—Y follar.

—Y follar.

¿Por qué ahora el sexo le parecía tan sumamente importante? Lo más importante de lo que había enumerado ella, de hecho. Una necesidad acuciante de saber más lo agujeró, y las palabras salieron de su boca antes de pensarlo.

—¿Cómo se llama?

—Martín.

—¿Es tu novio?

—No, no es mi novio.

—¿Cuánto llevas con él?

—Unos cinco meses.

—A mí me parece bastante serio.

—Óscar, no.

—¿Cuántos años tiene?

—Tiene cuarenta y cuatro. Óscar, por favor —rogó Carolina. Volvió a acercarse a él y lo abrazó desde atrás. Él se había dado la vuelta para esconder el pánico y las náuseas que lo invadieron de repente. El calor de su cuerpo femenino en la espalda no le otorgó ningún consuelo—. Nada de esto tiene ninguna importancia. Me gusta estar contigo. Y me apetece mucho conocerte más.

Él la encaró unos segundos en los que la ironía relampagueó en sus ojos celestes. Las palabras de Carolina eran conciliadoras, pero advertía perfectamente la ansiedad en su voz.

—Que esté o no con Martín no tiene nada que ver con nosotros.

—Entonces, déjalo. Corta con él —ofreció. Era la única manera en que aquello podía funcionar, Carolina tenía que entenderlo—. Si quieres estar conmigo, déjalo.

Pero ella negó suavemente con la cabeza.

—No —dijo con dulzura—. Martín me aporta muchas cosas. He aprendido a ser libre junto a él. No voy a dejarlo, Óscar. —Entrelazó los dedos, algo fríos, con los suyos sin darse cuenta de que cada palabra era un puñal. Lo obligó a volverse hacia ella—. Mírame. Te repito que me gusta estar contigo. Mucho. —Se echó a reír y alzó sus ojos verdes gloriosos al cielo—. ¿Cómo va a ser de otra manera, después de anoche? ¿De esta semana?

Los recuerdos de sus cuerpos entregados a aquel frenesí de placer, del despertar, abrazados, se agolparon en su memoria y tragó saliva.

—Piénsatelo —dijo ella al fin, mientras caminaba de vuelta hacia su habitación—. No quiero presionarte, sé que es una situación compleja.

Óscar soltó una carcajada ácida y Carolina volvió a cerrar la boca.

—¿Compleja? Esto es más que complejo —dijo, volviendo al tono cáustico—. Esto es una puta bomba nuclear. Quiero que te vayas.

Carolina no dijo nada. La reacción de Óscar había sido una bofetada de realidad. Se quitó la camisa y la dejó sobre la cama, y recuperó sus prendas de ropa desperdigadas por las habitaciones.

Ver su piel desnuda trajo de vuelta el deseo y Óscar se revolvió, incómodo. La seguía como un espectro por toda la casa hasta que llegó a la puerta de entrada. Carolina sostuvo su rostro entre las manos y depositó sobre sus labios un beso dulce y entregado. Él no correspondió.

—Piénsalo, por favor. Espero tu llamada.

Cogió su bolso y su chaqueta de cuero y desapareció.

En bandeja

Óscar pasó el sábado en un estado desesperante entre el deseo, la rabia y la frustración.

Otro. Estaba con otro. Follaba con otro.

¿Cómo había dicho? «Martín me aporta muchas cosas. He aprendido a ser libre junto a él». Probablemente era a él a quien tenía que dar las gracias por la pericia de Carolina en la cama. ¿Cómo cojones podía competir con algo así? Los celos se aferraron a sus entrañas como un monstruo de garras afiladas.

Necesitaba una ducha. Llevaba todo el día con aquel pantalón de chándal y apestaba a sexo y sudor. Reprimió las ganas de masturbarse al recordar la noche bestial que habían pasado. La manera en que le siguió el juego en la escalera. Su seguridad y descaro al abrirse el culo e invitarlo a darle sexo anal. La mirada desafiante mientras le daba sexo oral. Aferró su polla enardecida y tuvo que apoyar el antebrazo en los azulejos del baño.

—Hostia, joder —murmuró, abandonándose al ritmo de su mano.

Ojalá solo fuera eso.

Vestido y perfumado a las nueve de la noche de un sábado. Menuda estupidez. Cogió las llaves del coche y huyó del ambiente opresivo de aquella habitación.

En la barra del bar, frente a un *whisky* de malta, la ansiedad se diluyó un poco. Era un sitio al que nunca iba, no muy lejos de su casa, sin tener que bajar hasta Madrid. Una mujer, calculó que más o menos de su edad, se sentó con seguridad en el taburete de al lado.

—Hola, perdona, ¿tienes fuego?

Él sonrió. Ambos sabían que dentro del local no estaba permitido fumar, pero los clásicos son los clásicos y nunca mueren.

—No, pero te invito a una copa. —La desconocida sonrió con una boca grande de labios rojos y dientes perfectos—. ¿Qué bebes?

Mientras se sumían en una conversación insustancial de tanteo, Óscar se preguntó cómo sería follar con otras mientras estaba con Carolina. La mujer se tocaba los labios, apartaba la melena, larga y cuidada, de su rostro. También llevaba, de vez en cuando, los dedos al último botón abrochado de su camisa. La curva de un pecho, cubierta con encaje, se insinuaba por su escote y notó la punzada lejana de deseo.

De pronto, la idea no le pareció tan mala.

Un whisky.

Dos whiskys.

Tres *whiskys*.

Compartieron una ración de calamares. Ella tenía una vida interesante. *Junior executive*. Acababa de llegar de viaje. Sin pareja.

—Bueno, creo que es hora de acabar la noche, Óscar.

Se preguntó cómo se llamaba. Era incapaz de recordarlo. Se devanó los sesos en un intento de rescatar su nombre en la bruma del alcohol. Fracasó.

—¿Quieres tomarte la última en mi casa? Vivo aquí cerca.

Otro clásico.

Mientras conducía el coche eléctrico de vuelta a Aravaca, pensó que echaba de menos el rugido del motor de gasolina de su antiguo coche. Lo había tenido en bandeja, ¿por qué habría dicho que no? Quizá no estaba preparado para los cambios drásticos. Tenía cita el martes para devolver el coche al concesionario. Quizá con esto le ocurría igual.

Al llegar a la habitación, ver las sábanas revueltas sobre la cama lo deprimió. Cogió la camisa que Carolina había llevado y hundió la cara en la tela.

Había dicho que no porque sabía que no era capaz.

Más sabe el diablo por viejo que por diablo

—¿Qué le has hecho a Óscar?

La mirada preocupada de Ainara la abrumó desde la puerta. Llevaba hecha una mierda desde que se había marchado de casa de Óscar. Del que no sabía nada. Reprimió las ganas de derrumbarse sobre la mesa de diseño; en vez de eso forzó una sonrisa.

—¿Qué te ha contado?

—¡Nada! No me ha contado nada —dijo su amiga, enfadada—. Hoy no ha venido a trabajar, se ha inventado un viaje a Londres y estará fuera toda la semana.

Carolina tragó saliva mientras el suelo desaparecía bajo sus pies.

—¿Inventado?

—El proyecto de Candem Town sigue en revisión, lo sabes tan bien como yo. Sé que no es por eso. Está huyendo de algo —dijo con tono conspirador—. Y tú tienes que saber por qué.

—Ya te contará cuando vuelva —respondió Carolina. Contraviniendo a su costumbre, se marchó antes de la hora. Cogió su bolso, dejando los bocetos desparramados sobre la mesa y se puso la cazadora. Sonrió con ese hermetismo férreo que sabía que exasperaba a su amiga, pero que tan buen resultado le daba para esconder su desesperación, hasta que salió del estudio.

La reacción de Óscar la había pillado en pelotas, sin argumentos. Soltó una risotada amarga al ver los mensajes de WhatsApp que le había enviado y que seguían sin contestación.

Se preguntó qué había esperado al soltarle aquello a bocajarro. Tuvo que confesarse a sí misma que el que Óscar aceptara complaciente su relación con Martín era una utopía. Y ni siquiera le había contado la naturaleza de lo que ocurría entre ellos.

Necesitaba hablar con alguien, y ese alguien era Martín. En la seguridad del coche, lo llamó por teléfono.

—¿Puedes hablar? Necesito verte. —Su voz se quebró al final de la frase y se odió por ello. Martín se dio cuenta, tardó un par de segundos en contestar.

Media hora después, compartían una copa de vino en su casa. Las piernas entrelazadas bajo una manta en el sofá. Relató, en unas pocas frases y evitando entrar en el sexo compartido, lo que había ocurrido con Óscar. Desde la primera copa en que se enteró de sus intenciones hasta que salió hecha un lío de su casa tras hablarle de Martín.

—Entonces, somos una pareja abierta —dijo él, pensativo.

Carolina reaccionó con un bufido.

—No me vengas con esas, tú eres quien me metió en todo esto.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No me presiones, ¿vale? ¡Necesitaba tiempo! Todo ha ido demasiado deprisa.

—No te estoy presionando, Carolina —respondió él, y acarició su pantorrilla por encima de la manta—. Si me lo hubieses dicho a mí primero, te habría ayudado a enfrentar la conversación con él. Estas cosas no se sueltan así como así. Y, desde luego, se plantean antes de acabar en la cama.

—Lo he hecho todo mal —gimió ella, y se cubrió la cara con las manos—. Pensé que, después del sexo, estaría más receptivo a la idea.

Martín se echó a reír y la abrazó.

—Carolina, es inevitable tener sentimientos de pertenencia en el sexo. Y sé lo que tú provocas, esa necesidad de protegerte, de defenderte de dragones inexistentes, de construir una fortaleza inexpugnable a tu alrededor. —Ella lo miró, halagada por la confesión espontánea, pero la estocada de su

error seguía ahí. Y dolía—. Esto hay que hablarlo en frío, dando algunas pistas y tanteando el terreno. Conocer su manera de pensar antes de ponerlo contra la espada y la pared.

—Yo no lo he obligado a nada. Es él quien se ha interesado por mí. Joder, voy a perder mi trabajo. —De pronto, no le pareció tan importante como el hecho de que lo que iba a perder era la oportunidad de tener algo con Óscar.

—No seas dramática, Carolina. De hecho, te ha salido la jugada bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias —dijo riendo Martín—. No te ha dicho ni que sí ni que no, se lo está pensando. Probablemente solo necesita un poco de tiempo.

—Y yo, ¿qué hago? Me muero por llamarlo y saber cómo está.

Martín alzó las cejas y negó con la cabeza.

—No lo sé, Carolina. Me inclino a decirte que le des espacio, pero si te nace, quizá debas llamarlo. No puedo decidir por ti.

Ella asintió en silencio. Era tarde. Se levantó del sofá y se alejó hasta la ventana, anquilosada. Todavía quedaban secuelas del sexo con Óscar. Su intensidad al follar era intoxicante. Sus ansias de piel, de contacto, el elixir que necesitaba para su saciar su propia sed. Se estiró, sabiendo que Martín esperaba, paciente, a que se marchara. Por eso la sorprendió tanto su ofrecimiento.

—Tienes que alejarte un poco de todo, de Óscar, de tu trabajo, salir de Madrid. He aquí mi propuesta misteriosa: ¿tienes planes para el puente de la Constitución? —Carolina negó con la cabeza, intrigada—. Tengo que ir a Marruecos por trabajo, pero me encantaría combinarlo con placer. Acompáñame. Te vendrá bien un poco de sol y de lujo.

—No sé, Martín. Siento que tengo que quedarme y afrontar todo esto.

—Tienes tiempo, todavía faltan un par de semanas. Mira, déjame tentarte.

Abrió su portátil y tecleó algo en el buscador. Carolina se inclinó con curiosidad al ver las imágenes de un *riad* en Marrakech, con el color terracota típico de sus murallas, y una mezcla de turquesas y morados que la hizo

suspirar.

—Solo cinco días. Nos vamos el miércoles y volvemos el domingo.

—Déjame pensarlo. ¿Nos vemos este fin de semana? —Recogió sus cosas, sabía que Martín tenía que trabajar. Las fotos del *riad* habían desaparecido y en la pantalla del portátil aparecía una plantilla de Excel cargada de números y colores.

—Nos vemos este fin de semana.

Intercambiaron un beso tierno y Carolina se dejó caer en el abrazo cálido y fuerte.

—Todo saldrá bien, ya verás.

—Eso espero, Martín.

No me dejes caer en la tentación

Pasó tres días infernales. El miércoles sucumbió a la tentación y le envió a Óscar un mensaje que intentó no sonar desesperado.

«Espero que vaya todo bien en Londres. Te echo de menos».

Se arrepintió en cuanto lo hubo mandado. La respuesta de Óscar se hizo esperar, y fue cortante y escueta.

«Estoy liado. Hablamos».

Estaba fallando en todo lo básico de cualquier estrategia para inclinar la balanza a su favor. No debía atosigarlo. Óscar necesitaba tiempo para decantar la idea que le había planteado. Pero echaba de menos el peso de su cuerpo sobre ella por las noches, su compañía dulce y a veces ingenua, la manera salvaje en que le hacía el amor.

El jueves lo vio pasar delante del cristal de su oficina, pero no se detuvo siquiera a saludarla. Esta vez sí contuvo el impulso de enviarle un mensaje de bienvenida. Ella también estaba dolida y tenía su orgullo.

Pero el viernes el cliente de *D&E* quería una reunión con arquitectura y diseño. Carolina esperó a que él le propusiera ir juntos. En vez de eso, recibió un frío correo electrónico citándola a las seis de la tarde, después del trabajo de oficina, en una dirección de Ciudad Lineal.

Se protegió de la inseguridad construyendo una fachada de solidez y eficacia, sin renunciar a su estilo personal. Vestido gris y ceñido al cuerpo.

Camisa negra de seda. Tacones de charol. Medias caladas con topos. Uñas y labios rojo sangre, una carpeta llena de ideas y la cabeza centrada en lo que tenía que hacer.

Aguantó con entereza la indiferencia de Óscar. La impaciencia de los clientes.

Al menos se mostraron entusiasmados con sus ideas, que eran solo esbozos. Tenían tres meses de plazo para entregar el proyecto. En febrero querían ponerse a trabajar.

Salieron juntos de la oficina. Fuera ya había oscurecido, pero aquella zona de la ciudad no vibraba con el ritmo de viernes en Madrid. Residencial y apartada, no vio pasar ni un solo coche. Unos árboles raquíuticos y sin hojas decoraban la larga acera vacía. Al otro lado de la calle había un descampado con escombros.

—Gracias, Carolina. Le has salvado el culo a CreaTech. —Las primeras palabras que había pronunciado hacia ella de manera directa. Y las dijo reticente, obligado por las circunstancias—. Yo no tenía nada que presentarles.

Le quitó importancia con un gesto de la mano, ansiosa por alejarse de su frialdad.

—No te preocupes. Es mi trabajo. Me pondré con las nuevas directrices y acabaremos con el dichoso experimento de divertirse al estudiar —masculló mientras miraba en todas direcciones excepto hacia él para descubrir el taxi que la llevaría lejos de aquel dolor tan extraño—. Nos vemos en la oficina.

Óscar esperó junto a ella un par de minutos, en que la tensión del silencio incómodo y las emociones no gestionadas se cernía sobre ellos. Carolina echó a andar hacia lo que recordaba que era una calle más transitada, envuelta en una mezcla de rebeldía ante su rechazo, y frustración por no conseguir, por una vez, lo que quería.

—¡Espera, Carolina!

Óscar recorrió los metros que los separaban en una carrera de largos segundos.

Se lo había pensado bien antes de llamarla.

Se había acorazado en acero para no tender las manos hacia ella, para no besarla, para no abrazarla. Las yemas de los dedos le ardían en pura necesidad. Se debatía entre la ansiedad por su contacto y el rechazo por su propuesta. No había parado de darle vueltas al asunto desde que ella abandonó su habitación. Londres solo había sido un pasatiempo momentáneo, una excusa para no enfrentar sus ojos verdes y sinceros. Sus labios rojos y muchas veces crueles. Su manera eficaz de enfrentar los problemas. Y de rehuirlo a él.

—¡Espera! No me gusta la pinta de estos descampados. Te llevo.

Carolina pareció tantear la situación, mirando alrededor, por donde no pasaba ni un alma. Asintió con una leve sonrisa y caminó hacia la dirección que él le señaló.

La siguió, solo un poco por detrás. Iban a meterse en un coche. Y en un coche muy pequeño. Al final se había quedado con el Renault Zoe, necesitaba uno, pero se resistía a seguir contribuyendo al cambio climático con un coche a gasolina o gasoil. Quizá no era tan reacio a los cambios.

—Pero solo hasta CreaTech, no puedo llevarte hasta tu casa —se apresuró a acotar, inundado por el miedo a que Carolina lo engatusara con su canto de sirena—. Tengo que trabajar.

—No te preocupes, en la oficina me viene bien.

No hablaron más. Óscar encendió el equipo de sonido del coche. Sin el ruido del motor de fondo, la experiencia auditiva en el interior insonorizado era perfecta. Los acordes electrónicos de Depeche Mode en *In your room* hicieron que se le erizara la piel. Ella tampoco parecía ajena a la melodía y se revolvió en el asiento. Las puntadas en el cuero del volante le hacían daño en las palmas y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para controlar la respiración. Cuando llegó el estribillo no lo soportó más y pasó la canción. Ella lo miró, sorprendida durante una fracción de segundo, pero no dijo nada.

Reconoció *I feel you* de inmediato y también la adelantó. E hizo lo mismo con *Enjoy the silence*. Se insultó mil veces al pillar la media sonrisa irónica de Carolina. Acabó por poner las noticias y dejar que la corrupción, la contaminación y el crimen se adueñaran del tiempo que debió ser de ellos. De

los dos. Y de nadie más. Ese era el problema.

¿Habría estado con el otro, con Martín, mientras él estaba fuera? Seguro que sí. Era exigente, insaciable, demandante. Lo había dicho, necesitaba el sexo como respirar. Su polla palpitó con el recuerdo de su piel desnuda, de las locuras que habían hecho, de ese mismo aroma dulce y a la vez picante de su perfume mezclado con otro mucho más íntimo y personal.

Aparcó en su plaza de garaje con los nervios de punta. Se debatía entre las ganas de sacudirla de los hombros y exigirle que solo fuera para él, y arrojarse a sus pies a pedirle que lo aceptara a su lado. Quitó las manos del volante, las tenía húmedas por el sudor, y se frotó el pantalón por encima de los muslos. Ella seguía allí, paciente, expectante. Le quedaban unos segundos para decirle algo antes de que abriese la puerta y abandonase el coche. ¿Por qué se paralizaba tanto con ella?

«Di algo».

«Haz algo».

«Lo que sea».

Fue Carolina la que tomó la iniciativa. Llevaba sintiendo el conflicto interior de Óscar desde que compartieron el mismo espacio en la oficina de *D&E*. Tenso, intercalando miradas acusadoras con expresiones de corderito degollado que no le sentaban nada bien. Lo quería una bestia en la cama, sonriendo con arrogancia, acaparando la conversación, embelesándola con su don de la palabra. No lo quería atormentado.

—Te he echado de menos esta semana. —Le tendería un cable. Para reafirmarlo y asegurar el terreno que pisaba. Él se envaró y evitó mirarla a la cara—. ¿Qué tal estás?

Óscar se echó a reír y negó con la cabeza, pero no respondió. Carolina tragó saliva. La línea entre humillarse y seguir adelante con su plan le parecía demasiado fina. Optó por no rendirse.

—Supongo que no has tenido demasiado tiempo para pensar en lo que hablamos sobre seguir. —Apoyó la mano sobre la que él tenía, inmóvil, sobre el muslo. Entrelazó sus dedos con los de él en una caricia lenta. Él no se apartó—. Solo quiero decirte que yo sigo aquí, y te espero. Estoy aquí, Óscar.

Y apretó con fuerza para reafirmar sus palabras.

—Joder, Carolina.

No sabía qué pensar. No sabía qué decir. Estaba segura de que la balanza estaba en equilibrio y que lo que hiciera sería determinante para inclinarla a su favor. Actuó por instinto, como mejor sabía. Aprovechó la cercanía y abandonó su mano para agarrar con fuerza su entrepierna. Sorprendida, lo encontró duro.

—Carolina.

Sonó como una advertencia, pero sabía perfectamente lo que tenía en la mano. La polla erecta de Óscar. No intentó desabrochar su cinturón ni el botón, pero sí bajó la cremallera. El chasquido seco hizo que él se golpeará contra el reposacabezas y reprimiera una exclamación. Por encima del bóxer, comenzó a acariciarlo. Le daba lo mismo el dolor de su muñeca retorcida. La posibilidad, aunque remota, de que alguien los viera en el aparcamiento. Buscó la mirada de Óscar, pero tenía los ojos cerrados con fuerza y la mandíbula en tensión.

—Abre los ojos, grandullón.

Y obedeció. Obedeció porque no tenía voluntad. La mano de Carolina lo manejaba a su antojo. Cada vez que enlentecía el tempo tenía que reprimirse para no suplicar. Más. Más. Más. El cinturón de seguridad le oprimía el pecho y lo desabrochó. Ella lo tomó como una señal.

Ágil como un gato, rápida como una serpiente, se sentó a horcajadas sobre sus muslos. No supo cómo, pero de pronto tuvo sus nalgas en cada una de sus manos y las apretaba, las masajeaba y estrechaba el sexo de Carolina contra su polla aún cubierta por el bóxer. Ella se abrió el vestido, y hundió la cara entre sus pechos. Le dio un mordisco en uno de ellos y ella gritó y lo agarró del pelo. Pero no para apartarlo. Para besarlo. Devoró su boca con ansiedad, con avidez, mientras la fricción de sus cuerpos amenazaba con inflamar el espacio entre el volante y el asiento del conductor.

Forcejeó para quitarle las bragas. La necesidad de penetrarla se transformó en un dolor inmanejable, pero era imposible allí. Apartó la tela a un lado, le abrió el culo e introdujo un dedo en su sexo y otro en su ano y Carolina se corrió a gritos. Él gruñó. Como dos adolescentes, completamente

vestidos, con los cristales empañados, borrachos de placer. Sudorosos. Jadeantes. La humedad de su semen anegando las telas que los separaban al correrse también.

Estaban tentando a la suerte. Había cámaras en el aparcamiento y llevaban demasiado tiempo allí. Carolina notó su incomodidad y volvió al asiento del copiloto con las piernas temblando, el sexo empapado y las bragas enrolladas entre sus glúteos. No perdió tiempo en recomponerse, solo cogió sus cosas y se bajó del coche. Su voz sonó aún atenazada por el deseo y la excitación.

—Estoy aquí para ti.

Mujer fetiche, mujer objeto.

Hacía años que no se fumaba un cigarrillo.

Buscó en el cajón de la cocina donde iban a parar los objetos inclasificables y recuperó la cajetilla ridícula de Cartier que se había dejado su madre. *Light*. Mentolados. De la mitad del diámetro de un pitillo normal.

Suspiró mientras rebuscaba un mechero entre llaves huérfanas, papeles en su momento importantes, cupones que nunca usaría y algún imán roto de su nevera en espera de que alguien lo arreglase. No había, pero encontró una cajita de cerillas de propaganda.

Le costó encender el pitillo, todavía le temblaban las manos.

Se preguntó qué era lo que tenía Óscar para generarle aquel deseo tan descarnado y brutal. Se acercó a la rejilla de la cocina que daba al exterior, culpable porque la propietaria del piso lo había prohibido expresamente, y dio una calada profunda. El humo perfumado y seco inundó su nariz y la garganta. No debería fumar. Sabía muy bien que era propensa a engancharse a ese tipo de placeres de fácil acceso. El café. Los chocolates. Los dulces. Los cigarrillos. Martín.

Óscar no parecía ser de tan fácil acceso.

Dio tres o cuatro caladas más, notando el efecto estimulante de la nicotina, y dejó vagar sus pensamientos sin rumbo fijo. Llevaba una camiseta; se había quitado la ropa pero no las bragas, aún impregnadas de la esencia de Óscar. Soltó una risita. Aunque no sirviese de nada, había valido la pena. La manera en que reaccionaba ante su contacto, como un toro frente a un paño rojo, la excitaba de forma brutal.

El timbrazo cortante del telefonillo la sacó de sus recuerdos cuando ya tenía la otra mano por dentro del encaje y la respiración acelerada. Como una

niña pillada en falta, se recompuso y apretó la colilla contra el fregadero.

Era Óscar.

Una mezcla de emociones la golpeó con el efecto de una onda expansiva. Abrió la puerta sin importarle estar descalza, en bragas y camiseta, y con la boca apestando a cenicero.

—Hola.

—Hola.

—No sabía que fumabas —dijo él, extrañado.

—No fumo. Solo en momentos de desesperación extrema.

Seguro que venía de hacer deporte. Estaba recién duchado y llevaba un pantalón gris de algodón. Los pectorales se dibujaban bajo la camiseta negra. Tragó saliva.

—¿Puedo pasar?

—Sí, sí, perdona. —Se apartó de la entrada unos pasos y cerró la puerta tras ella—. Es que jamás me imaginé que vendrías.

Óscar esbozó una sonrisa torcida y dejó caer sus ojos claros en ella.

—¿En serio te parece tan raro?

—No quiero provocar un enfrentamiento, no después de lo que ha pasado esta tarde entre nosotros, pero... —Carolina vaciló. Se sentía vulnerable ante la fuerza que proyectaba—. Llevas toda la semana muy frío conmigo.

Odió cómo sonaba aquella frase, el reproche velado y la acusación. Parecía una esposa celosa pidiendo cuentas a su marido descarriado y reculó al ver su desconcierto.

—Lo siento, no tengo derecho a pedirte nada.

—Tienes razón.

—¿Cómo?

—¡Tienes razón! Me ha costado mucho venir hasta aquí, ¿sabes? Aún no sé qué pensar de todo esto —dijo con sinceridad. Se pasó una mano por el

pelo y abrió los brazos en un gesto de impotencia—. Pero me vuelves loco. No he dejado ni un minuto de pensar en ti.

—¿Y entonces? —presionó ella, pero bajó la cabeza en un gesto compungido a la vez que alzaba sus ojos verdes llenos de juegos y sensualidad mientras retorció el borde de su camiseta por encima del triángulo negro de sus bragas.

—Me gustaría intentarlo. Si tú quieres —añadió con rapidez, como si temiera haber sido demasiado tajante—. No sé en qué va a acabar todo esto, porque tengo muchas dudas, pero...

Carolina no respondió. Agarró la prenda y se la quitó. Si necesitaba otro aliciente, se lo daría. Deslizó las bragas por los muslos sin ceremonias y las abandonó en el suelo. Le tendió la mano.

—Ven.

Era todo lo que Óscar necesitaba escuchar.

Pasaron la noche enredados el uno en el otro. La naturaleza incierta y efímera de lo que los unía hizo que se entregaran con mayor ardor. Óscar parecía querer decirle algo con la intensidad con que la besaba, la abrazaba, se clavaba en ella. Carolina recibía lo que le daba sin vacilaciones, buscando reafirmarlo, en un intento de acoger esas dudas y reticencias y hacerlas desaparecer a golpe de sudor y piel.

Cuando se desplomó, agotado y jadeante entre sus brazos ya bien entrada la madrugada, Carolina percibió ese dolor que viene por el sufrimiento del otro, por la seguridad de que, llegado el caso, no podría darle lo que él necesitaba.

Y, por primera vez, comprendió de verdad a Martín.

Dejaron que pasara la mañana, perezosa y lenta. Fuera llovía con fuerza y los radiadores burbujearon hirviendo, así que yacían desnudos entre las sábanas revueltas. Abrazados. El silencio no era incómodo, no cuando lo llenaban con caricias y besos. Las manos de Óscar nunca estaban quietas: contaban los resaltes de su espalda, las pecas de su pecho, los lunares en su pierna. Ella se quedaba inmóvil, atenta a las reacciones de su piel. A cuándo con exactitud se transformaban de bienestar a placer. Y de ahí a lujuria.

—¿No tienes entrenamiento hoy?

—A la mierda el entrenamiento —murmuró él, perdido en sus pensamientos y sin dejar de recorrerla, estrechándola contra su costado. Carolina pasó una mano sobre su torso y metió el muslo entre sus piernas. Sonrió al notar el tirón en el pene en descanso de Óscar.

Se arriesgó tras un momento de duda. Necesitaban avanzar y sabía que era ella quien llevaría la iniciativa de su historia. Al menos en lo que a dar pasos se refería. Se incorporó y deslizó el índice por sus labios obscenos.

—¿Hacemos algo el puente? Me gustaría salir de Madrid.

Él despertó solo un poco del sopor que lo acunaba.

—¿Qué puente?

—El puente de la Constitución. Es la semana que viene. Podíamos hacer algo.

Carolina era consciente de que estaba dejando la propuesta de Martín en segundo plano, pero sentía que a su relación con Óscar le hacía falta un poco de abono. Hacerlo ver que, con independencia del tiempo que pasara con otros, el que pasara con él sería en exclusiva de los dos.

—Ah. Sí. No. —En unos pocos segundos pareció acorazarse de nuevo y su voz adormilada se transformó en pura tensión—. Me voy a Bilbao a casa de mis padres. No los veo desde el verano.

Estaba casi segura de que se lo acababa de inventar. Eso le pasaba por querer esforzarse demasiado en vez de dejar que las cosas fluyeran. Pondría todo de su parte, pero no vendería su alma al diablo ni renunciaría a su

libertad por acomodarse a Óscar. Le daría todo el tiempo y el espacio del mundo.

—Qué pena —dijo, y se tendió de nuevo a su lado pero sin abrazarlo—. Había pensado que nos vendría bien pasar un poco de tiempo juntos.

—No sé si estamos juntos. Aún no he decidido nada.

La afirmación fue un latigazo en la boca. Carolina sabía a qué se refería. Estaba rígido a su lado, los brazos pegados al cuerpo y la vista fija en el techo de la habitación. No se giraba y le daba la espalda porque no era un cobarde, pero tampoco era capaz de enfrentarla. Se lo tomó con filosofía, no podía hacer otra cosa.

—¿Y el otro? —Ni siquiera decía su nombre—. ¿No tienes planes con él?

—Algo hay, pero he decidido esperar hasta ver si tú y yo hacíamos algo —dijo Carolina, evitando por todos los medios imprimir reproche o ironía en sus palabras—. Pero si te vas a Bilbao, me gustaría salir de Madrid.

—¿No deberías ir a ver a tu madre?

Carolina soltó una carcajada espontánea ante el tono acusador y se levantó de la cama. Ya estaba bien. Óscar la trataba como si fuera de su propiedad y si había algo que tenía claro era una cosa: ella no era posesión de nadie. Y jamás dejaría de ser libre.

—No, grandullón. Prefiero irme a Marruecos con Martín.

Óscar tragó saliva.

Lo había dicho sin dilación. Sin titubeos. No estaba pidiendo permiso, solo tenía la deferencia de informarlo. En cierto modo lo halagaba el hecho de que hubiese pensado primero en él, quizá su soberbia le había jugado una mala pasada. Claro que había pensado en organizar algo, llevarla otra vez a la montaña, escaparse a Chamonix, o a Zermatt. Enseñarle a esquiar. Pero quería castigarla. Quería que sufriera por ponerlo entre la espada y la pared.

Carolina abrió la persiana y se quedó pensativa mirando hacia el pequeño jardín de la urbanización. Su silueta se perfilaba contra la luz gris de mediodía, el rostro anguloso sereno, el pelo revuelto por el sexo compartido.

La ilusión y el temor se mezclaron en un cóctel con dulce y hiel.

Óscar se levantó y la abrazó por detrás.

—Disfruta. Pásalo bien —dijo finalmente, entendiendo que Carolina haría lo que le diese la real gana. Era él quien tenía que tomar la decisión de permanecer junto a ella o no—. Y piensa un poco en mí.

El beso de ella, entregado, sin reservas, derribó las escamas de su coraza una a una. El mordisco final en su labio inferior lo empujó a cogerla en brazos y devolverla a la cama.

No era más que un idiota.

Casablanca

Nunca había viajado en primera clase. De hecho, había protestado por el despilfarro, pero Martín no había dado su brazo a torcer: pasaba media vida en aviones y se negaba a viajar incómodo.

Él estaba inmerso en números y gráficos incomprensibles. Ella intentó relajarse tras la despedida en el aparcamiento con Óscar.

«—Voy a echarte de menos.

Quiso desviar el momento tenso con bromas.

—Lo sé. CreaTech va a ser un desastre sin mí. No sé cómo vais a sobrevivir.

Pero él no se dejó llevar por su tono distendido. La sujetó con fuerza por los brazos y Carolina se derritió cuando los ojos celestes la abrumaron con ansiedad. Con desconsuelo.

—No, *neskatxa*. Voy a echarte de menos yo. En mi cama, y a mi lado».

No quiso acompañarla a la terminal, no quería ni oír hablar de encontrarse con «el otro», que era como llamaba a Martín. Se despidieron con un beso y un abrazo que mezclaba tensión y ternura.

Carolina buscó en el móvil la palabra en vasco que no sabía qué significaba y que ya se le había escapado más de una vez. *Neskatxa*, pequeña. Ella lo llamaba grandullón. Se le encogió un poco más el estómago pese a los asientos de cuero reclinables, el aroma a café de grano recién hecho y la música ambiental que evocaba aroma a especias.

Martín debió notar su turbación y apretó su mano, agarrotada sobre el reposabrazos.

—Carolina, relájate. Llegaremos en menos de dos horas —dijo, solícito

—. ¿Quieres beber algo?

Ella negó con la cabeza y entrelazó sus dedos con fuerza.

—No es eso. Óscar se ha despedido de mí muy tenso. Me siento un poco culpable —reconoció, bajando la voz—. Ahora que las cosas parecían ir bien, nos separamos. Voy a echarlo de menos. Mucho.

Martín la observó sin decir nada durante unos segundos.

Era cierto que se había sentido desplazado en aquellas semanas. Carolina hacía un esfuerzo para equilibrar las dos relaciones, y le había confesado que necesitaba un poco de tiempo para asentar las cosas con Óscar. Había encajado el golpe con deportividad, y planeó el viaje solo. Dibujó la sombra de una sonrisa, eso significaba que Carolina se llevaría más de una sorpresa. Pero ahora le tocaba a él.

—Tienes que aprender a compartimentar sin negar lo que sientes. Ahora, disfruta conmigo. —Deslizó los dedos en la piel suave y notó que ella se estremecía con el contacto—. Olvídate de Madrid.

Carolina salió del aeropuerto y cerró los ojos, dejando que el aire cálido y especiado acariciase su rostro. No hacían más que veinte grados en la capital magrebí, pero el contraste con el invierno madrileño era brutal. Por fin cielo azul, después del gris eterno.

—Tengo una reunión esta tarde —se disculpó Martín mientras el taxi, amplio y con olor a hojas de tabaco, los llevaba por la costa hacia su destino, el Four Seasons—. Disfruta del hotel y nos encontraremos para cenar.

No lo escuchó. Como una niña pequeña, se bebía el paisaje que mezclaba la arquitectura neoclásica francesa con la cultura árabe, permaneciendo fiel a su herencia. El minarete de la mezquita Hassan II dominaba imponente toda la ciudad pese a los edificios modernos.

—¿Hotel? No —dijo Carolina con una sonrisa—. Me voy a la medina, a recorrer la ciudad. Nos encontramos allí. Buscaré un sitio para cenar.

Martín sonrió. Aunque no pudo evitar la preocupación, en cierto modo se lo esperaba.

La lujosa *suite* del Four Seasons no engatusó a Carolina pese a lo suntuoso del mobiliario, el mosaico de espejos del cuarto de baño con *jacuzzi* y la enorme cama. Solo la piscina rodeada de palmeras y tumbonas con cojines de algodón blanco la hizo dudar.

—Está climatizada en invierno —la tentó Martín.

Pero ella ya estaba armada con un fular en el cuello por si debía cubrirse la cabeza, una chaqueta de lino claro por si refrescaba y la guía bajo el brazo llena de marcas de colores.

—Quizá mañana. ¿Hasta cuándo nos quedamos en Casablanca?

—Mañana nos vamos. —Martín sonrió ante su decepción manifiesta—. Tenemos que ir a Marrakech, tengo otra reunión.

—Con mayor razón. Tengo que aprovechar el día.

Se despidieron con un beso y Carolina le ajustó la corbata y borró las arrugas de la solapa de su americana. No le preguntó sobre la reunión ni sobre la naturaleza del trabajo que lo había traído allí.

Por un momento, Martín echó de menos descargar la preocupación y la tensión con una compañera de vida que compartiera algo más que sexo, pero lo desechó. Jamás volvería teñir de rutina y convivencia sus encuentros. Aunque tuviese que gestionar operaciones tan importantes como aquella él solo.

Después de la catástrofe del proyecto perdido en verano, tuvo que volver los ojos fuera de España. Montar una flota de aviones privados cuando la crisis todavía daba coletazos había sido una jugada ambiciosa pero arriesgada. Su empresa había estado a punto de irse a la quiebra. Estudió durante semanas el mercado, no solo por Sara se había alejado de Carolina, también aquello había tenido la culpa. Qatar, Emiratos, Kuwait y Bahrein le habían ofrecido el capital que España no tenía. Utilizó sus contactos y arriesgó todo con el apoyo reticente de sus socios, pero lo había conseguido. El jeque Khalid al Ayman podía ser solo un segundón dentro del mundo árabe, pero había sido el primero en creer en su proyecto, y de ahí todo salió

rodado. Tenía mucho que agradecerle al *Sheihk*.

Tanto, que se planteaba cambiar su residencia a Abu Dabi.

Cogió su ordenador, sus tarjetas de presentación y se dirigió a la sala de juntas del hotel.

Carolina se sentó en un banco de la plaza de la Comedia y dejó en el suelo las bolsas con sus compras. Se descalzó y frotó con un gemido las plantas doloridas de sus pies. Aún le quedaba recorrer el barrio de Habous, pero la mezquita y la medina vieja la habían atrapado. Los aromas a cuero y especias, los colores de los tejidos y las telas, las joyas de plata, las lámparas de cristal y las voces mezcladas en un galimatías ecléctico la embriagaron y se quedó en sus callejuelas mucho más tiempo del que pensaba.

Conectó el *Roaming*, preguntándose cómo de grande sería la clavada por la itinerancia de datos y vio el *whatsapp* de Martín con una sonrisa.

«Te espero en el restaurante Sqala, a las nueve».

También comprobó que de Óscar no tenía ninguno y suprimió con racionalidad la punzada de dolor. Era ella quien se había ido. Era ella quien tenía que escribirle a él.

«He llegado bien. Casablanca te encantaría. Disfruta de tu casa y tu familia. Te echo de menos. Carol».

Apareció unos largos segundos en línea, y el consabido doble visto. No contestó, y la punzada se reagudizó. ¿El mensaje era demasiado frío? Desconectó los datos y apagó el teléfono. Ella ya había cumplido, y no pensaba angustiarse por algo que podía ser producto de su imaginación.

El restaurante aparecía en la guía, así que consultó en el mapa, recogió con dificultad sus compras y se dirigió hacia allí.

No estaba lejos, y su situación en una antigua fortaleza lo hacía muy fácil de localizar. Las puertas azul cielo destacaban sobre la piedra y sonrió al ver el jardín florido con un murmullo de agua. Martín estaba allí, bebiendo

una copa y leyendo un periódico en francés.

—Eres una caja de sorpresas. No sabía que también hablabas francés.

Lo besó en el cuello y él la retuvo para besarla en los labios.

—Estaba preocupado, son casi las diez —dijo, señalando su reloj de pulsera. Carolina se disculpó con un gesto, ocultó las bolsas bajo la mesa y se sentó frente a él.

—Lo siento, vi tu mensaje hace poco. La medina me tenía atrapada. Es una ciudad maravillosa.

—He pedido por los dos, tajine de pollo y dulces árabes —dijo con un gesto de disculpa. Carolina le quitó importancia.

—No te preocupes. La carta está en francés y en árabe, no sabría por dónde empezar.

—¿Qué has comprado? —preguntó Martín con curiosidad.

Carolina fue mostrándole sus tesoros encima de la pequeña mesa cubierta de azulejos. Los vasos y la tetera de cristal de colores con detalles dorados. La lámpara de latón labrado. Unas babuchas bordadas en rosa y turquesa. Una chilaba ligera para usar en la piscina.

—Y no he comprado una alfombra estilo turco porque no podía con ella —dijo riendo mientras guardaba todo.

—¿Qué tiene ese paquete?

Ella sonrió, enigmática, pero no dijo nada. Martín insistió un par de veces, pero la llegada del tajine los distrajo y se lanzaron al pollo con curry y otras especias, con hambre. Los dulces estaban sabrosos y el azúcar era intenso y penetrante. Martín regó todo con vino francés, pero Carolina prefirió té.

—¿Segura? Este es todo el alcohol que vamos a probar —advirtió él, ofreciéndole la copa—. En el hotel no se permite la venta de alcohol.

—No. No me apetece. Tengo mucha sed y la sacio mejor con el té.

Ya en el taxi, Martín susurró en su oído.

—Tengo algo para ti en la habitación. Hace mucho que no vistes un

modelo especial para mí y espero que te guste —dijo con tono conspirador. Carolina notó cómo se erizaba su piel—. Te he echado de menos.

Aquella afirmación suavizó las aristas de su relación. Era extravagante, ardiente y a la vez fría, pero sobre todo era sincera.

La habitación del hotel los recibió con un ambiente sofocante y Carolina encendió el aire acondicionado mientras Martín dejaba sus compras en uno de los amplios sofás. Se sentó en otro y aflojó la corbata con un suspiro cansado, sin quitarle los ojos de encima. Ella ralentizó los movimientos mientras se desnudaba.

—¿Ha ido bien la reunión?

No le había preguntado nada durante la cena.

—Ha ido bien. Solo he hecho algunos contactos, pero por algo se empieza. Mañana. —Se detuvo unos segundos al ver cómo caía la tela del vestido en torno a las caderas femeninas—. Mañana será igual, pero en Marrakech. Tenemos que salir temprano. He alquilado un coche.

—¿Cuántas horas de viaje son?

Martín tragó saliva y ella dibujó una sonrisa suave en sus labios. Entraban en ese humor lánguido en el que empezaba a construirse el deseo y comenzaba a despertar la excitación.

—Son unas tres horas. ¿Necesitas ayuda con eso?

Caminó hasta él y se volvió para que desabrochara el *bustier*. En tonos turquesa y con un encaje abigarrado, destacaba con fuerza sobre el blanco de su piel invernal. Carolina cerró los ojos y se estremeció cuando Martín la besó justo debajo de la oreja y trazó una línea con la lengua desde el lóbulo hasta el final del hombro. Pero no sucumbió.

—Gracias —murmuró con la voz ronca cuando la prenda cayó al suelo ante ella.

No se movió. Martín deslizaba ahora el *culotte* de satén y encaje, aún algo áspero al ser nuevo, por sus piernas y hasta los pies. Soltó una carcajada jadeante cuando él la agarró de un tobillo y lamió la planta de uno de sus pies.

—Me vendría bien un masaje —continuó, apoyada en sus hombros en equilibrio mientras Martín continuaba adorando la parte de su anatomía que más lo fascinaba—. Tengo los pies hechos polvo de caminar con sandalias por la ciudad.

—Hecho.

—Te espero en la bañera.

Carolina caminó hacia el cuarto de baño. Tenía tres áreas separadas, y la tina de un *jacuzzi* sobre una plataforma elevada presidía aquel extremo de la *suite*. Pasó la mano por las teselas de tonos grises, blancos y plateados de las paredes mientras se llenaba con agua y sales de lavanda. Cuando se hundió en la espuma, exhaló un gemido hondo de placer. Martín se sentó en el borde de la bañera, sin camisa, y reclamó uno de sus pies.

—¿Qué tienes que hacer en Marrakech?

Martín no contestó. En vez de eso, aplicó los pulgares en un lugar de sus plantas que resonaba con fuerza en el interior de su sexo.

—¿Has llamado a Óscar?

La sensualidad acumulada por el agua caliente y el masaje se desvaneció y retiró sus pies de entre las manos de Martín. La reprimenda en su mirada no le sentó nada bien, pero tenía razón. Debió hacerlo en cuanto aterrizaron en Marruecos.

—No.

—Llámallo, Carolina. —Se levantó y cogió su móvil, que estaba cargando encima de la mesilla. Se lo tendió con una expresión autoritaria en su rostro—. Parece mentira que te lo tenga que decir yo.

Se alejó para darle intimidad y ella soltó una retahíla de palabrotas en voz baja. Óscar no atendió a la llamada y la sensación punzante de angustia volvió. Tuvo que conformarse con el premio de consolación de un *whatsapp* solitario.

«También te echo de menos. ¿Cuándo vas a volver?».

Marrakech

Tres horas de autopista con peaje y coches europeos de gran cilindrada bastaron para hacerla olvidar que estaban en continente africano. Tres minutos en Marrakech se lo recordaron sin contemplaciones. Un caos de motos y bicicletas que serpenteaban sin respetar norma alguna de tráfico hicieron que Carolina aparcara en un arcén, bajo los bocinazos e imprecaciones en árabe y en francés del resto de conductores.

—Te lo dije —rio Martín tras acomodarse tras el volante—. Es una ciudad maravillosa, pero no apta para conductores civilizados.

Le perdonó la condescendencia. Sin tener que preocuparse por atropellar a algún transeúnte o chocar con otro vehículo, pudo disfrutar del paisaje a sus anchas. Marrakech la recibía con tonos ocres, cafés y rojizos que contrastaban con los blancos, azules y grises de Casablanca y ofrecían un deleite a los sentidos más misterioso y mágico.

—¿En qué hotel nos quedamos?

Martín negó con la cabeza.

—Nada de hoteles. Aquí empieza la desconexión de verdad.

Una puerta de madera tachonada con clavos de hierro fundido flanqueaba la entrada del *riad*, enclavada en una construcción no muy grande de terracota. Carolina se detuvo ante la belleza del jardín interior, con la vegetación intercalada con fuentes y telas diáfnas de colores que se mecían con la brisa. Martín la empujó con gentileza y susurró al oído.

—Ayer me dejaste con las ganas y te lo perdono, pero hoy no pienso dejarte escapar.

Carolina humedeció sus labios mientras se bebía cada detalle arquitectónico y de diseño: los arcos de medio punto, los arabescos y lacerías

de las paredes, las hornacinas que encerraban objetos misteriosos de vidrio soplado, de colores y metal.

La habitación era pequeña, recogida, pero infinitamente más cálida que la del hotel de lujo. Carolina se tendió en la cama con dosel y suspiró. A lo lejos se escuchaba la llamada a orar del muecín, transportándola en un trance con su canto repetitivo en la luz naranja y magenta del atardecer. La hora del Maghrib.

Sonrió al sentir el calor de Martín a su lado, pero no abrió los ojos. Ni siquiera cuando comenzó a desnudarla con parsimonia. Cada roce de la ropa erizaba su piel, y era consciente de cuándo sus dedos la tocaban. Desnuda, se estiró sobre el cobertor y se pegó al cuerpo masculino a su lado.

—Qué pereza.

—Te entiendo, es difícil escapar al hechizo de la ciudad.

La cubrió de besos húmedos sin tocarla, pequeños roces con sus labios y su lengua.

—Necesito que me toques —exigió ella, con la desazón habitual de no obtener lo que anhelaba. Él solo rio en voz baja mientras seguía con su adoración particular.

Cuando se alejó de ella, los círculos de saliva sobre la piel se enfriaron y comenzó una protesta, pero una sensación muy distinta la hizo abrir los ojos de golpe y dar un respingo.

—¡Qué frío! —exclamó al notar el peso de unas cadenas finas de las que pendían miles de cuentas de cristal sobre los pechos.

—Espero que entre tú y yo solucionemos eso. Ven. Levanta —dijo Martín, y tiró de sus muñecas—. Déjame que te ayude.

Carolina acarició, fascinada, la prenda. Nunca había vestido algo así. Martín ciñó las cadenillas doradas en torno a su cuello y su cintura, y ondas de pequeñas cuentas de cristal se distribuyeron sobre sus pechos, su abdomen y sus caderas. Eran frías, pesadas, y producían un tintineo al moverse que la indujo a levantarse de la cama y danzar.

Cimbreó su cuerpo al ritmo de una música antigua, exótica, erótica.

Acarició los relieves de sus pechos bajo la mirada embelesada de Martín. Bailó para él con movimientos inocentes, solo para ver, con una sonrisa de niña pequeña, a los cristales generar puntos de colores sobre la pared en penumbra, pero al advertir la lujuria en ojos de Martín sus movimientos ganaron en sensualidad. Él, sobre la cama, se masturbaba con calma sin perder detalle.

—¿Dónde vas?

—Me había olvidado de algo que compré para ti —dijo Carolina, huyendo de su mano extendida.

Trajinó en su equipaje hasta dar con el paquete misterioso. Martín se incorporó sobre los codos para disfrutar del encuadre del sexo femenino entre plateado y cristal mientras Carolina se agachaba para abrocharse unas tobilleras.

—¿Te gustan?

Se acercó hacia él de puntillas. Unas piezas de plata bruñida, con una filigrana y cascabeles que descendían sobre su empeine y decoraban sus pies. No eran iguales, una lo cubría casi por completo de campanillas; la otra, más sencilla, ascendía desde el dedo medio hacia el tobillo en una línea fina.

Martín se arrodilló en el suelo, hipnotizado por la visión de su fetiche en un modo que nunca había experimentado. Carolina lo empujó del hombro, forzándolo a tenderse en el suelo.

—Ya veo que te gustan. Alto y claro.

Paseó la planta por la erección, y la pisó contra el abdomen cincelado en granito de Martín. Adoraba someterlo así, sin ningún esfuerzo. Sabía que obtendría cualquier cosa que quisiera de él. Se contoneó, haciendo brillar las cuentas de cristal con el sonido rítmico de llevarlo al límite. De empujarlo al precipicio. De utilizar aquello que sabía que era infalible y lo hacía comer de su mano.

—Carolina, más —pidió con voz ronca, al borde del clímax.

Ella sonrió, perversa.

—No. Ahora me toca a mí.

Se arrodilló a horcajadas sobre él y se empaló en su pene. Martín jadeó y se retorció ante su fiereza y ella soltó una carcajada. Se movió para darse placer, y el metal y las cuentas de cristal se clavaron en su piel, generando sensaciones nuevas. Sujetó el orgasmo y abrazó a Martín para aumentar la sensación. El repiqueteo se mezclaba con los jadeos y las risas. Valía la pena. Cada experiencia hacía crecer su amor extraño hacia él. Pese a las carencias emocionales y afectivas. Porque habían aprendido a amarse tal y como eran. Sin doblez.

—Prométeme que ahora sí que nos quedaremos unos días —dijo Carolina a la mañana siguiente, reacia a abandonar el *riad*—. No puedo creer que ni siquiera hayamos visitado la medina.

—No te enfades. —Martín la aplacó con una caricia en el muslo—. Este ha sido un viaje relámpago, vendremos con más calma la próxima vez. Además, te recuerdo que fuiste tú la que quiso quedarse para disfrutar de la habitación.

Carolina se echó a reír, renunciando a pelear. Era cierto. Después de desincrustarse las cuentas de cristal de diversas partes del cuerpo entre risas, se dieron un baño en la pequeña piscina climatizada. Cenaron en la azotea un menú fusión de comida francesa y marroquí, y se dieron el gusto de beber un par de *gintonic* al raso. La sensación de desconexión se acentuaba con cada minuto y se vio incapaz de amontonar ganas de discutir.

Recorrieron los ochocientos kilómetros hasta Esmara turnándose al volante, con la buena música de Aretha Franklin y el rock de los ochenta que le gustaba a Carolina. También se turnaron para dormir. Hablaron poco, el paisaje los tenía subyugados. Casi sin darse cuenta, se vieron envueltos por la dureza del Sáhara Occidental. Áspero. Desolado. Y, sin embargo, no exento de una belleza salvaje. Carolina saludó con la mano a los pocos transeúntes con los que se cruzaron, impasibles. Tan solo un grupo de mujeres respondió, envueltas en telas de colores vivos y alhajadas con tocados de plata y piedras.

—Seguramente una boda —dijo Martín al verlas, sonrientes y

emocionadas.

Carolina se quedó con ganas de hablar con ellas, felicitar a la novia, tomar un té. Aquel viaje la estaba dejando con sed de muchas cosas.

El Shehik

El palacete apareció de la nada, oculto entre la arena del mismo tono de sus murallas y las palmeras. Carolina abrió los ojos y se pegó al cristal del coche. Pese al aire acondicionado, el sol picaba a través de la ventana.

—El dueño es amigo mío. Empezó siendo un cliente, y ahora compartimos muchas cosas —dijo Martín. Algo en su tono de voz hizo que ella se volviera a estudiarlo, intrigada. Se diría que quería ir con precaución, escogiendo cada palabra y Carolina lo escuchó, atenta—. Entre ellas, algunas de mis... extravagancias. Recuerda, no tienes que hacer nada que no quieras, pero estoy segura de que Khalid será de tu agrado.

La excitación se mezcló con cierta aprensión cuando cruzaron el umbral de piedra, flanqueado por dos hombres vestidos de militares y que portaban sendas metralletas. Carolina se aferró al brazo de Martín en un gesto inconsciente.

—No te preocupes, es más una muestra de fuerza que otra cosa. Recuerda que estamos en una cultura distinta —susurró, mientras caminaban por una explanada en la que, contra todo pronóstico, florecía un exuberante jardín—. Te recomiendo que te mantengas en un segundo plano y que tengas un poco de paciencia. Una vez que Khalid nos reciba, disfrutaremos de más libertad.

Martín intercambió unas palabras en francés con lo que parecía un conserje y entraron en el edificio guiados por él.

El frescor del interior se agradecía, la claridad se colaba por unas contraventanas talladas con filigranas que dejaban pasar la luz del sol. Las paredes eran de azulejos de colores vivos, verdes, azules y morados. Unos

jarrones de considerable tamaño adornaban cada rincón. Caminaron por un pasillo que a Carolina se le antojó interminable, mientras seguían al hombre vestido de blanco y que cubría su cabeza con un turbante de color añil. Recordaba vagamente haber leído en la guía que aquel era el color de los tuareg.

El sol la deslumbró por unos segundos y se protegió los ojos con las manos al salir a un amplio patio interior. El aroma picante y dulzón de la bosta de los caballos la hizo arrugar la nariz. Un hombre, vestido de pantalón de montar y botas altas de equitación, pero con una chilaba y un turbante, daba cuerda a un magnífico ejemplar de pura raza árabe azabache en un pequeño picadero. Fascinada por la imagen, Carolina quiso acercarse, pero Martín la detuvo de un brazo.

—Tenemos que dejar los móviles y las cámaras aquí, ellos nos los guardarán.

—¿Cómo? —Carolina se volvió, suspicaz—. ¿Por qué?

Advirtió el ruego velado en la mirada de Martín, y abrió su bolso, reacia. El hombre lo cogió de sus manos, no con brusquedad pero sí con firmeza, y lo registró con dedos ágiles. Carolina abrió la boca, entre la sorpresa y la indignación, cuando extrajo su móvil y su pequeña cámara digital, y los dejó sobre una bandeja que portaba otro hombre, aparecido como por arte de magia. Hicieron una inclinación de cabeza, seca, y se alejaron con rapidez. Ella todavía no salía de su asombro.

—Pero ¿qué coño significa esto? —balbuceó, furiosa.

—Carolina, te lo pido por favor. No es nada que se salga de lo habitual en estos casos.

—¿Dónde demonios me has traído? ¡Esto parece una cédula de Al Qaeda, o algo así!

—¡Carolina, por favor! —siseó Martín, y apretó su brazo con más fuerza—. No es nada de eso, pero Khalid al Ayman es un jeque importante, y tiene que protegerse. Te aseguro que en sus actividades no hay nada reprochable, y que es un hombre muy razonable y más occidental de lo que puedas creer. —Carolina aflojó sus músculos y asintió, se estaba comportando como una niña pequeña—. Pero esta es su casa y hay que

cumplir sus reglas.

—No he llamado a Óscar para decirle que hemos llegado a Esmara, ni lo he avisado de que estaré tres días incomunicada.

—No te preocupes, algo haremos. Mira, Khalid viene hacia aquí.

Un hombre no demasiado alto, fibroso y enjuto, se acercó con la cuerda de algodón enrollada en una mano mientras con la otra sostenía hacia el suelo una tralla negra. Tras él, el semental árabe bufaba, nervioso.

Carolina volvía los ojos a uno y a otro. Ambos transmitían fuerza y poder. Los dos se movían con elegancia. Pero no dudaba de cuál era el más peligroso. Los ojos ambarinos de Khalid destilaban autoridad. Se despojó del turbante y su rostro, con la piel morena levemente teñida de azul, la hechizó. Llevaba el pelo corto, espeso y rizado. Sonrió con unos labios carnosos y déspotas, y su nariz aguileña equilibraba de manera perfecta el conjunto. Carolina correspondió a su sonrisa, pero apartó los ojos. Incómoda por su escrutinio, se dedicó a estudiar al animal.

—Es un ejemplar especial —dijo Khalid, en un perfecto español, pero con fuerte acento—. Desciende de los mejores sementales de línea egipcia y es el padre de todo mi harén. ¿Quieres acariciarlo?

Carolina asintió, dándole tan solo unos segundos al pensamiento de que ni siquiera se habían presentado. Pero tenía la sensación de que sabía sin género de dudas quién era ella y por qué estaba allí.

Se acercó, despacio, pero el caballo pareció intuir su vacilación y se apartó. Las orejas puntiagudas se irguieron en alerta, y los ojos negros y expresivos mostraron el blanco en pura furia.

—No debes dudar —dijo Khalid. Aferró su mano y la posó sobre el cuello del caballo con firmeza—. Así como ejerzas tu superioridad sobre la bestia, la bestia se rendirá a ti.

Carolina enfrentó la mirada enigmática del hombre y se preguntó si seguían hablando de caballos. El aroma intenso del sudor, la piel de finísimo terciopelo que vibró con su contacto y el ondular de los músculos por debajo la intrigaron. Perdió el miedo y lo acarició, siguiendo la línea de las crines hacia el cuello.

—¿Quieres montar? Es muy manso.

Carolina no lo pensó. Aferró con la mano izquierda el mechón más largo de la cruz y pisó con sus babuchas el asidero que le ofreció Khalid, con sus manos entrelazadas. El calzado ligero cayó al suelo y, descalza, rodeó con sus piernas el tórax del animal. Regaló a Khalid y a Martín una amplia sonrisa de triunfo.

—Me siento como una niña pequeña —dijo, aferrada a las crines y apretando las rodillas. Martín la observaba en silencio, con los labios curvados en una sonrisa algo tensa.

Khalid se echó a reír con un cloqueo.

—Allez, allez!

Carolina dio un respingo cuando el caballo se tensó entre sus piernas y partió al galope. Se inclinó hacia adelante, asustada, pero poco a poco fue haciéndose a la cadencia rítmica de su carrera. El paso elástico la hacía volar en círculos en torno a Khalid y quiso que aquella cuerda que sostenía se soltase, y lanzarse a una carrera sin riendas, sin sillar, sin ataduras, por el desierto. Experimentó una embriagadora sensación de libertad.

Un silbido cortante la sacó de su ensoñación. El animal ralentizó su paso en una transición imperceptible, y se acercó hasta su dueño con un relincho grave y sonoro. Carolina se bajó, sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

—*Shukram*, Khalid —dijo, con una de las pocas palabras que conocía en árabe. Palmeó el cuello y rascó la testuz del semental—. ¿Cómo se llama? Me gustaría darle un poco de azúcar.

—Su nombre en los papeles es demasiado largo para recordarlo. Yo lo llamo Amarok. Lobo. —El hombre volvió a regalarle aquella risa pícaro y le tendió unos terrones de azúcar morena que el caballo recibió con entusiasmo.

—Sin duda, es una mujer especial —dijo, volviéndose hacia Martín—. Vamos, mis invitados. Estaréis cansados del viaje. Yo mismo os acompañaré a las habitaciones reservadas para vosotros.

Carolina se estiró sobre la cama, algo aburrida. No quería descansar. Después de la adrenalina de la carrera, y de la maravilla de descubrir el lugar donde pasarían aquellos tres días, Martín se marchó a una reunión. Cómo no.

Se paseó por la alcoba, deslizando la mano por los cortinajes que cubrían las ventanas de arco de herradura y por las teselas de los mosaicos de la pared. No había más adornos que las telas y los pequeños azulejos, salvo una colección de diminutos espejos y otra de lámparas de colores en un rincón de la habitación. Necesitaba salir del encierro y se aventuró fuera del lugar acondicionado para ellos.

Salió al amplio corredor y se asomó a la balconada que rodeaba un pequeño oasis central. A la derecha, una puerta. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Exasperada, recorrió el pasillo en sentido contrario. Unas cortinas blancas y vaporosas ocultaban aquella ala del corredor. Iba a flanquearlas, cuando otro hombre vestido de militar interceptó su paso.

—No te entiendo —dijo Carolina negando con la cabeza, al ver que el hombre hablaba en francés.

—*Non* —replicó el hombre, enfático.

—Solo quiero bajar al jardín. —Comenzaba a notar la rebelión alzarse en su interior, aquel palacio era deslumbrante, pero sentía ojos que la vigilaban en cada rincón y todo aquel secretismo la inducía a la paranoia—. *Le jardín, le jardín!*

—Carolina Bauer, yo te acompañaré al jardín.

Se volvió, sorprendida de ver a Khalid atravesar las cortinas blancas hacia ella. Quizá eran sus habitaciones privadas y se sonrojó por su torpeza.

—Perdona, solo quería bajar. Me siento un poco encerrada aquí.

Él volvió a reír y le ofreció el brazo. La guio en sentido opuesto hacia una escalera y bajaron por fin al pequeño jardín del patio central. Una pérgola de hierro forjado oculta por la vegetación, los esperaba con una mesa y tres sillas.

—¿Y Martín? —preguntó sin sentarse en la silla que Khalid apartó para ella.

—Está cerrando algunos negocios de los que prefiero mantenerme al margen —dijo él, sin soltar el respaldo, paciente—. ¿Me acompañarías a tomar el té?

Acabó por sentarse, ¿qué otra cosa podía hacer? Mientras terminaban de acomodarse, apareció una mujer con un uniforme que podría haber sido el de cualquier hotel occidental, pero con la cabeza y el cuello cubiertos por una sencilla *hiyab*. Tomó la tetera de la bandeja, pero Khalid la interrumpió, despachándola con un gesto y sirvió él mismo el té.

—Vaya. No pensé que un hombre árabe serviría a una mujer. Y menos un jeque.

La rebeldía de Carolina salió de su boca sin filtro y se mordió los labios, temiendo haber dicho demasiado. Pero Khalid rio, sin darle importancia. Era risueño y alegre, las líneas de expresión de sus ojos delataban la amabilidad de su carácter pese al aura autoritaria que irradiaba.

—¿Eso te ha contado mi buen amigo Martín? Solo soy un tuareg con un poco de suerte. —Se encogió de hombros y abrió el precioso azucarero azul con dibujos dorados—. Un jeque menor, en comparación con mis primos lejanos.

—Para mí, solo. Por favor —dijo Carolina, y cubrió la taza con sus dedos.

—Debes tomarlo con azúcar, y has de tomarlo fuerte. Fuerte como el amor. —Carolina sorbió de la taza y se lamió los labios. El té era muy intenso—. La segunda es para mí, la tomaré amarga, casi sin azúcar, porque así es la vida. Así reza la tradición.

—¿Esa es para Martín? —preguntó, curiosa, al ver que echaba azúcar en una tercera taza.

—No, bella amiga. Es para Alá. —Puso tres cucharadas de azúcar y revolvió—. Y lo prepararé dulce. Dulce como la muerte.

—¿La muerte es dulce? ¿No lo es más la vida? —Carolina hizo un gesto con la mano que abarcaba la belleza del jardín y de la noche que caía,

fragante y tibia.

—La muerte nos lleva a los brazos de Alá. Es solo una parada de un único camino.

—¿Una parada, o el destino final?

Khalid volvió a reír.

—¡Ah, vosotros, los occidentales! Tanto apego por lo material os ancla a este mundo, sin saber que lo que te hace grande es mirar siempre hacia Alá.

—¿Eres muy religioso, Khalid? —Carolina no podía parar de hacerle preguntas, nunca había tenido la oportunidad de hablar abiertamente con un musulmán.

—No. Esa es la verdad. Intento regir mi vida por los preceptos sagrados del Corán, pero soy imperfecto —dijo con sinceridad—. La religión es importante en mi vida, como lo es para cualquier musulmán, pero el ritmo de la vida te arrastra y no siempre eres fuerte para no dejarte llevar. Espero que a mi muerte, cuando me pregunten por mi camino, sea tan válido como cualquiera para llegar hasta Alá.

Conversaron hasta bien entrada la noche. Khalid pidió para ella un manto y lo extendió sobre su espalda para protegerla del frío; acabaron con el té, los *baklawa*, *chebbakia*, *maskina* y *mahmul*, y otros dulces de nombres tan misteriosos como los paquetitos que encerraban explosiones de sabor.

—Descansa, bella amiga —dijo Khalid, con una inclinación de la cabeza, cuando la dejó frente a la puerta de sus habitaciones ya de madrugada—. Espero que esta pequeña charla haya cambiado tu primera impresión de mí.

Martín dormía sobre la cama y se tendió a su lado, sin ánimo de despertarlo. Tenía demasiado en qué pensar y percibía una sensualidad soterrada bajo su piel. Sabía que estaba llena de prejuicios por culpa de su desconocimiento, pero Khalid había entreabierto una puerta y no iba a quedarse en el quicio. En cuanto llegara a Madrid se pondría a estudiar.

El sari

El sábado transcurrió a una velocidad vertiginosa. Después de un desayuno tardío, Carolina y Martín visitaron la pequeña ciudad de Esmara y recorrieron a caballo un trecho del desierto para visitar los grabados rupestres sobre piedras.

—¿No veremos a Khalid hoy? —preguntó, decepcionada, cuando se subieron de nuevo al todoterreno para volver. Solo lo habían saludado brevemente antes de marchar y se había disculpado por no pasar el día con ellos por tener que resolver algunos asuntos.

—Lo veremos esta noche, tiene preparado algo muy especial. Me preguntaba... —Martín se detuvo unos segundos y Carolina esbozó una media sonrisa. Llevaba esperando aquello desde que llegaron a la ciudad—, me preguntaba si querrías vestir una prenda para nosotros.

—¿Qué prenda? ¿Lencería?

—No exactamente, es un sari —dijo Martín. Continuó con su explicación al ver su rostro interrogante—. Una prenda que se usa en la intimidad, de un algodón muy fino y delicado. Pero ¿no prefieres esperar a verlo por ti misma?

Carolina se recostó sobre el asiento del copiloto. ¿Quería hacerlo? No estaba segura. Khalid le generaba un morbo inesperado y se mostraba educado y cortés. Y Martín estaría allí. Pero había algo que la retenía.

—Prefiero no decidirlo ahora, iré viendo sobre la marcha.

—¿Qué ocurre, Carolina? Ya sabes que no tienes que hacer nada que no quieras, pero normalmente no eres tan reticente —dijo Martín, preocupado.

—No lo sé. No es por nada en concreto.

—¿Es por Óscar?

Se volvió hacia él, boquiabierta. Era exactamente por eso, y no lo supo hasta que Martín lo dijo en voz alta. Y en cuanto lo racionalizó unos segundos, decidió que era una soberana tontería.

—En cierto modo, sí. Que estupidez, ¿no? —dijo riendo.

—No lo es. Para nada —respondió, serio. Se enfocó en conducir durante unos minutos y retomó la conversación—. Pero te diré algo: no dejes que ni él ni nadie coarte tu libertad.

Carolina asintió, pensativa. No se dio cuenta de que habían seguido un camino distinto de vuelta hasta que llegaron a la jaima. Un pequeño campamento se advertía unos pocos de cientos de metros más lejos.

Cuando entraron a la tienda, Khalid estaba allí. Recostado de lado sobre unos enormes almohadones en el suelo cubierto de alfombras, junto a un fuego en una chimenea de hierro, leía un libro. Alzó la mirada y Carolina supo, mientras el tañido de un laúd y el sonido de unos timbales trazaban una melodía desconocida, que lo haría. Que lo tendría entre sus piernas. A él y a Martín.

Pero no había prisa.

—Sentaos conmigo, compartid estos dátiles y un té —dijo Khalid, con una seña para que se acercaran y se tendieran junto a él sobre los cojines.

—La visita a los grabados ha sido espectacular, gracias por la recomendación —dijo Martín.

—El paseo a caballo ha sido precioso, aunque he echado de menos a Amarok —añadió Carolina—. Es una pena que no hayamos podido sacar alguna foto.

Relataron los pormenores de la excursión y pasaron del té al vino francés. Carolina se levantó para estirar las piernas. Tras un par de copas, se atrevió a preguntar.

—Un vino delicioso, pero pensé que estaba prohibido en el islam.

—Piensas bien —dijo riendo Khalid, y levantó la copa con el líquido de tonos granates del magnífico Château Mont-Redon—. Pero ya te dije que

soy un devoto muy imperfecto. Solo espero que Alá se apiade de mí. Y que mi familia nunca se entere.

Carolina negó con la cabeza. En la jaima solo estaban ellos, y las dos artistas que tocaban el laúd y los pequeños tambores y cascabeles. Entendió que Khalid, al igual que Martín y ella, solo buscaba ser fiel a sí mismo y disfrutar de su libertad. Al ver el *niqab* que cubría a las mujeres que tocaban, sin prestarles atención, dio gracias al universo por la posibilidad de ser libre.

—Me gustaría probar ese sari —dijo, notando cómo el vino calentaba sus entrañas y aceleraba la sangre en sus venas—. ¿Puedo ponérmelo aquí?

Khalid hizo un gesto, la música cesó y las mujeres salieron presurosas de la jaima. El silencio molestó a Carolina.

—Quiero música.

—Tendrás música, bella amiga. Tienes todo lo que precisas aquí.

Khalid le tendió una bolsa de tela con abalorios de plata, y se alejó un poco de ellos para examinar su contenido. Una prenda vaporosa, de un algodón tan fino que resultaba casi transparente pese a su color coral, era la más importante. Además, había un cinturón dorado y trenzado. Una música parecida a la que tocaban las mujeres que se habían marchado invadió la jaima y apartó un poco la frialdad del ambiente. Martín sirvió otra copa de vino y aquello terminó por disiparla del todo.

—¿Queréis que me desnude frente a vosotros? —Carolina sonrió con perversidad. Ya sabía la respuesta.

—Bella Carolina, ven, acércate más —dijo Khalid. Martín no abrió la boca, pero la lujuria de su mirada era suficiente para ella.

Se quitó primero los vaqueros y luego la blusa. Regodeándose en las miradas atentas de los hombres, alzó el sari por encima de su cabeza y quedó frente a ellos en bragas y *bustier*. Se ahuecó la melena y decidió beber unos sorbos de vino. Seducía. Se movía por la jaima ajena a la impaciencia de Martín y la inmovilidad observadora de Khalid. La prenda la cubriría hasta los pies. Se la puso y les dio la espalda mientras ataba el cinturón en torno a sus caderas.

—¿No te quitas la ropa interior? —preguntó Martín con voz ronca.

—Me la quito, pero no me dejaré ver —dijo Carolina con una sonrisa traviesa. Desabrochó su *bustier* sin tirantes y se lo lanzó a Khalid. Se quitó las bragas e hizo lo mismo con ellas hacia Martín. La tela del sari era tan delicada que marcaba sus pezones a la perfección, y delimitaba el triángulo de vello de su pubis sin dejar demasiado a la imaginación, pero leía las ganas de los hombres de despojarla de aquella absurda barrera. Se tendió junto a ellos de nuevo, muy cerca, pero ninguno la tocó. Carolina rememoró aquellos primeros encuentros en que se daban placer con tan solo mirarse y masturbarse el uno frente al otro. El factor añadido de un tercero lo hacía aún mejor.

—¿Quieres más dátiles, Carolina? —ofreció Khalid, tendiendo en plato de peltre hacia ella.

Los dos llevaban unas chilabas cortas sobre unos pantalones de algodón. Se fijó, juguetona, en que el relieve de sus penes era más que evidente bajo la tela. Se preguntó si sería aquel su estado de máxima excitación, y jugó un poco con ellos.

—Puede ser —dijo; tomó el plato de sus manos y cogió un fruto entre los dedos—, ¿y tú?

Khalid asintió sin apartar la mirada de ella, Carolina acercó el fruto a su boca y se lo dio. Después acarició los labios y la poblada barba. Cuando las manos de Khalid viajaron hacia ella, escapó con una finta, entre risas.

—Y tú, Martín. ¿Quieres un dátil?

—Sí, claro. Pero no los quiero así. Quiero que los endulces para mí.

Al principio Carolina frunció el ceño, sin entender. Y entonces recordó los mirabeles que no sabían a nada y que ella se había encargado de endulzar en aquella cena de juegos improvisados. Riendo, llevó un fruto entre sus piernas y lo hundió en su sexo. Después se lo dio de comer y selló su boca con un beso lascivo. Khalid soltó una retahíla en árabe, sorprendido, y Martín y Carolina se echaron a reír con complicidad.

Repitió la operación varias veces. Estaba muy excitada, y ahora veía que las pollas de ambos hombres pulsaban bajo el pantalón.

—¿Quieres probar tú, Khalid? —ofreció Carolina, volviéndose hacia

él.

—Sí, bella Carolina. Quiero probar esa *delicatessen*. Jamás pensé que unos dátiles lograrían sorprenderme de ese modo —dijo él, alzando las cejas en un gesto de incredulidad.

Ella escogió el fruto más grande y lustroso del plato, y los sostuvo con cuatro dedos de sus manos. Se masturbó con él, paseando la carne del dátil por todo su sexo. Se esmeró en empaparlo entre sus pliegues mientras su respiración crecía en intensidad. El clítoris salió de su gruta y cada roce la enardecía más y más. Se acercó a Khalid y le dio el fruto. Él cerró los ojos en deleite ante la mezcla salada y dulce en su lengua.

—*Shukram*, Carolina —dijo, formal.

Pero ella soltó una risotada. No quería un agradecimiento. Le dio la espalda y retrocedió hasta sentir la erección bajo su trasero. Él la sostuvo de la cintura, pero Carolina le cogió las manos y las llevó hasta sus pechos.

—Estás precipitando las cosas. Es mejor esperar un poco más, retrasar el momento del placer.

Miró a Martín sin poder evitar una sonrisa, él había dicho exactamente lo mismo en infinidad de ocasiones. Pero no quería esperar. Una vez que Khalid continuó los masajes sobre sus pechos a través de la tela del sari, estiró un brazo hacia atrás para atrapar su nuca y lo besó. Exigente, experta, demandando su boca y su lengua. Después estiró la mano para reclamar a Martín, que se acercó para besarla también. Pero no la tocó. Poco a poco se marginó del juego para que ella disfrutara con Khalid.

El árabe la desnudó por fin, dejando el sari abierto por delante pero aún sobre sus hombros, y dejó caer sobre ella el aceite de una de las velas que ardía en torno a ellos.

—Es sándalo —reconoció Carolina.

—Fue con Khalid que aprendí de estas artes —dijo Martín, acercándose de nuevo.

Martín se posicionó entre sus piernas, Khalid seguía a su espalda. Disfrutó del masaje a cuatro manos, que no dejó ni un milímetro de su cuerpo sin recorrer. Ella tampoco se privó de tocarlos y hundir sus dedos en los

recovecos de ambos hombres.

—Necesito que me folléis —dijo con la voz ronca, y retorciéndose de placer—. Y quiero que lo hagáis los dos.

Khalid se echó a reír de esa manera musical y suave que resonaba en el centro de su sexo.

—No, bella. No permito que mi sable se cruce con otro sable.

Martín se apartó, dejándole el campo libre a su amigo con una sonrisa.

—Esta vez, yo solo quiero mirar.

—No lo entendéis —dijo Carolina, agresiva—. Quiero que me la metáis los dos. Una polla no es suficiente para mí en este momento.

No pudo ocultar su decepción cuando los dos hombres discutieron algo y Khalid, con una sonrisa perversa, ofreció una alternativa. Alcanzó una caja negra y la abrió ante ella. Un lujoso dildo de metal dorado, de considerable tamaño, brilló ante ella.

—Me parece perfecto —dijo Carolina.

Khalid continuó con el masaje un poco más. Sus dedos se hundían en su coño y en su ano y tenía un modo suave y a la vez intenso de tocar. Carolina se preguntó si cada hombre de este mundo sería del todo diferente, y se entregó al placer desconocido que aquellas manos le brindaron. No estaba mal dotado, nada mal, pensó al verlo por fin desnudo. Gateó sobre él cuando se tendió sobre las alfombras de la jaima y, tras ponerle un condón, se dejó caer mientras soltaba una carcajada. Alzó las manos, en puro delirio, mientras clavaba los ojos en Martín, masturbándose al ritmo en que ella subía y bajaba en torno a la erección férrea de Khalid. El árabe agarró sus pechos sin contemplaciones, se irguió para llegar a ellos con la boca y los lamió, succionó y mordió con fruición. Carolina se corrió con violencia y comprobó, entre jadeos, que él controlaba su excitación. Quiso forzarlo al clímax constriñéndolo en su interior, intensificó el cimbreo de sus caderas, pero él la sujetó con fuerza, con un gruñido de protesta.

—¿No olvidas algo, bella niña? ¿Acaso no querías colmarte por completo? —Y le mostró el dildo.

Carolina abrió la boca para chuparlo y lubricarlo con su saliva, pero sabía que no era necesario. Estaba húmeda, empapada alrededor de Khalid. Se inclinó para besarle y notó las manos masculinas separarle las nalgas sin contemplaciones, y dio un grito de placer incontenible cuando hundió el dildo en su ano. Lo movió con pericia, con firmeza, generando en ella la sensación de plenitud y de un placer que la sofocó desde dentro. Khalid empujaba el dildo dentro y fuera de su culo, mientras ella hacía entrar su pene dentro y fuera al mismo vaivén. Se apretó los pezones, sollozó con el azote de un nuevo orgasmo y cayó desplomada sobre él. Los estertores del clímax de ambos se unieron al gruñido familiar de Martín, alcanzando el orgasmo también.

Carolina se acurrucó sobre el pecho fibroso y cubierto de vello de Khalid, agradeciendo su abrazo. Con una sonrisa perenne, se dejó arropar sobre los almohadones; con un último quejido al percibir el dildo y el pene ya cansado salir de su cuerpo, se abandonó a dormir.

Despedidas

Khalid llegó tarde a desayunar. Estaban bajo un pequeño porche improvisado en la entrada de la jaima y daban cuenta del café y los dulces, comentando entre susurros y risas las jugadas de la noche anterior.

—¿Quieres un café? —dijo Carolina, y se apartó para que se sentara junto a ellos.

Martín sirvió una taza mientras su amigo le daba un beso breve a Carolina en los labios y ponía en sus manos una caja negra que le resultó familiar. Dejó escapar un gemido al abrirla y ver el dildo bañado en oro.

—No puedo aceptarlo, Khalid. ¡Es un objeto muy valioso!

Él rio, con aquella risa cálida, profunda y generosa. Carolina jamás olvidaría su carácter risueño, su alegría de vivir.

—Tú me regalas tu placer, tu deseo, tu miel y tu cuerpo, y no eres capaz de aceptar un simple obsequio.

—¡No es un simple obsequio! —protestó de nuevo.

—No ofendas mis hospitalidad, bella amiga. Por favor, quédatelo. Y acuérdate, a mí y al desierto, cuando lo uses.

Ella terminó por ceder. Sacó el dildo y se lo llevó a los labios y lo besó, sosteniendo su mirada. Después lo chupó con delicadeza. Khalid soltó una carcajada y dio una palmada en el hombro a Martín.

—Amigo mío, eres afortunado. —Apuró el café de pie, sin acompañarlos—. Debo marcharme, yo también tengo que coger un avión. Buen retorno a ambos, *'arak qariba!*

Sin duda, había sido un viaje que Carolina no olvidaría jamás.

Cuando llegaron a Madrid, se despidieron con un beso apresurado. Martín debía ir a buscar a Sara a casa de su madre y llegaba ya un poco tarde. Carolina estaba agotada por el viaje y ansiosa porque cuando conectó el teléfono en la wifi del aeropuerto de Casablanca, los mensajes de Óscar la llenaron de preocupación.

«¿Estás ahí? No sé nada de ti».

«Me voy a Londres el fin de semana. A ver si así me aclaro».

«Estoy preocupado, espero que vaya todo bien».

«Tres días y ni una palabra».

Y el último, unas pocas horas atrás.

«Te echo tanto de menos, que me duele».

«En cuanto llegues, llama. Tenemos que hablar».

Una angustia desconocida se instaló con fuerza en su pecho. Necesitaba verlo, saber que todo iba bien, decirle lo mucho que lo había echado de menos. Llamó a Óscar un par de veces mientras iba en el cercano camino hacia Las Tablas. Las dos cortó la comunicación. A los pocos segundos recibió otro *whatsapp*.

«Me acerco a la cafetería que está en el bajo de tu edificio, nos vemos allí en una hora».

Carolina no quiso interpretar que no quisiera ir a su casa, mejor esperar a lo que él tuviera que decir. Llegó ella primero, era domingo y era tarde, la cafetería estaba vacía. Cuando Óscar entró, lo vio ella varios segundos antes de que él descubriera dónde estaba. Todo su cuerpo se envaró en estado de alerta, los labios cosquillearon, sus pezones se tornaron más sensibles, el

puñetazo en su sexo la pilló desprevenida. No fue capaz de esperar. Corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—Estás aquí, por fin —murmuró, con la voz atenazada por una emoción que no sabía que sentía—. No sabes lo que te he echado de menos, joder.

Se estrelló contra una muralla de hielo. Óscar se desasíó de su abrazo, apartándola sin demasiadas contemplaciones.

—Vamos fuera.

Carolina lo siguió, extrañada. En su interior comenzaba a comprender que algo no iba bien, pero se sacudió la sensación y volvió a abordarlo por la espalda.

—Te he echado de menos —repitió, aferrándose a su cintura.

Él se dio la vuelta y la sujetó por los hombros. Mantuvo los brazos estirados para guardar las distancias.

—Yo también. Casi me vuelvo loco. —Carolina suspiró con alivio y estiró las manos de nuevo hacia él—. Pero no te confundas. Esto no va a seguir.

Lo miró con extrañeza, las palabras no terminaban de calar en ella.

—¿Cómo?

—Casi me vuelvo loco de los celos. De la mera idea de saber que te tocaba, te besaba, de que follabas con él —dijo apretando los dientes con rabia. Carolina se encogió ante su animadversión—. Tus *whatsapps* eran fríos, cortantes. Tus llamadas..., bueno. Inexistentes.

—¡Estaba en mitad del desierto! ¡No pude llamarte! —Era consciente de que decía una verdad a medias, y recordó la regañina de Martín cuando se enteró de su dejadez.

—Cuando desapareciste me planteé coger un avión e ir a buscarte. Así de loco —siguió Óscar, mordaz—. En vez de eso me fui a Londres. Necesitaba pensar.

—¡Bien! Bien. Es bueno alejarse de todo. —Carolina intentaba consolarlo a cualquier precio—. Poner distancia.

Él volvió a sorprenderla con una carcajada cáustica que la quemó como ácido en la piel.

—Me follé todo lo que se me puso a tiro. Fui al Anticristo. Me lo monté con una y luego con dos a la vez. —Carolina lo encajó con deportividad, aunque le dolió más de lo que estaba dispuesta a aceptar—. ¡Nunca había hecho algo así!

—Está bien. ¡Está bien, Óscar! —Respiró hondo, racionalizó la información e intentó pensar en ella junto a Martín y a Khalid—. Necesitabas experimentar, saber si eras capaz de hacerlo. Te entiendo, sé lo que se sienten...

—¡No tienes ni puta idea! —rugió Óscar, la zarandeo por los hombros y luego la soltó—. Lo hice por despecho, porque me corroían los celos, porque él te tenía y yo no. ¡Y no puedo! No puedo, Carolina. —Se alejó de ella unos pasos, con los hombros hundidos, la cabeza gacha. Se volvió con una expresión de derrota en el rostro—. No sirvo para esto. O lo dejas a él, o me voy yo.

Pasaron unos segundos eternos.

—No voy a dejar a Martín.

La frase cristalizó entre ellos y dejó calar la realidad: aquello se acababa allí. En la acera, con la caída de la noche, con el vaho helado saliendo de sus bocas mientras respiraban. Él se rehízo con rapidez.

—Vale. Vale. Me lo esperaba. —Carolina casi pudo ver cómo se revestía de aquella coraza de frialdad y eficiencia que utilizaba en el trabajo—. No te preocupes, todo esto no repercutirá en la oficina. Solo te pido que, salvo que sea algo urgente, ahora trates con Ainara. Así será más fácil para los dos.

Lo miró en silencio. Hacía muchos años que no sentía su pecho desgarrarse, dejar caer su corazón contra el suelo y romperse en mil pedazos de frío cristal. Pero ahora no era una adolescente enamoradiza que temía quedarse sola y perder al príncipe azul. Sabía el precio que tendría que pagar si renunciaba ahora: Óscar quizá permaneciera a su lado, pero ella perdería su libertad, la oportunidad de ser feliz, de ser consecuente, de permanecer fiel a sí misma.

Se perdonó todos sus errores y se reconcilió consigo misma. También perdonó a Martín por su egoísmo y su frialdad. Y, sobre todo, perdonó a Óscar. Sus ojos se anegaron en lágrimas, pero alzó la barbilla, desafiante. Destrozada, compuso los pedazos lo suficiente para replicarle con tan solo un temblor leve en la voz.

—Que tengas mucha suerte, Óscar.

Blanca Navidad

—¿Estás segura de que vas a estar bien?

Martín la abrazó frente al control de maletas una última vez.

—Estoy bien.

—Puedo decirle a Sara que al menos se quede con Sarita en Reyes, ¿quieres que lo intente?

—Martín, ya has hecho demasiado. Tienes que pasar las Navidades con tu hija, yo me las arreglaré —dijo Carolina mientras colocaba la bufanda de lana en torno a su cuello. Aún duraba la resaca de aquellas dos semanas infernales, pero ahora ir a Oviedo se le antojaba una bendición. Aunque tuviera que pasar unos días con su madre—. Me pondré morada de moscovitas, iré de compras con Sonia, visitaré la tumba de mi padre y realinearé los *chakras* para el nuevo año.

—¿Has sabido algo del otro?

Sonrió de medio lado. Le hacía mucha gracia que los dos se llamasen entre ellos «el otro». Negó con la cabeza con suavidad.

—Nos cruzamos en la oficina de vez en cuando. Nada más.

—Sé que es duro. —La abrazó con fuerza y Carolina no pudo evitar las lágrimas que afloraban cada vez que sus frágiles defensas se desmoronaban, cosa que ocurría siempre que Martín sacaba el tema.

Era el único con el que se había permitido mostrarse vulnerable. Su madre no sabía nada, Sonia no la entendía y la amistad que había fraguado con Ainara se había resentido mucho porque, como era lógico, cerró filas con Óscar. Silvia no le daba importancia, pero al menos había ido con ella de compras, la había hecho gastarse una absurda cantidad de dinero en lencería,

zapatos y vibradores y, lo más importante de todo, la había hecho reír. Pero no le parecía justo que fuera precisamente Martín quien recompusiera sus pedazos cada vez que se derrumbaba. Él también necesitaba descansar de ella, se merecía unas Navidades tranquilas, disfrutar con su familia, y olvidarse un poco de su debacle emocional.

Oviedo era precioso cuando nevaba. Aquella mañana de Navidad se levantó envuelta en un jersey grueso que no se ponía hacía años y preparó el café. Se dejó llevar por la nostalgia al ver el *apfelstrudel* cubierto por el paño de cocina sobre la encimera.

—¿Echas en falta a tu padre?

Su madre entró en la cocina con el kimono de seda que utilizaba de bata y los rulos puestos bajo un pañuelo. Sonrió ante la imagen familiar. Pasaba ya los cincuenta, pero seguía siendo muy coqueta. Hasta sus zapatillas de andar por casa tenían un pequeño tacón.

—Muchísimo, mamá. Cada día. *Frohe Weihnachten!*

Se abrazaron y Carolina sacó el regalo que tenía para ella, un completísimo maletín de maquillaje de Sephora que su madre acogió con entusiasmo. Ella recibió una cajita de seda gastada que abrió con intriga.

—Ya es hora de que los tengas. Son los pendientes de brillantes que tu padre me regaló cuando naciste. Quiero que sean tuyos. —Su voz tembló y se abrazaron con fuerza—. A él le hubiera gustado verte con ellos.

Llevaron flores a su tumba, cubierta de nieve, y tomaron un chocolate con moscovitas a la vuelta en el Rialto. Al volver, Carolina tocó en su honor la *Nocturna Opus 9 número 2* de Chopin en el piano, que no sonaba desde hacía años. Después de tanto tiempo, se reconciliaba por fin con su madre. Iba quemando etapas, dejaba atrás viejos rencores. Entraba en la madurez.

Su madre insistió e insistió para que fuera a alguna fiesta en Nochevieja y se dejó enredar con Sonia para ir a una cena con baile en el

Reconquista. Todo Oviedo iba a estar allí.

—Estás espectacular —dijo su amiga, entusiasmada—. Cuando César te vea, se dará cuenta de que la arpía con la que está no te llega ni a la suela de los zapatos.

—¿César está con alguien? —preguntó con curiosidad, sin ápice de rencor o dolor.

—Sí. Y parece que es serio. Pero, ya te digo. No es nada especial.

Carolina comprobó que, en realidad, la chica era preciosa. Debía tener unos veinticinco años y un rostro angelical. César la llevaba del brazo como si fuera un tesoro y ella parecía orgullosa de acompañarlo. Se acercó a saludar.

—Hola, César, feliz año. Te veo bien.

Él se volvió, sorprendido de verla allí. Intercambiaron un saludo algo estirado, pero su novia era dulce y amable y se encontró a gusto, alegrándose de corazón por él.

—¿Tú estás con alguien?

—Algo así —dijo entre risas. Cesar asintió. Parecía comprender. Eran como el día y la noche, y en su fuero interno agradeció que él hubiese dado el paso para romper.

Tomaron las uvas y el champán, y se quedaron al cotillón, pero Carolina se encontró mirando el reloj de manera repetitiva y Sonia se acercó a ella con los abrigos en la mano.

Ya en su apartamento, viendo la televisión y tomando la última copa en pijama, Sonia la abordó.

—¿Has sabido algo de Óscar?

Suspiró. Empezaba a estar un poco harta de la pregunta.

—No, Soni. No sé nada. Y te agradecería que no me preguntaras más por él.

—Es una pena que no haya fraguado. Es guapísimo —dijo con un gemido mientras cotilleaba las fotos de su móvil. Carolina se lo arrebató con

una protesta—. Tengo que confesarte que lo entiendo —añadió tras unos segundos sin decir nada.

Carolina la miró con atención.

—¿Qué quieres decir?

—Debe ser difícil, ¿no? Compartir a alguien. Saber que cuando no está contigo, está con otra. O con otras. —Marcó la ese final con intención—. Yo me moriría. ¿Tú no?

—¿Qué más da lo que haga cuando no está conmigo? ¿Qué diferencia hay entre que lo pase con otra o se dedique al balonmano?

—Hombre, Carolina. Es muy diferente.

—Pues a mí no me lo parece —replicó, categórica—. El espacio personal es eso, personal. Tu pareja no debería meterse en lo que haces ni con quién.

Sonia la miró con horror y Carolina alzó los ojos con sorpresa.

—De verdad, Carol, no eres de este mundo. Menos mal que te has ido a Madrid.

—¿Tan rara te parezco?

—Rara, no —matizó su amiga, y la señaló con un índice acusador—. Marciana. Alienígena. Que no eres de este mundo, nena. Que la gente lo que busca es tratar de sobrevivir en una relación más o menos decente, ¿y tú quieres hacer malabarismos con dos?

Año nuevo, vida nueva

Martín esperó a que la oficina estuviese vacía y entró en el edificio. Sabía que Carolina tenía vacaciones hasta después de Reyes, pero Óscar ya estaría allí. Se cruzó con una mujer que sonrió con amabilidad tras un carrito con productos de limpieza.

—¿El despacho del jefe? —No recordaba su apellido.

—El del fondo del pasillo, no tiene pérdida. El único que no tiene la puerta de cristal.

Martín recorrió el corredor con curiosidad. Echó un vistazo a la pequeña oficina de Carolina, identificable por una bonita placa en la puerta.

«Óscar Gorostiza».

Llamó y esperó.

—Pase.

Entró y se topó con unos ojos celestes que lo miraban con cierta sorpresa. Era un hombre guapo, podía entender el encoñamiento de Carolina. Mentón marcado, pelo rubio oscuro y una boca decidida. Le gustó.

—Buenas tardes. Casi noches. No esperaba a nadie más hoy —dijo, y se levantó de la butaca tras el escritorio.

—Siento abordarte así. ¿Tienes tiempo para un café o una caña?

La expresión de su rostro se transformó en un caleidoscopio de desconcierto, comprensión y enojo. Tuvo que reconocer que había sido bastante rápido en identificarlo. Su pecho pareció ensancharse, las venas de su cuello adquirieron una proporción preocupante y, aparte de que tenía unas manazas, calculó que sus bíceps doblaban en musculatura a los suyos, pero enfrentó su mirada de igual a igual.

—Tienes muchos huevos presentándote aquí en mi oficina, Martín.
Él ignoró el tono agresivo e hizo un gesto pacificador con la mano.

—Perdona la encerrona, pero quiero que hablemos.

Óscar lo estudio durante unos segundos y asintió. Cogió una cazadora y le hizo un gesto hacia la puerta.

—Vale. Pero no aquí. Necesito salir, llevo todo el día encerrado

Lo siguió en silencio hasta un *pub* en el bajo del edificio y se sentaron en una mesa apartada. Sonaba *Green eyes*, de Coldplay. Tenía que ser una broma.

—Antes de que nada, me gustaría que tuvieses mi contacto.

Óscar aceptó la tarjeta, reacio. Martín Guerrero. La chispa de un recuerdo destelló en su cerebro.

—Tú eres el ingeniero que ayudó a Carolina con el proyecto de la viña.

—Sí. Fue un placer ayudarla. Y estaré allí cada vez que me lo pida o que yo vea que lo necesita.

Óscar alzó las cejas y se encogió de hombros.

—¿Y eso a qué viene?

—Quiero que tengas claro que Carolina me importa mucho. Que es un privilegio formar parte de su vida. —Martín se inclinó hacia adelante e imprimió toda la fuerza que pudo reunir a sus palabras—. A mi modo, la quiero. Pero no voy a casarme con ella. Ni siquiera a tener una relación al uso.

—Sí, sí. Rollito liberal y pareja abierta —dijo Óscar con un tono burlón que disminuyó considerablemente su paciencia—. Ya me lo ha contado. ¿Y qué?

Martín se tomó unos segundos para estudiarlo antes de contestar. Parecía un tipo inteligente. Tenía que serlo, Carolina había hablado de su genialidad. Y, sin embargo, no se daba cuenta de lo obvio.

—Óscar, Carolina está enamorada de ti —soltó en un solo mazazo—. Y, a la vez, vive una etapa de descubrimiento y experimentación muy intensa.

Y está confundida. Pero sí tengo claro que está enganchada contigo. Hasta las trancas.

Óscar parpadeó, perplejo.

—Y, entonces, ¿por qué necesita estar contigo? No lo entiendo.

—Personas como Carolina no pueden ser cerradas en sus afectos. Su capacidad de entrega es infinita —explicó Martín con paciencia—. Como contrapartida, necesitan que alguien iguale esa entrega. ¿Eres tú capaz de llenarla en todo lo que merece? —Esperó unos segundos a que contestara, pero él permaneció en un silencio obstinado, con cara de no entender del todo lo que escuchaba. Martín acabó por soltar la tensión en una risotada—. Porque tengo clarísimo que yo no. Soy un maniático que prefiere dormir solo, que pasa las noches trabajando y los días medio dormido. Estoy divorciado y le he cogido una tirria atroz a todo lo que huelga a vida en pareja —enumeró con una resignación que no trató ni por un momento de esconder—. Y no voy a cambiar. Es más, no quiero cambiar. Ni por Carolina, ni por nadie.

Óscar escuchaba con el ceño fruncido y expresión tozuda, pero sus ojos claros comenzaron a brillar.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Carolina te ha escogido para que nutras su afecto, su enorme necesidad de piel. De mimos, de conversaciones después de hacer el amor, de compartir un café por la mañana. —Ignoró el relámpago de dolor que cruzó el rostro de Óscar al escucharlo—. ¿Y tú la rechazas porque folla conmigo o con otros?

Óscar titubeó ante su risotada despectiva. Martín ya se había dado cuenta de que medía con precisión cada palabra, que no abría la boca sin estar muy seguro de lo que iba a decir. Esperó sin presionarlo, dándole tiempo sin invadir.

—No es tan fácil. Me cuesta manejar los celos y digerir que necesite algo que no pueda darle yo.

—¡Venga ya, Óscar! ¿Me vas a decir que pesa más tu puto ego que perder a una mujer como ella?

Martín comenzaba a tirar la toalla. Aquel hombre era demasiado terco.

Negó con la cabeza y se recostó en la silla, agotado. Retuvo al camarero con una seña cuando pasó junto a ellos. Nada de café.

—Un *whisky*, por favor.

—Que sean dos —se apresuró a añadir Óscar.

Pasaron un par de minutos en que ambos se midieron con la mirada mientras daban sorbos pequeños a sus vasos. Óscar fue el primero en claudicar. Apartó los ojos azules y los fijó en el líquido, sin moverse, con todo el aspecto de que su cabeza iba a estallar en cualquier momento.

—Todo esto es nuevo para mí —murmuró. Martín casi pensó que lo había imaginado cuando lo vio dar un trago largo a su vaso—. Y mi problema es que yo también estoy bastante colgado de Carolina. No quiero pasarlo mal.

Martín asintió. Despacio. Por fin comenzaban a poner las cartas sobre la mesa.

—Lo único que necesitáis es comunicación, confianza y compersión. —De pronto, se sintió viejo. Viejo y muy cansado—. ¿Sabes lo difícil que es llegar a sentir lo que vosotros estáis sintiendo? Encontrar el amor en estos tiempos es un puto milagro —dijo con una amargura que provocó un gesto de extrañeza en Óscar—. Te lo digo yo, que soy un cínico redomado con un divorcio a mis espaldas y más fracasos en pareja de lo que es decente aceptar. ¿Prefieres perder la oportunidad de vivirlo a salir de tu zona de confort?

El otro apartó los ojos y rehuyó contestar. Martín se rindió. Ahora ya no estaba en sus manos. Apuró las últimas gotas de *whisky* y pidió la cuenta.

Óscar seguía en aquel silencio inmóvil mientras el camarero volvía a la mesa y solo reaccionó para sacar su cartera al momento de pagar. Martín lo detuvo.

—Espero al menos haberte dado algo en lo que pensar.

Dulce febrero

—No puedo creer que haya vuelto con esa perra después de todo lo que le hizo —dijo Ainara sin esconder el resentimiento al ver pasar ante el despacho de Carolina a la ex de Óscar. Últimamente se dejaba ver mucho por allí—. Aunque creo que las cosas no van bien, ayer tuvieron una pelea. Los gritos de Lidia se escuchaban hasta en la zona común.

—Te agradecería mucho, muchísimo, que no me hablastes de Óscar —respondió Carolina.

Aunque ya no escocía como antes, seguía siendo difícil trabajar con él. Y la aparición de Lidia aquellas últimas semanas había reavivado un poco la historia. Sobre todo porque Ainara no dejaba de hablar de él.

—No lo sé con exactitud, este cabrón no me cuenta nada porque sabe que hablo contigo otra vez. —Le dio un golpe en el hombro y Carolina soltó un gemido exasperado. Acababa de estropear el boceto en el que llevaba trabajando toda la mañana—. ¿Por qué no haces algo? Aún no es tarde.

—No fuimos capaces de acercar posiciones hace dos meses ni lo vamos a conseguir ahora, Ainara.

—Eres demasiado terca.

—¿Y él?

Su amiga no contestó.

Además, no podía pensar en eso ahora. El plazo del proyecto de *D&E* había pasado hacía semanas y no terminaba de cuajar. Carolina era experta en metodología Waldorf, Montessori y cualquier innovación en enseñanza infantil. Llevaba meses machacando a la pobre Sonia, que era profesora de primaria. Pero por algún motivo que no alcanzaba a entender, la chispa no terminaba de surgir. En cuarenta y ocho horas tenían la reunión final con el

cliente y no había nada. Hasta ahora habían sobrevivido gracias al encanto de Óscar y al humo que les había vendido ella en forma de dibujos coloridos y entusiasmo. Pero ya no iba a colar.

Llegó a casa agotada, y llamó a Martín. Los gritos y las risas de Sara, y el ruido de fondo de una televisión con los dibujos animados a un volumen alto la hicieron sonreír.

—¿Cómo estás? Sé que estás con Sara, pero me apetecía escuchar tu voz.

—¿Es tu amiga Carolina? ¿Es ella? ¡Hola, Carolina! —Se escuchó por detrás la voz infantil de la niña.

—Dale un beso de mi parte —dijo con una sonrisa. Se había disipado su mal humor.

—Lo haré. ¿Qué tal en la oficina?

—Fatal —se quejó sin culpa. Habían abierto la puerta a las confidencias y pequeñas miserias del trabajo, y lo cierto era que los dos lo agradecían—. Tengo el maldito proyecto de *Diviértete&Estudia* atragantado y no sé por dónde tirar. Tú que eres padre, ¿se te ocurre algo bueno, bonito, barato y, sobre todo, innovador con ese concepto?

—Joder, Carolina. —Martín pensaba al otro lado de la línea—. Pues no tengo ni idea, pero el referente en todo esto son los países escandinavos. Finlandia, sobre todo, ¿no?

Suspiró. Estaba en lo cierto.

—Es verdad, pero no quería caer en lo fácil, ellos son los reyes de la innovación educativa.

—Pero si te inspiras en ello, seguro que sale algo bueno —sugirió él.

—Tienes razón, quizá no le he dado el suficiente valor al material que tengo. —Sujetó el móvil entre el hombro y la oreja y abrió el portátil a toda velocidad. Abrió una carpeta con información y repasó las imágenes. ¿Por qué no lo había estudiado con más detalle? Por pura vanidad.

—Carolina, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona. Creo que tu sugerencia me va a ayudar muchísimo.

¿Nos vemos este *finde*?

—Llevo a Sara a casa de su madre el viernes y paso a buscarte a la oficina.

—Hecho. Te llamo mañana y te cuento si quedamos en ridículo.

Se quedó hasta bien entrada la madrugada revisando vídeos sobre trabajo cooperativo, construir sinergias en el aprendizaje, clases con amplios sillones y espacios abiertos. Cuando se metió en la cama no podía dormir. Destellos fugaces de lo que había visto se cruzaban en su cabeza. Y luego soñó con ello. Cuando despertó eran las cinco de la mañana y lo tenía vívido y claro en su cabeza. Tenía doce horas para hacer una presentación. Trazó los primeros bocetos en la mesa de su casa, pero necesitaba la de la oficina.

Se dio una ducha rápida, cogió los dibujos y se marchó a CreaTech.

Óscar apartó la vista del ordenador y se frotó los ojos con saña. Los cerró hasta ver chiribitas de colores y movió el cuello a un lado y al otro. Llevaba toda la noche trabajando en la presentación de *D&E*. Tenía el logo diseñado por Carolina, algunos de sus diseños de mobiliario que habían gustado mucho a los clientes, y aquellos primeros dibujos psicodélicos que había descartado en un inicio pero que empezaba a ver cada vez con mejores ojos. Porque no tenían nada más que ofrecer.

Se tumbó en el sofá de su despacho y lanzó de manera rítmica la pelota de balonmano al aire, en ese automatismo que había adquirido desde el colegio y que lo ayudaba a pensar. El cliente había hecho un primer pago muy sustancioso, y la paciencia se le había agotado. Tenían que llevar algo. Y tenía que ser bueno.

Cuando aceptó el trabajo no sabía en lo que se estaba metiendo. El plazo de un mes le pareció más que razonable y se habían colocado en tres.

La noche en blanco le pasaba factura, estaba claro. Se echó a reír, ahora tenía alucinaciones. Tenía tanta necesidad de cafeína que hasta deliraba con el aroma del café recién hecho. Siguió lanzando la pelota unas cuantas veces más en un intento de concentrarse, pero el olor llegaba cada vez más fuerte

hasta él. Se detuvo y todos sus sentidos se pusieron alerta. Tenía que ser alguien de la oficina. ¿O no?

Cuando abrió la puerta de cristal de la sala de juntas pensó en que, definitivamente, necesitaba dormir. Alucinaba. Allí no había nadie. Pero la cafetera burbujeaba con café recién hecho y la apagó.

—Hola, Óscar —escuchó tras él. Se volvió con un sobresalto.

—¡Joder, Carolina! —exclamó con alivio—. Qué susto me has dado.

Se llevó una mano al corazón y se apoyó en la encimera.

Carolina se mordió el labio con gesto anhelante. Estaba muy guapo, con el pelo revuelto y el rostro sin afeitar. La camiseta blanca de manga larga y los vaqueros estaban algo arrugados.

—¿Has pasado la noche aquí?

Óscar cogió dos tazas y se puso a servir el café.

—Estoy desesperado —dijo, y le alargó una a Carolina—. No tengo ni idea de qué decirles a los del proyecto de los niños.

—Yo tengo algo. Y creo que te va a gustar.

Carolina sonrió ante la perspectiva de pasar un rato a solas con él. Durante aquellos dos meses se habían evitado. Aunque las últimas semanas el dolor había desaparecido, quedaba todavía la nostalgia por aquello que pudo haber sido y no fue.

—Vamos a mi despacho, coge tu taza.

Se sentó en su mesa de diseño y le mostró las decenas de bocetos coloridos y limpios con los que llevaba trabajando desde las seis. Ya eran las nueve y el resto de los compañeros comenzaba a llegar con caras de sueño y al ralentí.

—A ver qué te parecen. He cogido el modelo de enseñanza finlandés para inspirarme en los espacios. Ellos creen en el trabajo cooperativo y en un ambiente que fomente el autoaprendizaje —dijo Carolina, entusiasmada. Óscar cogió los dibujos y se acercó al ventanal para verlos bajo la luz natural de la mañana—. Mezclan zonas de descanso con las de estudio y las de juego de un modo armónico. Eso es una pared con un pequeño rocódromo. Eso es

un tobogán —explicó cuando Óscar giró las imágenes con cara de interrogación.

Se reclinó en la silla y abrazó la taza de café con las manos. Sabía que no le gustaba que lo interrumpieran cuando valoraba un diseño, y esperó su veredicto. Reprimió las ganas de apartarle el pelo del rostro, de alisar con el pulgar su ceño fruncido, de besar aquella sonrisa que se ensanchaba a medida que pasaba los bocetos.

Óscar alzó la mirada con reverencia.

—Carolina, esto es bueno, muy bueno. Y me has dado ideas para trabajar a mí con la parte de arquitectura. ¿Crees que podemos montarlo para las cinco?

—Por supuesto.

Trabajaron codo con codo, sin descanso. Las tazas de café vacías llenaban la mesa junto a papeles y lápices. Ainara preparaba el PowerPoint a medida que tenía las imágenes, que Carolina orquestó poniendo a todo el equipo de diseñadores a trabajar. A las cuatro y media todos estaban hechos un manojo de nervios.

Óscar los reunió en la sala de juntas.

—Habéis trabajado de puta madre. Si esto sale adelante, CreaTech llevará su nombre por toda Europa en las franquicias de *D&E*. —Carolina y Ainara sonrieron con complicidad, lo habían bordado—. Carolina me acompañará en la presentación del proyecto, se lo ha ganado. Mañana os contaré el resultado de la reunión.

—Date una ducha en el gimnasio de abajo, estás horrible —dijo Ainara tras darle un abrazo antes de marcharse.

—¿No te quedas? —preguntó Óscar.

—Estoy cagada. Prefiero esperar en casa.

Carolina se arregló en los servicios de la oficina. Ya llevaba unos cuantos proyectos con la empresa, pero Óscar le ponía tanta pasión a todo

que parecía siempre el primero, el de mayor importancia, el que les generaba más ilusión. Se encargó de recibir al equipo de *D&E* y acomodarlos en la sala de juntas. También les ofreció un café. Comenzaba a lanzar miradas preocupadas hacia afuera cuando Óscar llegó tan solo unos minutos después de las cinco, trajeado e impecable. Sin rastro de la barba de dos días y con el pelo recogido hacia atrás. Tan solo una palidez cetrina delataba su cansancio.

Hizo una presentación magistral. Dejó que Carolina explicara su parte sin interrupciones, y estudió a sus clientes, que no dejaban lugar a dudas que estaban impresionados. Después del sí, llegó el momento de cerrar los detalles. Carolina negoció de forma magistral un suplemento por incluir un estudio de cada país en el que se implementara la idea y adoptar detalles de su idiosincrasia en el diseño, ofreciendo una experiencia más personalizada.

Cuando se marcharon, casi tres horas más tarde, Óscar se dejó caer en una butaca de la sala. Estaba derrengado. No podía más.

—Eres increíble, Carolina. —Ella solo sonrió. También estaba agotada—. Formamos un equipo cojonudo.

—Es cierto —murmuró.

—¿Cómo se te ha ocurrido todo esto?

—Martín me recordó Finlandia y me puse a revisar el material. Al final, son los que están a la cabeza en educación e innovación. Y pensé en un espacio grande y dinámico. Las mesas poligonales, de distintas formas y colores, las sillas que permitieran el movimiento. He leído que los niños hiperactivos se benefician de sillas que no sean estáticas y...

Carolina hablaba y hablaba, pero él se había quedado clavado en aquel primer nombre. Martín. ¿Cuántas noches se había quedado en vela dándole vueltas a aquella maldita conversación?

—La idea del rocódromo y del tobogán les ha chiflado, es el espíritu de lo que quieren hacer. También los espacios de descanso junto a los de juego y estudio, aunque hay que darle una vuelta a eso.

Óscar veía desde atrás sus labios moverse cuando se volvía para decirle algo. Aquella boca que lo volvía loco. Que era sucia y tierna en el sexo, aguda y dulce en la conversación. Había tratado de que funcionase con Lidia,

pero ella misma se dio cuenta de que no estaba con ella, que estaba muy lejos. No duraron ni dos semanas. Cortaron. Porque lo cierto era que, por mucho que la evitara y que intentase esconderlo, Carolina seguía bajo su piel.

—Óscar, ¿me estás escuchando? Me parece buenísimo que Ainara haya incluido los iPad y las pizarras digitales, va a ser una idea brutal.

—Cómo te echo de menos, joder.

Lo soltó a bocajarro, sin filtro. Carolina se envaró sobre la silla que estaba sentada, pero no se volvió. Se inclinó, cerró los ojos e inhaló el aroma que emanaba de su cuello y su melena corta.

—Supongo que sabes que Martín vino a hablar conmigo después de que rompimos.

Carolina cerró los ojos al sentir el aliento en su cuello mientras hablaba y asintió de manera casi imperceptible, tiesa como una estaca y sin atreverse a mover ni un solo músculo.

—Algo me dijo —susurró.

—Tuve que buscar en Google qué coño era eso de la «compersión». Lo opuesto a los celos. ¡Ja!

Ella soltó una risita nerviosa. Compersión: estado empático de felicidad y deleite cuando otra persona experimenta felicidad y deleite. Por ejemplo, lo que sienten los padres por los logros de sus hijos. O lo que siente el miembro de una pareja cuando el otro tiene una relación fuera de dicha pareja. También tuvo que buscarlo en su día.

Cerró los ojos al sentir el índice de Óscar en el promontorio de su hombro, y después deslizarse por una línea horizontal hacia el otro lado

—Tendría que estar chiflado —prosiguió, irónico—. ¿Alegrarme de que otros te toquen, otros te besen, otros te follen? No. Ni loco.

Carolina apretó aún más los párpados y encajó la punzada de dolor.

—Pero estar lejos de ti estos meses me ha hecho entender que no eres de mi propiedad. No eres mía ni de nadie —añadió, mientras apoyaba las manos fuertes a ambos lados de la base de su cuello—. Que estaba actuando como esos críos repelentes que se aferran a un juguete sin dejar que nadie lo

toque. Solo que tú no eres un juguete.

—No lo soy.

Abrió los ojos y alzó la mirada hacia él. Ahora comenzó a dibujar con el índice el óvalo de su rostro.

—Darme cuenta de eso me llevó la mitad del tiempo. —En su mirada azul se batía una lucha de emociones y su voz tembló—. La otra mitad ha sido culpa del pánico. Pánico de pensar que yo ya no te interesaba porque soy más aburrido que un helado de vainilla. —Carolina se echó a reír ante la expresión—. Pánico de pedirte otra oportunidad después de todo lo que te dije, y, sobre todo, pánico a que me digas que no. Porque, ¿sabes?, estoy un poco enamorado de ti.

—Joder, Óscar...

Carolina se levantó de la silla y se abrazaron con fuerza durante unos segundos. Sin besos. Sin caricias. Solo un abrazo apretado, en los que no puedes respirar de la fuerza y la emoción. En los que parece que las costillas van a cerrarse en cremallera con las del otro. Un abrazo de los que salvan de la desesperación.

—¿No entiendes que me pasa exactamente lo mismo? —dijo Carolina al fin—. Siento lo mismo que tú.

Poco a poco, todos sus miedos se fundieron. Óscar apartó la melena de su rostro y engarzaron las miradas. La besó en la frente.

—No puedo asegurarte que vaya a ser capaz —dijo sobre sus labios. Ella sonrió—. Pero sí te aseguro que voy a intentarlo. Al menos, me gusta Martín.

Se besaron con el anhelo contenido de aquellos largos meses, y Óscar se derrumbó. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y empaparon también las de Carolina. Que también lloraba, de felicidad.

—Eh, no vale llorar, grandullón —murmuró ella, atrapando los goterones con besos infinitos.

—Si no fuera porque estamos en la oficina, te follaría aquí y ahora —gruñó al verse en un desnudo frontal de emociones frente a ella, para disipar

la tensión. No contó con que a ella no se le podían lanzar órdagos de ese calibre.

Carolina sorbió por la nariz y se encogió de hombros.

—Aquí, no. Pero tu oficina tiene puerta opaca y pestillo. Y podemos hacerlo bien cómodos en tu sofá.

La sonrisa no le cabía en la cara a Óscar. Cogió en brazos a Carolina y a zancadas, la llevó hasta su despacho.

—¡Eh! Esto es un ataque en toda regla —se quejó riendo ella, feliz por ver de vuelta al hombre visceral y apasionado del que se había enamorado.

Y no la hizo esperar. En cuanto entraron al despacho cerró con llave. Se quitaron la ropa como dos adolescentes, entre risas y de pie. Cuando quiso llevarla al sofá ella negó con la cabeza.

—No. Contra la ventana.

Aquella provocación lo hizo perder la cabeza y la placó contra el cristal. Primero desde atrás, enterrándose en ella con el hambre y le deseo de todo aquel tiempo sin ella. Después, para estar más cómodos, la giró hasta quedar frente a frente y la cogió en brazos, bajando el tempo de los movimientos en su interior. Carolina rodeó su rostro con las manos y lo besó. Y ahí estaba, aquel mordisco en su labio inferior. Se corrió mientras los gritos de ella delataban su llegada al clímax. Jadeantes, sorprendidos aún por cómo se habían precipitado los acontecimientos, se miraron a los ojos y se echaron a reír.

—Carolina, me vuelves loco. ¡Vaya manera de terminar el día! —resopló. Ella señaló el suelo con una sonrisa y la soltó.

—No tienes ni idea, grandullón —dijo, y lo guio de la mano hasta el sofá—. Esto solo acaba de empezar.

FIN

© Mimmi Kass

Agradecimientos

¿Sabes esa sensación de caída al vacío, de vértigo, de pérdida de control, que ocurre justo antes de emprender una aventura arriesgada?

Con esta historia, después de cinco novelas publicadas, ha sido bestial.

« Es una novela atrevida, Mimmi. Todo lo que tocas es bastante transgresor: los encuentros eróticos, las relaciones, los protagonistas ». Cuando Arola Poch me dio su veredicto, supe que había conseguido transmitir lo que quería, pero también me eché a temblar.

Todavía el concepto de relaciones abiertas y la erótica no convencional están revestidos de muchos tabúes y prejuicios, pero también sé que, sí estas leyendo esto, tú no eres así. O, al menos, estás cuestionándote muchas cosas.

Ante todo esto, sólo me quedaba lanzarme al vacío. Sé que voy a caer en las mejores manos.

Mil gracias a todos aquellos que respondieron a mis preguntas y facilitaron su historia, hasta las más oscuras miserias, de vivir una relación sin exclusividad. Muchas de las situaciones que se dan en la novela tienen base en esta documentación.

Mil gracias de nuevo a Arola Poch, por enamorarse de Carolina y descubrir en ella a la mujer libre que quería crear. Y gracias por ese prólogo maravilloso que es puro empoderamiento femenino.

Gracias a todas las lecturas cero, incluso a aquellas que no se esperaban este curso de acontecimientos, incluso a las que esperaban anillo, boda e hijos entre Carolina y Martín. Me reafirman aún más en la convicción de que esta novela era necesaria. Yasnaia, Gaby, Macarena, Stella, Yolanda, Noemí...GRACIAS.

A Silvia Barbeito (correctora) a Nerea Pérez (diseñadora), a Mar Ro

(educadora de mi cultura musical), y a Yolanda Alonso Aradillas (por señalarme errores microscópicos), por contribuir a que La mujer fetiche sea una novela bella, por dentro y por fuera.

A mi familia, por soportar mis cambios de humor, mis horas encerrada escribiendo y mi verborrea sobre los personajes.

Gracias, gracias, ¡gracias!, a mi Vikingo, por ser mi arma secreta y fuente inagotable de inspiración. ¿Cuándo volvemos a Marruecos?

Y sobre todo...

Gracias a ti, por leer mis historias y disfrutarlas. Sin ti, nada de esto sería posible. Eres la gasolina del motor de mi escritura.

Espero verte a la vuelta de la próxima página.

Mimmi.

¡ Un momento!

Antes de irme, te recuerdo que La mujer fetiche participa en el Concurso Literario de Amazon de este año. Si te apetece ayudarme, deja una valoración y un comentario en Amazon. Démosle a la erótica el lugar que se merece, ¡cuento contigo!

Y ayúdame a que más personas conozcan la historia de Carolina y Martín.

Gracias de nuevo.
:)